

Instituciones y Reyes de Aragon





Me apresuro á felicitar á mi querido amigo y muy distinguido compañero Exmo Sr. D. Fermin Hernandez Iglesias por su precioso y bien pensado discurso leido en la Exposicion de Salamanca, y me permito enviarle este pobre libro para que sea portador de mis plácemes, de mi saludo y de los cariñosos recuerdos de su amigo

Víct. Balaguer

12 dicbre de 1896

INSTITUCIONES Y REYES DE ARAGÓN

SAN JUAN DE LA PEÑA

VICTOR BALAGUER

INSTITUCIONES Y REYES DE ARAGÓN



El Instituto BIBLIOTECA-MUSEO-BALAGUER, *de Villanueva y Geltrú, publica este libro en honor de la* SIEMPRE HERÓICA ZARAGOZA, *con motivo de las solemnidades literarias que aquella ciudad inmortal ha celebrado en obsequio y loor del Excelentísimo Sr. D. Víctor Balaguer, nuestro fundador, á quien bien puede decirse que Zaragoza ha coronado con proclamarle hijo adoptivo su ilustre Ayuntamiento, y con elegirle Presidente honorario y socio de mérito sus corporaciones beneméritas, la Real Academia de nobles artes de San Luis, la Real sociedad económica aragonesa de amigos del país, el Ateneo científico, literario y artístico y el Centro mercantil, industrial y agrícola.*

Este libro contiene el estudio histórico literario LAS INSTITUCIONES *y* LOS REYES DE

ARAGÓN, *que fué leido por el Sr. Balaguer en Zaragoza, la noche del 20 de Mayo de este año 1896, ante el Ateneo de dicha ciudad, al tomar posesión del cargo de Presidente honorario, y la monografía* SAN JUAN DE LA PEÑA, *de que dió lectura en una velada literaria.*

Nos ha parecido oportuno, al dar á luz estos trabajos, publicar también los discursos que se pronunciaron con este motivo en el Ateneo, así como algunas de las reseñas que de aquellas solemnidades literarias publicaron los periódicos aragoneses.

Junio de 1896.



Biblioteca-Museo-Balaguer.

Discurso

pronunciado por D. Faustino Sancho y Gil, en el acto de dar posesión al Excmo. Sr. D. Victor Balaguer, del cargo de Presidente honorario de la Sección de Ciencias históricas del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Zaragoza. (Sesión celebrada en el Salón Amarillo de la Diputacion provincial de Zaragoza, en la noche del 20 de Mayo de 1896).

Excmo. Sr.:

No sé si sois Excmo. Sr., porque hayais desempeñado ciertos elevados cargos políticos, pues en esta pacífica Holanda, ignoramos quienes son y quienes han sido Ministros de la Corona. Lo que sí sé es, que sois poeta de sangre real y prosista de sangre azul; y siéndolo, Excmo. Sr. tenéis que ser, para los grandes maestres y caballeros de la orden insigne de las letras y para los que en la misma tienen más humilde gerarquía.

El Ateneo de Zaragoza os ha proclamado Presidente honorario de su Sección

de Ciencias históricas; y por la repentina enfermedad de un catedrático ilustre, he sido comisionado para ofreceros esta silla yo, ligado á V. E. por los recuerdos más gratos de mi niñez. No la ha concedido el Ateneo, al poeta que ciñe faja de seda encarnada y calza espuela de oro en la milicia de las letras; no, al historiador de cepa clásica; que porque historiador y poeta de tal prez sois, ya llevábais sobre el pecho, cuando esta Sociedad acordó el honraros, dos medallas académicas envidiables y la banda roja y blanca, que recibísteis de las manos de un gran rey, en el campo de victoria de Solferino. Os hemos aclamado Presidente de nuestra Sección de Ciencias históricas, Excmo. Sr., por que V. E. ha retratado con apelesco pincel: —AL BATALLADOR, *que clavó el estandarte de la cruz en el torreón de Azuda y*

en los picos de Sierra Morena y AL MAGNÁNIMO, *que heredó el alma de César y la de Lorenzo de Médicis; á Pedro III, el héroe del collado de las Panizas, que tuvo en Muntaner sublime y sencillo Herodoto y á D. Jaime, que humilló con su grandeza, la grandeza de los Ayax homéricos; al almogavar, que condenó á perpétuo insomnio el hierro en el Ásia y grabó las rojas barras en la Acropolis ateniense y sobre la cúpula de la Sta. Sofía de Constantino; á los monarcas, que llevaron abarca y corona de roble en el risco de Sobrarbe y á Fernando* EL CATÓLICO, *á un tiempo gran rey, gran general, gran político y hasta humanista, que tomó Granada y fundó aquel Imperio de Indias, en el que el sol se vió obligado á dar guardia de honor perenne á nuestro trono, pues le estuvo vedado el ponerse en los dominios es-*

pañoles. Permitidme, Sr., que os advierta, que la asistencia á este acto de la flor y nata de nuestros talentos y de nuestras femeniles hermosuras significa, que se asocian á los propósitos á que obedece esta solemnidad; y que os advierta tambien, que las bellísimas y distinguidas damas, que han venido á presenciar el triunfo de V. E., estan ahí, representando un sexo. La mujer, como diría mi sabio amigo el Sr. Solano, se parece á la mariposa, pues si esta vive de la luz, vive aquella de la galantería, por lo cual gusta de las palabras amables y quiere agradecida á los que se las dirijen. A V. E. profesa cariño la mujer española, porque es V. E. su último trovador, y porque ha amado siempre, más que á las niñas de sus ojos, la veneranda imágen, á cuyos piés oraron de rodillas los señores de Nápoles y de

Milán, el expugnador de Almería, los que posesionáronse del azul mar de las hespéricas penínsulas, cien condes valerosísimos y cien valerosísimos reyes, á la MORENITA DE LAS MONTAÑAS, *guia de sin número de santos peregrinos, grito de guerra de soldados de Dios ilustres y de capitanes esforzados, hoy dormidos tras rotas é ininteligibles lápidas, escudo del defensor del príncipe de Viana sin ventura y de los heroes del Bruch, por V. E. cantada, en versos que serán leídos, interín haya un corazón, que se conmueva al oir al bronce tocar* EL ANGELLUS, *en la torre de la iglesia del solitario monasterio, que álzase entre peñascos y precipicios, en el sagrado monte de nuestra antigua Corona, cuando el último rayo del sol ilumina la punta más alta, entre los mil que dan sombra á la Virgen de Monserrat, símbolo*

augusto de lo divino y de lo heróico de la historia de Cataluña.

Venid, pues, Excmo. Sr., á recibir lo que por vuestros merecimientos habéis ganado y os ha concedido nuestra justicia; un honor parecido al otorgado, al orador melodioso por excelencia (1), al docto médico, bienhechor de la enseñanza (2) y al númen, no inferior en dotes á Góngora (3), que honró el salterio cristiano, el laud de los trovadores y la pandereta morisca.

Tenga yo la gloria, de que el primer acto de vuestro reinado literario, vaya unido á mi nombre oscuro. No pudísteis concederme la palabra, porque cuando empecé á hablar, no ejercíais aún la ju-

---

(1) *El Excmo. Sr. D. Segismundo Moret.*
(2) *El Ilmo. Sr. D. Julián Calleja.*
(3) *El Excmo. Sr. D. José Zorrilla.*

risdicción de que os posesionais, al aceptar el pergamino que os entrego. Dadme permiso para concluir, toda vez que la habéis ya adquirido; y también, para retirarme de este sitial, diciendo:

Señores Socios del Ateneo de Zaragoza: El pavés está ahí y sobre él, ya el heroe: alzadlo!

Discurso

pronunciado por el Sr. D. Víctor Balaguer, en contestación al anterior.

Sr. Presidente:

Doy gracias á Su Señoría por sus grandes bondades para conmigo. Las frases cariñosas que acaba de dirigirme, á su amistad las debo y á su afecto, que no á mis méritos ciertamente.

Ha sido providencial para mí y de buen agüero que, al penetrar en el cónclave de esta corporación ilustre, la casualidad haya querido favorecerme hasta el punto de que el designado para recibirme sea Su Señoría, á quien de antiguo me unen estrechas intimidades del alma y á quien rindo homenaje, por ser una de las más

salientes y más altas glorias literarias de ese egregio Aragón, tan venturoso en ellas.

Muchas y muy rendidas gracias debo dar también al digno Presidente de este Ateneo Sr. D. Ricardo Sasera, jurisconsulto insigne y profesor eximio, de cuya compañía nos vemos privados esta noche con sentimiento.

A él, á Su Señoría, á sus compañeros todos, soy deudor de la merced con que hoy se me honra y de que procuraré hacerme digno con servicios constantes y con buena voluntad, ya que otros méritos no contraiga.

Porque es así, y esta es la verdad, señor Presidente. Yo no soy más que un sencillo soldado de la prensa, uno de tantos, un trabajador humilde y oscuro del terruño de las letras, aunque sí soy un amante

entusiasta de las glorias de Aragón y un devoto ferviente de mi madre Zaragoza y de su Angel Custodio, ante cuyas aras, las de la ciudad augusta, y ante cuyas gradas, las del pilar santo, he venido á rendir la labor de toda mi vida y con ella el homenaje de todos mis respetos y de todos mis amores.

Al ir á ocupar el alto puesto, que Su Señoría me ofrece en nombre del Ateneo, cúmpleme, lo primero de todo, consagrar y enviar un recuerdo de honor á los que fueron y dejaron su nombre como estela luminosa en las páginas de la historia, un saludo cariñoso á los que todavía son, para fortuna suya y gloria de todos, y un abrazo fraternal á los que me han precedido durante el año académico en esta cátedra, elevada á gran altura por sus celebradas conferencias.

Inauguró éstas D. Eduardo Ibarra, docto catedrático, pensador y sabio, autor de un libro escrito en vindicación de Fernando el Católico, *verdadera joya literaria y uno de los pocos libros que han quedado y quedarán del último Centenario, realizado para conmemorar las altezas de Cristóbal Colón.*

Siguióle D. Hilarión Jimeno, benemérito cultivador de las letras y de las ciencias, tan sobresaliente y perito en unas como en otras, que con su conferencia sobre la sátira política en Aragón apareció crítico superior, demostrando que así maneja el crisol de la crítica literaria como la retorta química.

Subió luego á esta cátedra D. Mariano Pano, á quien de antiguo vienen dando reputación y gloria sus trabajos y estudios de investigación. Excursionista inteligente

y autor de valer y profundos conocimientos, ha enriquecido las ciencias históricas con notables monografías, entre ellas la muy interesante del monasterio de Sijena, santuario guardador de los restos de Don Pedro EL NOBLE, *aquel que sucumbió en los campos de Muret, fatal jornada á la que le llevaron su honor de caballero, sus empresas de héroe y sus propósitos de monarca.*

Y, por fin, cerraron la serie de notables conferencias de este Ateneo, la del señor D. Florencio Jardiel, honor, timbre, luz y númen de nuestra oratoria sagrada y la del Sr. D. Mariano Baselga, peritísimo escritor de costumbres aragonesas, rebuscador infatigable y sabio de viejas trovas y viejos pergaminos, según acaba de probar con la publicación del CANCIONERO DE ZARAGOZA, *códice valioso que se conserva*

en el archivo de esta Universidad literaria.

Adversa suerte es la mía viniendo en pos de tan ilustres predecesores, ante Senado tan alto y respetable como el que encuentro aquí reunido, y teniendo á mi vista los retratos de los tres ilustres varones, á quienes se concedió la merced misma, que hoy tan generosamente se me otorga: José Zorrilla, el maestro, el leyendista, el gran poeta nacional, á quien su patria, Valladolid, acaba de hacer regios funerales; Segismundo Moret, el orador ático, caudillo y adalid en las luchas épicas del Parlamento; Julián Calleja, el amador de Zaragoza, querido y respetado por sus méritos y su ciencia.

Y más adversa fuera aún mi suerte, si no contara con vuestra benevolencia, que fué siempre virtud de almas nobles. Por

esto, y porque con ella cuento y en ella me apoyo, me decido, si el señor Presidente me otorga su venia, á ocupar esta tribuna para leer mi discurso de entrada, que lo ha de ser, al mismo tiempo, de clausura de las conferencias de este año.



LAS INSTITUCIONES

Y

LOS REYES DE ARAGÓN

PRIMERA PARTE

I

Tierra fué siempre de honor y de libertad la tierra de Aragón.

Lo fué desde tiempos antiguos, y sigue siéndolo aún; que no tan fácilmente mengua una raza, ni con tanta levedad se abandonan hidalgas tradiciones de abolengo, religiosamente custodiadas por largo espacio de centurias.

Y bien hace Aragón en ser fiel á sus tradiciones. No abundan, ciertamente, los ejemplos, antes son muy escasos, de

pueblos que, como el aragonés, tuvieron leyes antes que reyes y códigos donde se asentaba que la libertad era riqueza, patrimonio y substancia del reino; instituciones libérrimas que no podían realizarse sin un sentimiento cabal del derecho y un concepto jurídico muy elevado; prácticas tradicionales é inveteradas de profundísimo respeto al monarca y al pueblo, considerado el primero como el gran oficial de la república y el segundo como entidad y esencia de la patria; Cortes con verdadera iniciativa en todos los órdenes de la legislación y del gobierno, que comenzaban sus tareas por residenciar al monarca y á sus delegados en cuantos actos suyos se denunciaban como contrafuero, y que las terminaban con derecho á seguir deliberando por espacio de seis horas des-

pués de haber sido disueltas, pudiendo así revocar los servicios á la Corona si eran licenciadas antes de haber satisfecho su *memorial de greujes* ó quejas de agravios; soberanos que, por ser hijos de aquella misma tierra, estaban criados á los pechos y amor de los fueros, leyes, costumbres y usanzas del país; cárceles como aquella, por feliz antítesis llamada *cárcel de la libertad*, garantía segura de amparo para quien fuese injustamente perseguido, y villas como Zaragoza, donde tantas veces se supo demostrar, con numantina entereza, que es preferible morir por la patria á vivir sin ella.

Ilustre historia ésta de Aragón, y ojalá que se hubiesen aprovechado para prácticas modernas sus enseñanzas ejemplares; que no hay, no, necesidad de pedir á regiones extranjeras modelos y

ejemplos de leyes y libertades, que mejores, y más puras, y más antiguas también, tenemos en España. Precisamente por esto es digna de recordanza la Corona de Aragón, así conocida y así apellidada por sus analistas y por todas las naciones del globo; no así, empero, muchas veces en su propia tierra española, donde ocurrió no pocas llamarla *corónilla*, diminutivo inficiente debido á ocios de antesala y á recreo de cronistas estipendiarios, siendo así que era uno de los estados más pujantes del mundo al unirse á Castilla, cuando ya esa Inglaterra, injustamente apellidada cuna de libertades, había venido á copiar sus códigos para aprender usanzas de libertad en ellos, cuando era señora y dueña de vastos territorios aquende y allende los mares, y cuando era soberana del

mar latino que, según la arrogante pero oportuna frase del almirante Roger de Lauria, sólo podían cruzar los peces que estampadas llevasen en su lomo las Barras de Aragón.

Fué tierra de proezas, modelo de enseñanzas, ejemplario de virtudes, casal de glorias, presidio foral y Capitolio histórico, santuario de patrias libertades y cuna de egregios varones.

Sus ciudadanos se llamaban Fivaller ó Lanuza; sus capitanes Roger de Flor ó duque de Villahermosa; sus almirantes Roger de Lauria ó Conrado de Llanza; sus poetas Ausias March ó Argensola; sus historiadores Desclot ó Zurita; sus jurisconsultos Vidal de Cañellas ó Miguel del Molino; sus publicistas y comentadores Cerdán ó Blancas; sus filósofos Arnaldo de Vilanova ó Raymundo

Lulio; sus santos Vicente Ferrer ó Ramón de Peñafort; sus vírgenes la del Pilar ó la del Montserrat; sus ciudades Barcelona ó Zaragoza, y sus reyes Alfonso *el Batallador*, Jaime *el Conquistador* ó Pedro *el Grande*, es decir, nombres extendidos y conocidos por todo el universo mundo.

Magna historia la de Aragón cuando fué reino independiente y libre; magna, y capital, y soberana historia la suya cuando, unido á Cataluña, constituyó con ella, bajo el nombre de *Corona de Aragón*, aquel imperio omnipotente y tonante que pareció descender de lo alto de las sierras Pirineas para venir á instituir un reino poderoso, señor de mar y tierra, estado en que eran, como dijo un poeta del siglo XVIII:

libre el rey, libre el pueblo, libres todos.

Aragón es un país que asombra, asombra de verdad, y en medio de sus asombros, quizá ninguno como el de sus orígenes. Todas las proezas se acumulan en él y se juntan en una sola para engrandecerlo y glorificarlo.

Asombra, sí, y maravilla el comienzo de este reino aragonés, tan mínimo y escaso en su origen, como armipotente y soberano en su desenvolvimiento; pero aun más maravilla que el vuelo, resonancia y fama de sus empresas, con ser tan altas, el medro, firmeza y gloria de su libertad y de aquel su sistema político, tan ajustado al carácter de sus regnícolas, tan pertinente al régimen interior de su república y tan sabio, justo y templado, que ninguna nación llegó jamás á superar en la labor de su perfeccionamiento político. Más aseguradas se

hallaban sus libertades públicas con el antiguo régimen de los aragoneses, que seguras pueden estar con ningún sistema de los que hoy se practican, incluso el de Inglaterra, cuya famosa *Carta Magna* no alcanza ciertamente á nuestro antiguo *Derecho de manifestación*, incluso el nuestro de hoy, el de nuestra moderna España, donde tanto se ha luchado y tanta sangre se ha vertido por la causa sagrada de la libertad.

Caído el imperio godo á orillas del Guadalete en 711, los árabes vencedores se extendieron por toda España, y en 713 se apoderaron de Zaragoza, que fué presa de Jalib, lugarteniente y compañero de Muza.

Los cristianos que no quisieron aceptar el yugo de los moros, se retiraron á los Pirineos, cuyos más altos y ágrios riscales

no llegaron á ser dominados nunca por el invasor, según la opinión más autorizada, y, refugiados allí, pensaron inmediatamente en el recobro de la perdida patria.

Dispersos andaban y extraviados por las sierras, cuando se reunieron á la voz de un pobre eremita que habitaba la cueva llamada de Pano, y después, hasta nuestros días, de San Juan de la Peña.

En aquella cueva se congregaron un día 300 proscriptos, y allí se dieron leyes, allí nombraron caudillos y monarca, allí tomaron como nombre de su futuro reino el de aquel mísero riachuelo que á sus pies corría para ir á convertirse en el caudaloso Aragón, y de allí partieron para mayores destinos y más altas empresas, con que habían de maravillar al mundo.

No es extraño, pues, que al hablar de

aquel puñado de íncolas aragoneses salidos de una gruta perdida en las fraguras de los bosques y en los heleros de la sierra, al narrar los hechos de aquellos valerosos que fueron reconquistando el país palmo á palmo y levantando un imperio con todos los nimbos, todas las aureolas y todos los celajes del poder y de la gloria; no es extraño ciertamente, ni mucho menos, que los cronistas, ante la magnitud del suceso, para su mayor alteza y monta, nos hablen de santos, de milagros y de prodigios.

Es natural que así fuera, primero porque de buena fe se favorece lo que se desea y siempre lo maravilloso aumenta el crédito, y después para dar más carácter y autoridad á la empresa, que era empresa verdaderamente extraordinaria y alarde sobrehumano.

Las ideas y las corrientes del tiempo, por lo demás, autorizaban naturalmente á que obra tan superior pudiera atribuirse á poderes superiores y sobrenaturales. Y cuenta que no pretendo, con decir esto, canonizar la leyenda, pero sí que se tome en cuenta, para juzgar de épocas y de cosas que deben ser juzgadas cual eran y según eran antes de caer en desmedro.

Milagro pudo haber y hubo... ¿Por ventura he de negarlo yo, que soy creyente?

Milagro pudo haber, y hubo, en el caballo del eremita Otón ó Voto, que al ir á despeñarse quedó de repente parado al borde del abismo, casi flotando en los aires, como para indicar, por medio de un prodigio, que allá en el fondo estaba la cueva del anacoreta Juan de Atarés, cue-

va destinada á ser origen, alcázar, templo y monumento de la patria aragonesa.

Milagro el de la cruz que aparece sobre la encina para ser blasón de Sobrarbe y para inflamar el espíritu de las guerreras huestes de Garci Ximénez, que se apoderan de Ainsa, haciéndola capital del futuro reino.

Milagro el de San Jorge, que se presenta en la batalla de Alcoraz, jinete en su caballo blanco, la cruz roja en el pecho y la espada flamígera en la mano, señalando con ella la puerta y las murallas de Huesca á los soldados de Pedro *el Victorioso.*

Milagro todo esto en buen hora y santos aquellos eremitas que, iluminados por la doble fe de la religión y de la patria, van llamando uno á uno á los proscriptos, y les congregan, y les unen, y

les animan, y les exhortan, y con ellos comulgan, y con ellos legislan, y con ellos comienzan la empresa de la reconquista, que parecía ser obra superior á humanas fuerzas.

Sí, milagro todo y santos todos; pero milagro también el de aquella raza y santos de toda santidad aquellos hombres obscuros y desconocidos, sin antecedentes ni prosapia, sin alcurnia ni derechos de herencia, que convierten en apellido de reyes y de dinastías sus nombres vulgares de Iñíguez, de Sánchez, de García, de Jiménez, de Ramírez y de Fernández, sentando y afirmando su democracia en uno de los más potentes tronos de la tierra.

Milagro el de aquellos guerreros incultos, íncolas montañeses y anacoretas visionarios que son á un mismo tiempo

sacerdotes y caudillos, legisladores y apóstoles; que obligan á sus reyes á prestar juramento de vasallaje á la ley, y que instituyen aquel régimen democrático tan puro, tan sencillo y tan ejemplar, como mejor no lo tuvieron ni á encontrarlo acertaron jamás, en medio de su porfiada labor y de su lucha constante las democráticas sociedades de Atenas, de Esparta y de Roma.

Milagro, el de aquellos almogavares tan diestramente retratados por nuestro Jerónimo Borao, el de aquellos almogavares allí aparecidos por vez primera en las sierras del Pirene, asaltantes ó corredores del campo árabe, fundadores de aquella desapoderada almogavería, la más antigua milicia aragonesa y acaso la más singular del mundo, que tenía por grito de guerra el de *¡Despierta, hie-*

rro!, que nace en Aragón, que descuella en Cataluña, que triunfa en Valencia, que domina en Rosellón, que conquista á Sicilia, que impera en Italia, que gana á Cerdeña y que invade el Oriente para convertir los palacios de los turcos en burdeles y sus mezquitas en cuadras de caballos, para hacer de Constantinopla la corte de sus placeres, de Galípoli el alcázar de sus venganzas, y para dar en Tauro la batalla más tonante y más gloriosa que se ha dado en Asia después de las magnas de Alejandro *el Magno*.

Y milagro, por fin, y dicho sea en breve plática, el de aquella raza valiente y poderosa que se extiende y domina, que arranca á los moros el terreno palmo á palmo, que va á Ainsa con Garci Ximénez, á Navarra con Íñigo Arista, á Jaca con Aznar, á Pamplona con Fortuño, á

Toledo con Sancho *Abarca*, á Córdoba con Sancho *el Mayor*, á Benabarre y Ribagorza con Ramiro *el Belicoso*, á Castilla y á Morella con Sancho *el del Castellar*, á Huesca con Pedro *el Victorioso*, á Tudela, Calatayud y Zaragoza con *el Batallador* Alfonso, á Provenza con Berenguer *el Santo* y Alfonso *el Casto*, á las Navas de Castilla y á Montpeller y á Tolosa con Pedro *el Noble*, á Mallorca, á Valencia y á Murcia con *el Conquistador*, á Sicilia con *el Grande*, á Italia con *el Justo*, á Cerdeña con *el Humano*, á Oriente con Roger de Flor, á Nápoles con Alfonso *el Magnánimo*, y acaba por ir con Fernando *el Católico* á la presa de Granada y á la invención del Nuevo Mundo.

II

Fué Garci Ximénez el primer rey de los aragoneses. Alzáronle los que, congregados á nombre de Dios y de la patria por Voto el anacoreta, se reunieron en la cueva del Pano, sede y hogar de los prodigios.

La tradición asegura que en el acto de alzarle por rey, los allí convocados convinieron en darle autoridad mientras aceptare y jurare guardar y hacer guardar las leyes que allí de común acuerdo se establecieron, instituyéndose también entonces y en el mismo acto el tribunal medio del Justicia Mayor para

los casos de queja contra el abuso de autoridad en el rey ó en sus oficiales y ministros, institución magna que debe considerarse única en la historia política de las naciones.

La tradición, y con ella la historia, se hallan conformes en un punto, en consignar que los orígenes de las libertades de Aragón están en San Juan de la Peña.

Por esto dijeron los antiguos, y confirmó el rey D. Jaime en las Cortes de Egea, que el llamado fuero de Sobrarbe se hizo en San Juan de la Peña. Bajo los auspicios de la religión y en la cueva memorable de los Pirineos fué realmente donde se fijaron, declararon y ratificaron los pactos con que debía gobernarse el Estado futuro.

Las famosas palabras del *si non, non*,

tan controvertidas y que á tantos debates dieron lugar en nuestros tiempos, pudieron ser pronunciadas al alzar por rey á Garci Ximénez en la cueva ó, algo más tarde, al proclamar á Íñigo Arista en el campo de batalla de Arahuest, que tanto monta para el caso; pero no hay duda que fueron repetidas y confirmadas bajo el amparo de Dios en las soledades de Sán Juan de la Peña.

Pudieron asimismo aquellas célebres palabras ser dichas en esta ó en otra forma, que tanto monta también; pero, ¿quién duda, quién puede dudar que el *si non, non* es la clave, y el organismo, y la esencia, y la substancia de todo el sistema político de Aragón?

Ahí están, si no, vivas y patentes, las instituciones del reino; ahí están las leyes y sus observancias; ahí están los co-

mentaristas, los letrados, los doctores, los usos, las costumbres, los preceptos, los dogmas y las Cortes; ahí está el Tribunal Supremo del Justicia para decirnos que los aragoneses sólo tenían por rey al que guardaba sus leyes, y si no, no.

Y ahí está, por fin, el texto de aquel famoso *Privilegio de la Unión*, que rasgó con su daga Pedro *el Ceremonioso*, quien se hirió accidentalmente con ella al romperlo, dándole ocasión para decir que «privilegio que tenía facultad de hacer reyes, sangre de rey debía costar.»

Parece ya indudable... ¿qué digo, parece?... es incontrovertible, después de antiguos y modernos estudios—y sobre todo después de conocido y aquilatado el *Examen histórico foral de la Constitución aragonesa*, de D. Manuel Lasala—es incontrovertible, repito, el juramento

que los antiguos monarcas electos prestaban antes de ceñir la corona. La duda puede estar sólo en si la fórmula se estableció por vez primera en la cueva del Pano, al alzar por rey ó caudillo á Garci Ximénez, ó poco más tarde, en el campo de Arahuest, con Íñigo Arista, para ser luego ratificada en San Juan de la Peña, siendo esto segundo lo más probable.

Debe ya tenerse por cierta y conclusa la verdad histórico-foral del pacto y juramento de Íñigo Arista, como origen y raíz de las libertades aragonesas.

La fórmula de los aragoneses fué ésta:

Nos, que valemos tanto como vos y que juntos somos más que vos, os hacemos rey, con tal que guardéis nuestros fueros y libertades, y si non, non.

Y, al dirigir estas palabras á Íñigo Arista, hubieron de añadir que en este

caso estarían libres para elegir otro rey *según quisieran y de donde quisieran*, á lo cual se cuenta que el mismo Íñigo Arista, avanzando aún más allá, se apresuró á decir: *encara que sea pagano.*

Esta fórmula se halla virtualmente confirmada por el *privilegio de la Unión* á que antes me referí, y que tuve el honor de leer en sesión pública de la Real Academia de la Historia cuando fuí elegido para contestar al discurso de entrada del insigne patricio y nobilísimo compañero D. Antonio Romero Ortiz.

En el archivo de la Academia existe el documento, que es testimonio vivo.

Dice D. Alfonso *el Liberal* ó *el Franco*, hijo de D. Pedro *el Grande*, al conceder el privilegio á los Unidos:

Porque, si lo que Dieus non quiera, nos ó los nuestros succesores contraviniessemos

á las cosas sobreditas, en todo ó en partida, queremos é otorgamos et expresamen de certa sciencia assi la ora como agora consentimos, que daquella ora á Nos ni á los succesores en el dito reino d'Aragon non tengades ni ayades por Reyes ni por sennyores en algun tiempo: antes sines algun blasmo de fe et de leyaltat podades facer et fagades otro Rey et sennyor, qual querredes é d'on querredes.

¿Por ventura no está aquí, bien claro y bien expreso, el tan discutido *si non, non?*

Y también—porque hay ya que decirlo todo y con toda claridad para acabar de una vez con esa guerra tan sin substancia y tan injustificada que se hace á la fórmula creyéndola apócrifa—¿qué otra cosa era en realidad aquel juramento, sino un juramento gótico? ¿Qué

otra cosa eran algunos de los institutos y fueros de los antiguos aragoneses, más que institutos y fueros de los godos? ¿Y qué era, en fin, la frase del *si non, non*, más que una copia ó imitación, algo más caracterizada quizá, del *Rex eris si recte facis, et si non facis non eris?*

Y véase ahora lo que eran y decían los llamados apotegmas forales, que proceden de la época del primer rey, Garci Ximénez, ó por lo menos de Íñigo *Arista*, que fué el segundo, tal y conforme los transcribe Blancas; es decir, los preceptos constitucionales, los Mandamientos de la Ley de los aragoneses:

I.—*Rige el reino en paz y justicia, y establécenos fueros mejores.* (Es decir, que los fueros vayan siempre mejorándose y no empeorando.)

II.—*Divídanse los despojos de los mo-*

ros, no sólo entre los ricos hombres, sino también entre los caballeros y guerreros; pero el extranjero nada lleve.

III.—*No puede el Rey hacer leyes sin el consejo de sus súbditos.*

IV.—*Guárdese el Rey de emprender guerra, firmar paz, hacer treguas ó tratar asunto grave, sin el consentimiento de los señores.*

V.—*Y para que nuestras leyes y libertades ningún menoscabo padezcan, haya constituído un Juez medio, al cual sea justo y lícito apelar del Rey, en el caso que éste ofendiere á cualquiera, y para impedir las injurias si alguna hiciere á la república.*

Así tenían aseguradas sus libertades los antiguos aragoneses; así, al defender la patria, defendían también la libertad; así estos dos vocablos se reducían á uno solo para ellos; así era, *patria* ó *libertad*,

la voz de su apellido; así ponían las libertades sobre sus cabezas, que no sólo sobre sus fortunas.

Dije que fué Garci Ximénez el primer rey de Aragón que ganó á Ainsa; el segundo fué Íñigo, á quien se llamó *Arista*, según unos por la velocidad, por la prontitud y denuedo con que cerraba en las batallas, según otros por su fortaleza y su carácter tenaz y resuelto.

Ya luego vienen los Íñiguez, los Fortuño, los Sancho Garcés y los García Sánchez, cuyas figuras se dibujan gallardas en la historia á través sólo de combates homéricos y luchas sin misericordia, apareciendo hoy en un lado y mañana en otro, vencedores á veces, vencidos otras, pero siempre en acción, siempre alerta, á caballo siempre, en constante fatiga y pelea, ganando terre-

no por sus puños y viendo como iba ensanchándose Aragón á medida que avanzando iban sus almogavares.

Cierra este primer período de la reconquista Sancho, llamado *el Mayor*, que, campeando ya con más vuelos y propenso á más alardes, lleva sus armas vencedoras á regiones distintas de las suyas, se aventura en afortunadas correrías por tierras cordobesas y, no satisfecho aún con ser rey de Aragón, de Navarra, de Sobrarbe y Ribagorza, convierte en reino el condado de Castilla heredado por su esposa, y toma el título de rey de Castilla, para luego apellidarse emperador de España, pudiendo á su muerte repartir sus reinos entre sus hijos, por lo cual se quedó Ramiro con Aragón, García con Navarra, con Castilla Fernando, y Gonzalo con Sobrarbe y Ribagorza.

Á Ramiro, que le sucedió, apellidáronle las historias *el Belicoso* y también *el Cristianísimo.* Tuvo corte en Ainsa y en Jaca; celebró Cortes y Concilios en esta ciudad y en San Juan de la Peña; tomó á los moros la plaza de Benabarre y les arrojó de todos los términos de Ribagorza, cuyo reino quedó unido al suyo por muerte de su hermano, y bajó al llano para hacer sus tributarios á los reyes moros de Lérida, Huesca y Zaragoza, obligando á este último á que admitiera obispo y sede episcopal en aquella ciudad, privada de ellos por más de un siglo. Ramiro, después de haber luchado en Navarra y en Cataluña, murió en el cerco del castillo del Grao combatiendo contra moros y castellanos unidos.

Siguióle Sancho Ramírez, á quien han llamado *el del Castellar*, monarca de

renombre y fama. Mucho pudiera y debiera decirse de él, más de lo que escriben las crónicas; que fué Sancho Ramírez estrenuo capitán, caudillo ilustre, vencedor magnánimo, político experto, fundador insigne; el que primero mandó proceder á la compilación de los llamados Fueros de Sobrarbe y el que mejoró y amplió los de Jaca; el que ganó á Barbastro y á Loarre, á Monzón, Mequinenza y Muñones; el que combatió con los reyes moros de Huesca y Zaragoza, contra él ligados y por él vencidos; el que ganó la batalla de Morella, cautivando al famoso Cid Campeador, que iba en auxilio de los moros; el que fundó el monasterio-alcázar de Monte Aragón, formidable presidio de la cruz, para oprimir y amenazar á Huesca; el que fué vengador de su padre en los mismos campos

donde había sucumbido, y expugnó el castillo del Grao, que aquél no pudo, tomándolo por asalto y escalada con sus soldados, quienes hubieron de formar lo que en arte militar se llama *tortuga*, á usanza de las legiones griegas y romanas, subiéndose los unos sobre las espaldas y escudos de los otros para hacer escala de sus propios cuerpos, y abrir así el camino por donde el monarca pudo entrar triunfante en la arisca fortaleza.

Y no se limitaron á esto los arranques y las jornadas del héroe.

Solicitado por los navarros, que tenían vacante su trono, fué á posesionarse de éste; aseguró aquel reino, arrojando de él á las huestes castellanas que pretendían disputárselo; vino luego á talar los campos de Zaragoza, ante cuyos muros pasó triunfante; puso pavoroso miedo en

toda aquella mahometana comarca, y, siguiendo las corrientes del Ebro, derrotó cerca de Pina á un numeroso ejército de infieles que intentaba embarazarle el paso, levantando en aquella ocasión la fortísima plaza del Castellar, amenaza viva contra Zaragoza, como antes había alzado la murada fuerza de Monte Aragón, cuchilla pendiente sobre Huesca.

Gallardamente magnánimo Sancho Ramírez, pasó luego con su victorioso ejército á Castilla, llamado por su primo el rey Alfonso VI, que impetró su auxilio para el cerco de Toledo, en que estaba empeñado sin salir avante. Así Sancho Ramírez, en sus altezas de alma, acudió solícito á servir y prestar ayuda contra los infieles al monarca mismo que poco antes, olvidado de sus deberes de cris-

tiano, se había prestado á unirse á ellos para marchar y arremeter contra él.

No tardó en regresar vencedor á sus reinos, para pasar á Cataluña en auxilio del conde Armengol de Urgel, su deudo y su aliado, contra los moros de Lérida, Tortosa y Fraga, y fué, por fin, á poner su campo sobre Huesca, Huesca la deseada, su Jerusalén prometida, la niña de sus ojos y el objeto de sus ansias. Pero así como suele acontecer con frecuencia que allí donde pone la esperanza su deleite acostumbra el infortunio á colocar su duelo, así la Huesca de su vida fué para Sancho la Huesca de su muerte. Tocóle morir allí, en el cerco, como murieron casi todos los reyes de Aragón, en el campo de batalla, de cara al moro y con él en lidia.

Iba un día Sancho Ramírez atalayando

su campo para reconocer las murallas de Huesca y buscar el punto por donde mejor entrarla. Imprudente de confiado, hubo de arriesgarse más de lo que á su cuidado debía, y en el acto de levantar el brazo para señalar á los suyos el paraje que le parecía más propio para la escalada, un flechero moro le disparó una saeta, con tan desdichado acierto, que pudo clavársela por la escotadura de la loriga.

Sintióse el rey herido de muerte, y sin permitir que le arrancaran la flecha, recelando que por la boca de la herida pudiera escapársele el alma, mandó en busca de su hijo Pedro y le hizo jurar solemnemente que no había de levantar el cerco ni darle á él sepultura hasta que Huesca fuera tomada, como él no se la diera á su padre hasta haberlo vengado en la empresa del Grao.

Y recibido el juramento, Sancho Ramírez, con romano alarde, arrancóse la traicionera flecha y pasó seguidamente á la vida de la inmortalidad y de la historia.

Pedro I, *el Feliz* y *el Victorioso*, cumplió lo prometido en manos de su moribundo padre. Vencedor en la batalla de Alcoraz, aquella de las leyendas y de San Jorge, no dió ni paz ni tregua al invasor de España, y acabó por apoderarse de Huesca, la favorecida de Abderramán el moro, flor de sus amores y nido de sus deseos, *la ciudad alta y compuesta*, que dicen las crónicas, y la *Osca* de Sertorio, el gran rebelde romano, á la que éste, en la época afortunada de sus temerarios arrestos, tuvo por un momento la gallardía de querer encumbrar y ofrecer al mundo como rival de la soberana Roma.

III

Había ya en esto aparecido el siglo XII y con él el sucesor de D. Pedro, su propio hermano, aquel Alfonso I de Aragón á quien debía darse marcial renombre de *Batallador*, por sus jornadas de combate y gloria, y título de *Emperador*, por haber llegado á dominar toda la España cristiana.

Apellidáronle asimismo *Alcides de Aragón* y loáronle como *César español*, calificativos que son muy merecidos, como lo serían otros aun más acertados que pudieran dársele; pues es lo cierto que si era superior tocante á cosas de

guerra, en que fué gran capitán emulando hazañas de Alejandro, aventajó también á todos los monarcas que le precedieron, por la franqueza de sus tendencias políticas, por su espíritu y sentido gubernamentales y por la alteza de sus miras, siendo principalmente en su reinado cuando las Cortes y el Justicia Mayor de Aragón aparecieron como las bases cardinales de la organización política del reino.

Más de una vez llegué á pensar, entre otras cosas, estudiando con algún cuidado los actos de su vida y las noticias de su época, por cierto muy deficientes, que Alfonso *el Batallador* tuvo la idea de unir en uno solo, con la forma de verdadero imperio, todos los reinos españoles, precisamente lo que hasta siglos más tarde no debía realizarse.

Es para mí indudable que iba á la unidad de España. No creo que nadie haya dicho esto, y me parece que soy el primero en consignarlo, aun no siendo quién para ello. Pero me aventuro, y acepto la responsabilidad, que bien estudiado lo tengo.

Muy confuso y enmarañado anda todo lo de aquel tiempo, y dificilmente puede formarse juicio, por escasez de aprestos históricos y falta de notas cancillerescas; pero tengo lo dicho por indudable, evidente y claro, como lo es la luz para el ciego, que la ve sintiéndola.

Hay un momento histórico en que Alfonso estuvo á punto de realizar su idea, imponiéndola no precisamente por la fuerza de las armas, que fué siempre mala imposición, sino por necesidad de las circunstancias, y en mejores condi-

ciones que pudo más tarde Fernando *el Católico*, quien lo hizo impuesto, siendo ello causa de que al fin de sus años se arrepintiera é intentara receder, cuando ya no era posible, ni político, ni patriótico.

Pero éstas no son cosas de este lugar por lo que puede haber de intuición en ellas, sino de examen más detenido y más fundamentales estudios.

Volviendo, pues, al *Batallador*, diré de él que fué caudillo excelso y ejemplar monarca.

Riñó cuarenta batallas, siendo vencedor en todas. Peleó en Aragón, en Valencia, en Murcia, en Cataluña, en Castilla, en León, en Granada, en Córdoba, en Francia, hasta en Africa, pues que hubo de cruzar la mar, segun parece, improvisando una flota, en seguimiento

de la hueste mora fugitiva que había arrojado de las Andalucías, y á la que sólo pudo alcanzar, del otro lado del estrecho, en las ardientes arenas africanas, donde acabó con ella.

Luchó contra moros, contra navarros, catalanes, castellanos, leoneses, gallegos, andaluces, portugueses, ingleses y franceses; combatió en los campos de Aranzuel con once reyes, entre españoles y africanos, á quienes venció; ganó en Peñacadel uno de los más grandes triunfos de aquel tiempo, consiguiendo, como fruto de su victoria, la dominación de Valencia, que luego hubo de perderse para ser recobrada más tarde por D. Jaime, y tuvo á un mismo tiempo el mando de tres ejércitos continuos en campaña, á los cuales acudía diligente: uno siempre sobre Zaragoza, punto objetivo y culmi-

nante de sus afanes; otro en activa observación contra los moros, para contener los refuerzos que acudían incesantemente en auxilio de los cercados, y el tercero en permanente ocupación de Castilla, dominando sus plazas más fuertes y sus más primadas villas.

Y así, en actividad febril, yendo del uno al otro extremo y de uno á otro campo, atento á todo, siempre diligente y á caballo, sin tregua ni reposo, apareciendo de súbito en todas partes y luchando en todas, así fué como dos veces perdió y recobró á Toledo; así como adelantó sus fronteras; así como llegó á poner bajo su dominio las ciudades, fuerzas y comarcas de Cuenca, Molina, Tudela, Tarazona, Calatayud, Daroca, Ariza, Cariñena, Alagón, Epila, Magallón, Mallén, Borja y cien otras; así

venció al conde de Portugal en los campos de Cuenca; así alcanzó la victoria de Valtierra; así castigó á los moros de Lérida y de Fraga; así derrotó á los magnates de Castilla y se apoderó de ella; así arrancó á Bayona de poder de los ingleses, y así, por fin, con sus almogavares del Castellar, donde les mantenía su presidio para sus rebatos contra la ciudad augusta, así acabó por rendir á Zaragoza, la Granada de Aragón, siglos antes de que se rindiera la Granada de Andalucía y de Castilla, consiguiendo con sólo la empresa de este recobro que se elevara á gran nación la que tuvo tan humildes orígenes y débiles comienzos en la cueva prodigiosa de San Juan de la Peña, ya que Zaragoza llevaba en su seno y dentro en sí contenía la excelsitud y el porvenir de aquella gran Corona,

con tal bastardeza apellidada un día *coronilla.*

Y más, más todavía.

El *Batallador* puso colmo á los sucesos de su accidentada vida con uno á que ciertamente no se daría crédito, tan novelesco parece, si confirmado no estuviera por memorias antiguas, refrendadas por el analista aragonés y otros historiadores.

Poco después de conquistada Zaragoza, dando Alfonso un ejemplo y enseñando á futuras generaciones un camino, que no siguieron, pretendió, como quisieron hacer con Roma los Césares romanos, y consiguió, convertir en puerto de mar á Zaragoza. Hizo bajar maderas de los altos montes por los ríos Aragón, Gállego y Arga, mandó labrar una armada de galeras y otros navíos, que

entonces llamaban *Buzos*, y, cuando ya tuvo dispuesta la flota, embarcó en ella con su ejército, para descender el Ebro y salirse al mar con objeto de talar las costas de los moros.

Y así lo hizo. Y así fué como el *Batallador* bajó por el Ebro, que convirtió en camino para ir á tomar posesión de aquel Mediterráneo y mar latino, que más tarde sus herederos en el trono debían hacer teatro de glorias y espejo de virtudes.

Alfonso murió como había vivido: en el campo y batallando. La historia ha conservado las palabras que dirigió á su amigo y hermano de armas, el vizconde de Bearn, cuando entrambos se encontraron en el campo de Fraga, rodeados de numerosas tropas de moros, en lo más recio del combate y lo más duro de

la pelea. Al convencerse el *Batallador* de que estaba perdida la jornada y que sólo podía salvar su honor perdiendo su vida, díjole así al vizconde:

—*Mi abuelo, mi padre y mi hermano murieron gloriosamente peleando con el moro. Tu abuelo y tu padre así también murieron. ¡Dichosos nosotros si imitamos su ejemplo!*

Y dicho esto, entróse por la espesura de los enemigos y murió luchando.

Después de Alfonso *el Batallador*, y por causa de aquel su singular testamento, que acaso no se encontrara tan extraño si tuviéramos la clave que nos roba la carencia de memorias íntimas de su vida y de su tiempo, vino el acto memorable de los aragoneses, quienes, deseando conservar su independencia, fueron á llamar á las puertas de un convento

y de él sacaron á un monje para elevarle al trono, haciéndole trocar su vida de oración y de penitencia por los negocios de Estado, por la lucha en el Parlamento, por el combate en el campo de batalla, por el bullicio de la corte y los goces de la vida conyugal.

Ramiro *el Monje* sólo tuvo una hija, Petronila, y fué entonces cuando Aragón tomó el acuerdo de su alianza con la casa condal de Barcelona y la dinastía ilustre de los Berenguer, venturosa alianza que dió origen á los esplendores de la Corona de Aragón.

Niña de tres años apenas era Petronila cuando ya se celebraron sus esponsales con el conde de Barcelona Berenguer IV, á quien dióse nombre de *el Santo,* como manera de decir *el Sumo* ó *el Excelso.* Uniéronse así, por medio de

este matrimonio *ad futurum* y más adelante consumado, los reinos de Aragón y Cataluña, confundiéndose desde aquel instante la historia catalana con la aragonesa, y formando entrambos una gran nación, que inmediatamente fué llamada á superiores destinos y á resonantes grandezas.

En seguida Ramiro *el Monje*, viudo ya de su esposa Inés de Poitiers, ó separándose de ella, anheloso sin duda de volver á la paz y quietud del claustro, renunció la corona para que entrase en el ejercicio del poder real el esposo de Petronila, aunque no como rey, sino como príncipe y regente durante la menor edad de su esposa, y le hizo entrega de todas sus plazas y gobernación, ordenando á todos que le prestaran homenaje.

Importante fué la regencia de Ramón Berenguer, que gobernó como rey, aunque nunca tomó el título. Ensanchó considerablemente los términos de la Corona y terminó la obra de Alfonso el *Batallador*, apoderándose de Fraga y de Mequinenza, último baluarte de los moros en Aragón, como se apoderó luego, por aquellos mismos días, de Lérida, último baluarte de los moros en Cataluña.

Con la presa de Zaragoza por el *Batallador*, con la de Lérida por el *Santo* y luego con la de Mallorca y Valencia por Jaime *el Conquistador*, la Corona de Aragón apareció ya libre del todo á los ojos del mundo, siendo el primero de los dominios españoles que alcanzó y aseguró su reconquista.

Y aquí también—si vale decir la verdad, la verdad sin veste ni rebozo, por

ser ella la única virgen que puede y debe presentarse desnuda,—aquí también se me ocurre decir algo que creo pertinente, algo de singular y providencial, que tampoco nadie dijo, que no acierto á explicarme, pero de que, por tratarse de cosas de Aragón, puede tomarse nota.

Es para mi evidente, como antes dije, que Alfonso *el Batallador* pensó seriamente en la unión de todos los dominios españoles bajo el cetro y poder de la Casa de Aragón.

Pudo ser en él un sueño, pero este sueño vino más tarde á realizarse por ventura, si quier no fuera con toda la que Alfonso había imaginado.

Petronila de Aragón enlazó con Berenguer de Barcelona, logrando por este matrimonio unir los dos pueblos, aragonés y catalán, en un solo cuerpo de

nación y una sola entidad de reino; y así sucedió que la Casa de Aragón, que había comenzado el recobro del reino primitivo para concluirlo con la presa de Zaragoza por Alfonso, fué siguiendo la obra de la reconquista en todos sus nuevos dominios, terminándola, por lo tocante á Cataluña, con Lérida, expugnada por Berenguer, y por lo tocante á la Corona toda, con Mallorca y con Valencia, rendidas por D. Jaime.

Más tarde esta misma Casa de Aragón, gracias á otro matrimonio, el de Fernando el aragonés con Isabel la castellana, juntó los dos grandes pueblos de Aragón y de Castilla en otro solo cuerpo de reino, y prosiguió entonces en los dominios castellanos la empresa de la reconquista, que acabó con la toma de Granada, resultando así por ende que la

Casa de Aragón llegó á ser la que realizó la reconquista de España, aun cuando luego, malogrado en su pureza el pensamiento del batallador Alfonso, no fuera ella sino la de Castilla quien viniera á imperar en el reino unido, caso que ni ha sido el primero ciertamente, ni será el último tampoco, en demostrar que no siempre fué la virtud la amada de los dioses, ni siempre quien más merece es quien más alcanza.

Con otra particularidad aún.

Campo de *la Fe* se llamó al que puso Alfonso sobre Zaragoza; *Santa Fe* se apellidaba la aldehuela en que Berenguer puso su campo sobre Lérida, y nombre de *Santa Fe* tomó la población en que Fernando é Isabel pusieron el suyo sobre Granada.

Á la muerte de Berenguer, que dejó

sus hijos de edad muy corta, siguió gobernando, por breve tiempo y por derecho propio, la reina Petronila. Excelente reina fué, y goza en la historia de justísima fama, realzada todavía más por su acto de abnegación cuando, ante las Cortes de aragoneses y catalanes congregadas en Huesca, se desprendió de la corona para ceñírsela á su hijo Alfonso, joven de doce años, y no mayor ella de veintiocho. Acto fué realmente de alta virtud y patriotismo, que sólo la historia aragonesa consigna, el de abandonar una mujer joven el cetro que empuñaba por derecho propio, con el bien querer del reino y en la fuerza de su mocedad y pasiones, para ponerlo en manos de quien ni por la edad ni por ambición podía codiciarlo.

Á Berenguer *el Santo* sucedió, pues,

su hijo primogénito Alfonso, segundo de los reyes de este nombre, á quien nuestra historia apellida *el Casto*, pero no así la de Provenza,—país de él muy predilecto, al que llevó la tradición y la política de su padre,—donde es conocido por el rey de Aragón Alfonso *el Trovador* ó *el que trovó*.

Porque esto fué, en realidad, poeta, y á esta circunstancia, es decir, á los celos y rivalidades literarias, más terribles que las políticas, debió sin duda el haber sido objeto de las implacables sátiras y crueles serventesios de Beltrán de Born, aquel otro trovador provenzal á quien Dante nos presenta en su *Infierno*, llevando de la mano su propia cabeza separada del tronco, á guisa de linterna. Terribles fueron, efectivamente, para nuestro rey trovador las salvajes sátiras

y vehementes desates de aquel poeta provenzal, su constante enemigo, y algo hubieron de influir en la opinión del tiempo; pero, después de todo, nada hay en ello que no sea natural y humano, pues que así como siempre toda dicha tuvo sus lágrimas y todo placer sus pe ligros, así tuvo siempre todo triunfo las turbas y los insultadores públicos, que van en pos de la carroza triunfal.

Alfonso II adquirió indiscutible gloria por sus luchas en Provenza con los magnates, por sus combates en Valencia con los moros, por sus rebatos en Castilla, por su política en Aragón y Cataluña, por las libertades y franquicias que hábilmente supo conceder á los pueblos y por haber puesto el pie y la mano en el Rosellón, que no tardó en venir á formar parte integrante de la Corona. La ad-

quirió también por ser comienzo y cabeza de aquella nueva poderosa dinastía aragonesa que llevaba ya sangre catalana en ella, dinastía de héroes y de luz, que por acaso singular vino, en mucho tiempo y precisamente en el de sus más altos esplendores, á componerse de monarcas que así eran conquistadores, caudillos y capitanes, como poetas, letrados y filósofos, circunstancia particularísima, que tal vez no ha fijado toda la atención que debiera y que da á esta dinastía un color, un carácter y una faz como ninguna otra tuvo.

Es realmente singular esa nidada de águilas capdales y de héroes emprendedores, que así se arriscaban á la conquista de un reino lejano y á un campo de batalla para vencer ó morir por la patria, como iban á una corte de amores para conseguir la sonrisa de una dama

y á un certamen de Juegos Florales para recoger un aplauso, apareciendo, entre los de éstos más principales, Alfonso *el Casto*, que fué el primero que se ejercitó en el arte de trovar, abriendo camino; Pedro *el Noble*, que fué trovador también, y uno de los más principales en su época; Jaime *el Conquistador*, que fué poeta, historiador y filósofo; Pedro *el Grande*, que por guante de desafío enviaba serventesios á sus enemigos, retándoles á combate; Jaime *el Justo*, que fué escritor elegante; Pedro *el Ceremonioso*, autor de las memorias de su tiempo; Juan *el Amador de la gentileza*, que contendía con los primeros ingenios de su siglo y fundó los certámenes de Juegos Florales; Martín *el Bueno* ó *el Humano*, que fué gran orador, y Alfonso *el Sabio*, que fué gran literato.

Iba ya á comenzar el siglo XIII cuando, por fallecimiento de Alfonso *el Casto*, ocurrido en Perpiñán, subió al trono Pedro *el Noble* ó *el Católico* y también *el de Muret*, como algunos le apellidan por el campo de batalla en que ocurrió su muerte; Pedro el de las Navas de Tolosa, como pudiera también llamarse por haber auxiliado al monarca castellano en aquella jornada, que fué gran jornada de la cruz y *Hosanna* glorificante de amor y de ventura para la cristiandad entera; Pedro *el Caballeroso*, aquel que cayó en el campo de la lealtad, á donde acudió hidalgamente en defensa de la causa provenzal y de su deudo el conde de Tolosa, y que fué, según dice su epitafio de Sijena, *flor de reyes, honra del reino, luz de la tierra y soberano liberal, de todos el más llorado y plañido.*

Y ya, con tanto golpe y tropel de reyes, héroes y caudillos, con tan atronante estrépito y maravilla tanta de empresas, y campañas, y conquistas, y victorias, pudiera creerse llegada al fin para el país, cumplidos sus destinos, la hora del descanso.

No así para la nación aragonesa.

Cuando ya parece que más no cabe ni á más puede llegarse, vencida la gloria de tanta fatiga y postrada la historia por el vuelco de tanto suceso como se amontonó sobre el país y el vuelo de tanta fama como salió por el espacio acuchillando los aires, todavía, sí, todavía detrás de esa luminosa constelación de soberanos, todavía se ven llegar otras y aun más deslumbrantes constelaciones de astros, marchando á la cabeza, como signo supremo, Credo y suma-

rio de la raza, la arrogante figura del conquistador D. Jaime.

Dije D. Jaime, y con decirlo nombré ya la majestad, el esplendor y la grandeza; que es D. Jaime *el Conquistador* uno de los monarcas que viven en la bienaventuranza de nuestra historia, héroe como jamás lo tuvieron mayor ni más gallardo la narración, la gesta, la epopeya y el drama; que fué este Don Jaime aquel cuyo nacimiento es una leyenda y cuya vida es una luminosa estela de gloria; aquel que, niño aún, comandaba huestes y, mozo, gobernaba reinos, siendo tan arriscado en el combate como prudente en el consejo; aquel que discutía en el Parlamento con los diputados y se sentaba á la mesa del ciudadano en el hogar de la familia; que con su espada, como Alejandro, ganaba

las batallas que debía narrar luego, como César, con su pluma; que dictaba leyes, y otorgaba libertades, y fundaba escuelas; que creaba órdenes religiosas tan humanas como la de la Merced, redentora de cautivos, y cabildos municipales de tanta virtud como el Consejo de Ciento, guardador de franquezas populares; aquel por quien las damas que se abrasaban en la luz de sus amores iban á sepultarse vivas en un claustro, como Leonor de Castilla y Teresa de Vidaure; á quien los Papas daban asiento en los Concilios y los Reyes paganos elegían por árbitro en sus contiendas; aquel, por último, á quien los moros llamaban el Sultán del Fuego, los trovadores el maestro, los tribunales el justo, los pueblos el sabio, las mujeres el galán, las gentes el caballero, los clérigos el redentor, los

soldados el capitán, los vencidos el misericordioso, los enemigos el invencible, la historia el conquistador y la leyenda el santo.

Y aquí doy fin á esta primera parte del alarde que en loor de las instituciones y Reyes de Aragón hice para deporte y conhortamiento del Ateneo de Zaragoza, que me honró elevándome á una de sus presidencias y me otorgó con este honor el de subir á esta cátedra borlada que los doctores y los maestros enaltecieron con su presencia y realzaron con su palabra.

Y no cierro aquí este alarde, porque aun he de rogaros á todos vosotros, los árcades de este hogar y casa pairal de

las letras aragonesas que, si esta primera parte pudo ser de vuestro agrado, os dignéis acompañarme en otra segunda á la excursión é investigaciones que haremos á través de la época y la vida de D. Pedro *el Grande*, hijo y sucesor de D. Jaime *el Conquistador*, con lo cual no sólo completaré y adicionaré un trabajo, de que ya di muestra en cierto artículo que en tiempos pasados escribí para un *Plutarco del pueblo*, sino que terminaré el estudio que presento á este noble Ateneo, para contribuir con mi pobre trabajo á los que esta digna Sociedad está realizando, con aplauso general, para mayor recuerdo y gloria de la región y nación aragonesa.



SEGUNDA PARTE

I

Pedro II de Cataluña y III de Aragón *el Grande*, á quien mejor ciertamente pudiera y debiera llamarse *el Épico*, es una de las más altas y más nobles figuras de la tierra aragonesa. Dante dijo de él en su *Divina Comedia* que llevó ceñida al pecho la banda de todos los honores.

Y así debió de ser cuando la historia le llama *el Grande* y Aragón puede llamarle *el Épico*, después de su padre el

rey Don Jaime *el Conquistador*, cuya vida es un verdadero y sublime poema de altezas y maravillas.

Tuvo Pedro de Aragón vida azarosa, y también azarada.

No hay que recordar aquí ni sus tempestuosas mocedades, á través de cuyos tumultos se dibuja ya su carácter, y por entre cuyas nieblas se vislumbra la sombra de un su hermano bastardo, miserablemente ahogado por su orden en el Cinca; ni sus tristes desacuerdos de familia; ni sus protestas contra la voluntad de su padre, con firmeza consignadas ante San Raimundo de Peñafort; ni ya luego su accidentada lucha con los últimos moros de Valencia, su jornada y su conquista de Montesa, su campaña en lid abierta con los barones de su reino, principalmente los de Cataluña, á

quienes acorraló y venció en Balaguer, ciudad que en nuestra historia parece tristemente destinada á ser siempre el postrer baluarte de las patrias libertades; ni su venturosa expedición á Bervería, que merece más honor del que se le tributa; ni otros y otros pasajes de su vida y de su reinado, que fué corto, y solamente duró nueve años, pero nueve años que encierran toda la historia y toda la enseñanza de un siglo.

Pudo tener su vida, y tuvo en efecto, como la de todos, juventud aborrascada, ímpetus y desmayos, yerros y temeridades, grandezas y minucias, desventuras quizá con imprudencia buscadas y fatalidades contra las cuales intentó luchar en vano. Pero hay en ella actos y sucesos que siempre, eternamente, mientras haya mundo, le darán indiscutible dere-

cho á la gratitud de la patria, al recuerdo de la historia y al lauro de la inmortalidad.

Fué D. Pedro el vengador de Provenza, nacionalidad altísima, fatalmente caída en los llanos de Muret, bajo las armas de Francia y las iras del Pontífice. Fué también el libertador de Sicilia la triste, que, víctima de las mismas armas y de las mismas iras, por él remitió su cautiverio. Y fué el salvador de la Corona de Aragón y mantenedor valeroso de la integridad de la patria, el propugnador del Pirineo, que le debió su independencia por una y otra banda, en toda la extensión dilatada de su abrupta cordillera y, finalmente, el restaurador justiciero, no sin antes haber sido el conculcador temerario, de las libertades públicas de su reino, según reconoció hidalgamente

en el discurso que dirigió á sus barones cuando la victoria de Panissars, único ejemplo que en el mundo existe de un rey vencedor que en el campo de batalla cubierto de cadáveres y despojos, y á vista del enemigo en fuga, reconoce sus errores y se inclina ante la majestad de la patria.

Al amparo de actos tan superiores y soberanos debe presentársele, y sólo por ellos ser juzgado; que ellos son los que descuellan en su historia y con luz caudalosa apagan las sombras que pudieran avanzar para empañarla.

Comencemos por el recuerdo de Provenza.

Mucho antes de nacer D. Pedro, á principios del siglo XIII, Provenza aparece en la historia como astro de luz, espejo de honor y alcázar luminoso de

gloria, noble heredera de la Roma antigua, canéfora gentil que, como Grecia, llevaba la urna de la poesía, del arte, del pensamiento y de los amores, para esparcir por el mundo sus aromas y sus mieles.

Provenza, sin ninguna reminiscencia de Grecia y de Roma, reunía, sin embargo, todos los esplendores de Roma y de Grecia: con sus ciudades, cada una de las cuales enarbolaba la señera de sus libertades políticas y franquicias municipales; con sus códigos, que eran estatuto de buenas costumbres y carta de amparo ó de encomienda para seguridad de todo ciudadano; con sus asambleas de magnates, en que la gloria y el honor eran aspiración suprema; con sus cortes de amor y cónclaves de gentileza, en que las damas dictaban leyes; con sus mes-

nadas de trovadores, en que el pensamiento libre, dentro del arte y de la belleza, eran inspiración sublime; con sus grandes filósofos, por fin, y pensadores, que buscaban en la doctrina, en el aula, en la cátedra, y hasta en la secta cuando era necesario, los intuitivos ideales de la verdad, de la virtud y de la justicia.

Todo desapareció un día, todo se hundió: civilización y pueblo, lengua y raza, instituciones y genio.

Simón de Montfort acabó con todo; Simón de Montfort, que—á manera de endriago apocalíptico y ángel exterminador de las leyendas provenzales, á quien Francia armó con la espada y la Iglesia con el rayo,—apareció ante la infeliz Provenza, acaparador de todas las fuerzas y de todos los odios. Un millón de hom-

bres desapareció de la faz de la tierra, y allí quedaron solamente comarcas devastadas, castillos en ruinas y ciudades desiertas después del saqueo, dominado todo por la soberbia Francia, que apareció como buitre voraz para cernerse sobre tanto horror y tanto estrago, y alumbrado todo por las hogueras de la Inquisición, en alguna de las cuales, como la de Montsegur, llegaron á perecer de una sola vez trescientas víctimas, y cuyas llamas devoraban también cuantos códices y manuscritos venían á la mano, desapareciendo así para siempre verdaderos tesoros de poesía y de ciencia.

En vano acudió el abuelo de Pedro *el Grande,* llamado Pedro como él y apellidado *el de Muret,* y también *el Noble,* con su hueste de catalanes y aragoneses en auxilio y defensa de los perseguidos

provenzales. Los campos de Muret fueron teatro de su desastre. Allí, á las puertas de Tolosa, la Atenas del Mediodía, sucumbieron aragoneses y provenzales. Allí pereció la flor de ambas naciones, y allí, también, murió D. Pedro *el Noble*, levantándose Francia sobre su cadáver. El Norte venció al Mediodía, y se apagó la luz de aquella civilización, hoy casi desconocida, en la que—aun cuando lo que voy á decir parezca dudoso á los lectores, y, sin embargo, nada más cierto—en la que fueron á buscar la esencia y la doctrina de las modernas libertades los encicopledistas y precursores de la revolución francesa, los hijos de aquellos mismos que cayeron sobre Provenza, pasando á fuego y á tala sus campos, á saco y á cuchillo sus ciudades.

Jaime *el Conquistador*, hijo del que

sucumbió en Muret, ni vengó á su padre ni continuó la política por él iniciada. No así el hijo del *Conquistador* y nieto del *Noble*, Pedro, llamado más tarde *el Grande*, quien, aun no siendo más que príncipe heredero en 1271—por haber recibido un mensaje de la gente de Tolosa y de Provenza ofreciéndole el señorío de aquellos países, que se negaban á ser franceses—levantó una hueste con intento de invadir la Provenza, arrancándosela á Francia.

Todo lo tenía ya dispuesto el príncipe: alzadas sus banderas; pronta la gente; comprometidos á la empresa altos barones de Aragón, como los de Azagra, de Entenza, de Urries, de Lizana, de Foces y de Luna; esperando los deTolosa y Provenza para redimirse del cautiverio de Francia y entregarle el señorío de

aquel condado, ansiosos todos de vengar la rota infausta de Muret y abrir en aquellas comarcas nuevos horizontes y nuevos caminos al predominio aragonés.

Sí, todo estaba dispuesto, y solo faltaba atravesar la línea de frontera; pero, como todo se había ordenado sin noticia del rey D. Jaime, que andaba á la sazón algo retraido por hallarse en los últimos años de su aborrascada vida, en cuanto de ello tuvo conocimiento *el Conquistador*, acudió en el acto á estorbarlo, pues conocida cosa era que ya D. Jaime, en años anteriores, solicitado por otra misión y otros destinos, había cedido al rey de Francia sus derechos sobre Provenza, á cambio de otros, basados en imaginarias tradiciones carlovingias, que pretendía tener el francés sobre el condado de Barcelona.

A toda su autoridad, reuniendo todas sus energías de viejo, hubo de apelar D. Jaime para impedir que su hijo y los barones que le ayudaban, llevasen adelante sus propósitos.

No sin grandes contrariedades paralizó aquella empresa que, de realizarse, hubiera sin duda cambiado los destinos de la nación aragonesa, llevándola á donde hubiera ido de seguro con Pedro *el Noble*, si éste, por malaventura, no hubiese sucumbido en los campos de Muret.

Contrariado en sus proyectos, vióse obligado á desistir el entonces príncipe D. Pedro. No le fué posible, por el momento, vengar á Provenza, vengando á su abuelo. Vengóles pocos años después, en 1285, en las sierras del Pirineo, antes de terminar el siglo que había

asistido en sus comienzos á la rota de Muret.

Pero como esto se enlaza ya con las jornadas de Sicilia y campaña del Pirineo, de ellas voy á ocuparme lo primero de todo.

II

Cuando Pedro *el Épico* subió en 1276 al trono de Aragón, llevaba ya diez y seis años de matrimonio con Constanza, hija de Manfredo, rey de Sicilia y uno de los más firmes adalides de la causa gibelina. Constanza, en quien luego vino á recaer el trono de Sicilia, es la que el Dante llama *generatrice*

dell'onor di Sicilia e d'Aragona.

Hacía ya mucho tiempo que oía hablar el mundo de güelfos y gibelinos, poderosísimos bandos, partidario el uno de los Papas, y de los Emperadores el segundo, influyentes y batalladores par-



tidos, al último de los cuales, es decir, al gibelino, acabó por pertenecer el altísimo poeta sentenciado á ser quemado en estatua, y á quien, sin embargo, tantas estatuas habían de levantarse en el mundo, el mismo del que decían las matronas veronesas al verle pasar por las calles de Verona, solo y proscripto de Florencia, señalándolo á sus hijos: —*¿Véis ese hombre de túnica roja, coronado de laurel? Pues ese hombre ha estado en el infierno.*

Todas las cóleras de la Santa Sede cayeron sobre Manfredo el gibelino. Persiguióle el Papa, sin tregua, sin descanso, sin cuartel, y, ardiendo en deseos de tener á Sicilia como feudo de la Iglesia, ofreció el reino á Carlos de Anjou, hermano menor de San Luis, que fué rey de Francia, y tío de Felipe *el Atrevido*

que entonces lo era. Aceptó Carlos, y con gran poder de franceses pasó á Sicilia para combatir á Manfredo de cuyas manos debía arrancar el reino que tan rumbosamente le daba el Papa... para cuando lo hubiese conquistado.

Manfredo el excomulgado y Carlos el pretendiente, á la cabeza de numerosa hueste cada uno, se encontraron al pie de los muros de Benevento, y en sangrienta batalla recogió Carlos de Anjou la corona caída de la yerta frente de Manfredo, cuyo cadáver fué arrojado á los perros que vagaban errantes por las orillas del Verde.

Conradino, gentil mancebo de diez y siete años, sobrino de Manfredo, se presentó á ocupar el trono de Sicilia. Fué vencido también, hecho prisionero y condenado á muerte.

Vestido de púrpura estaba el cadalso, como dispuesto para regia pompa, encapotado el cielo y oscuro el día, como negándose el sol á presenciar el acto. Con varonil entereza subió el joven Conradino al patíbulo, y, antes de entregar al verdugo su cabeza, paseó una mirada por la multitud que en la plaza de Nápoles se agrupaba junto al tablado, y, descalzando el guante de su diestra, lo arrojó al gentío como en demanda de un vengador.

La tradición y las crónicas sicilianas cuentan que recogió el guante un caballero de Sicilia llamado Juan de Prócida, quien fué á entregárselo al rey de Aragón, haciéndole heredero de la venganza siciliana.

Esta leyenda dió orígen á un drama de los Sres. Doncel y Valladares, que

en los buenos tiempos del romanticismo recorrió con aplauso todos los teatros de España, titulado *El guante de Conradino*, y también, más recientemente, prestó asunto al poema dramático *El guante del degollado*, que vive aún en la escena catalana.

Carlos de Anjou, teniendo por escabel los cadáveres de Manfredo y Conradino, subió al trono de Sicilia, á la que castigó con tanto desafuero, tanta venganza y tanta tiranía, que el pueblo le llamaba *Carlos sin merced*. Y así, víctima infeliz, fué subiendo Sicilia la cuesta de su calvario, hasta llegar el último día de Marzo de 1282, y con él el primero de su libertad. Fué aquél el día terrible y sangriento conocido en la historia por las *Vísperas sicilianas*. Al toque de vísperas, en Palermo, comenzó la matanza

de los franceses, y el pueblo arboló la bandera de su independencia, arrojando á Carlos de Anjou y fijándose desde aquel momento la atención y las miradas de todos en Pedro de Aragón, esposo de Constanza, heredera legítima de aquel trono.

Al ocurrir el sangriento suceso y catástrofe de las Vísperas, Carlos de Anjou se hallaba en Roma junto al Pontífice, y Pedro de Aragón en Cataluña preparando con urgencia una escuadra poderosa, con todos los aprestos y armamentos de guerra y con mucha gente de armas de mar y tierra, sin que nadie supiera, sólo el rey, cuál debía ser el destino de aquella fuerza.

Cuentan que uno de los mejores capitanes de la época, el conde de Pallars, hubo de preguntarle adónde se dirigían,

y contestó el monarca que se cortaría la mano izquierda si creyera que ésta podía saber lo que proyectaba la derecha.

Se sospechaba que aquella armada iba destinada á Sicilia, donde el pueblo de las Vísperas comenzaba ya claramente á manifestar su intención de proclamar á D. Pedro, á quien muchos creían secreto instigador del movimiento allí efectuado. No fué así. La armada, siguiendo la galera real, que marcaba el rumbo y en la que iba D. Pedro, salió de Cataluña y apareció ante las costas de Berbería, apoderándose de Collo, ciudad berberisca, nido de arrojados piratas. Allí mandó el rey desembarcar la gente, acampando en aquella playa, y comenzó muy tranquilamente y con éxito venturoso sus correrías, como si no tuviese más fin ni más idea

que la de someter el país, y como si nada le importase lo que á la sazón ocurría en Sicilia, de la que aparentaba no cuidarse, sin embargo de tener fija en ella, como luego se vió, toda la atención de su alma.

Ocupados andaban aragoneses y catalanes en sus arriscadas aventuras, llegando á librar con el enemigo verdaderas batallas campales, alguna de ellas mandada por el rey en persona. Eran continuos y señalados los hechos de armas y llegada la hora de avanzar y de internarse por el país; pero el monarca, sin embargo, no daba la orden, impacientemente esperada por la hueste. Parecía que sólo pensaba tener la gente entretenida, adiestrándola en escuela militar, como para foguearla, según se diría ahora, sin cuidarse de avanzar por

la tierra sobre la cual había caído en son de conquista con tanto poder y estruendo. Así permanecía tranquilo, intranquilo tal vez allá en su fondo, sin abandonar los muros de Collo, cuando un día se vió aparecer un buque extranjero que llevaba enarbolado el pendón de Sicilia. Llegaba en él una embajada siciliana. El parlamento, convocado solemnemente en la ciudad de Palermo, había decidido llamar al rey D. Pedro de Aragón, *príncipe de alma grande y de gran valor*, *con derecho indisputable á la corona y que se hallaba precisamente muy cerca al frente de un ejército aguerrido*, ofreciéndole la corona de Sicilia, bajo la condición de observar y guardar las prácticas y costumbres del tiempo de Guillermo *el Bueno*.

Al llegar los embajadores sicilianos

con este mensaje, D. Pedro reunió á sus barones y capitanes, aceptando la corona que se le ofrecía.

Y como las circunstancias apremiaban, pues ya Mesina estaba sitiada por fuerzas de Carlos de Anjou, y la suerte de Mesina podía arrastrar la de Palermo y de Sicilia toda, dió D. Pedro terminantes órdenes para abandonar su campaña de Berbería y partir á Sicilia. En tres días estuvo todo dispuesto y embarcada la gente, y cuando el rey subió á su galera el último de todos, mandó que la marinería bajase á tierra y prendiera fuego á la ciudad por varios puntos.

Así se ejecutó, y aquella misma noche, al rojo resplandor del incendio que convertía á Collo en vasta hoguera, luminaria precusora de altas empresas, zar-

pó la flota é hizo vela hacia Trápani, adonde llegó, el 30 de Agosto de 1282, aquel que, como dijo el gran poeta:

d'ogni valor portó cinta la corda.

Ocurrió entonces todo aquel asombro y maravilla de sucesos que refieren largamente las historias. D. Pedro, llegó á Palermo, donde fué recibido con todos los estrépitos y todos los esplendores del entusiasmo popular, cayendo nubes de flores á sus plantas y agrupándose el pueblo en torno de su caballo á los gritos repetidos de *¡salud y bienandanza al que viene á librarnos de Carlos sin merced! ¡Dios dé vida al Rey de misericordia!*

Los triunfos se fueron encadenando. Mientras que D. Pedro ante las Cortes del reino restauraba las leyes y franquicias, asegurando las libertades del país y declarando que *el bien de los súbditos*

es el bien del monarca y que la libertad salva lo que el despotismo destruye, sus almogavares, milicia que aun no ha conocido rival en la historia, especie de huracán viviente que todo lo arrasaba apellidando *¡Hierro, despiértate!*, le hacía dueño de las comarcas y ciudades de Sicilia, y sus escuadras, marina que iba á ser la primera del mundo, entraban en los puertos remolcando las galeras cautivas con la popa al revés y con las señeras de Carlos de Anjou á rastras por el mar.

De victoria en victoria marchaba el rey de Aragón, haciéndole sus almirantes señor de aquellos mares y sus capitanes de aquellas tierras, de donde hubieron de salir despedidos y arrojados Carlos de Anjou y los suyos.

Entonces fué cuando este último de-

safió á D. Pedro, retándole á combate personal; entonces, también, cuando el Papa lanzó sobre él la excomunión y el anatema, declarándole enemigo de la Iglesia y desposeído de los reinos de Aragón, cuya investidura ofreció á Carlos de Valois, hijo segundo del rey de Francia, Felipe *el Atrevido*.

El mundo todo pareció venírsele encima á D. Pedro; pero nunca más arrogante actitud contestó á más sañuda persecución ni á más procaz anatema.

Dispúsose á partir de Sicilia, dejando en ella por reina regente á su esposa Doña Constanza y á sus hijos, y al partir pronunció ante el parlamento esta oración, que es modelo en su género:

«Fuerza me es abandonar esta tierra, de mí ya tan amada como mi patria. Parto para ir á confundir delante de la

cristiandad á nuestro soberbio enemigo, para ir á vengarme y á vengaros, sosteniendo en solemne juicio de Dios la legitimidad de mi derecho y la razón del vuestro. Nuestra empresa ha sido bendecida por el Señor; lejos está ya de Sicilia el enemigo; perseguido y postrado en tierra firme; restauradas vuestras leyes y franquicias; creciendo vosotros en gloria, en riqueza y en bienes. Os dejo, al partir, una flota vencedora, capitanes probados, ministros fieles, una reina vuestra, y mis hijos, los sobrinos de Manfredo. Estos jóvenes, la más cara parte de mis entrañas, á vosotros los fío, ¡oh sicilianos!, y en vuestro poder quedan, que todo lo cedí yo á la fortuna por amor á vosotros, nombre, persona, reino, familia, y hasta mi alma misma.»

Oración mucho más breve, y no de

menos sublimidad y elegancia, debía pronunciar luego en Aragón ante los próceres del reino al saber definitivamente que el Pontífice le excomulgaba, declarándole desposeido de los reinos de Aragón, Cataluña, Valencia y Sicilia.

—Pues no quiere el Papa—dijo—que me titule rey de Aragón, en adelante me llamaré Pedro, caballero de Aragón, padre de dos reyes y señor del mar. Poco cuesta al Papa dar reinos que no son suyos, y poco aceptarlos á quien nada cuestan; pero como estos reinos fueron ganados por mis abuelos á costa de su sangre, á costa de la mía deberá adquirirlos quien los quiera.

III

Al partir D. Pedro de Sicilia, por él liberada y ya por los suyos regida, cuidó, lo primero, de acudir al combate ó juicio de Dios á que le citara y emplazara Carlos de Anjou.

Debía el duelo efectuarse en Burdeos, ciudad entonces del rey Eduardo de Inglaterra, y á presencia de éste; pero el Papa Martin IV escribió á dicho monarca que no permitiese de ninguna manera el combate entre Carlos de Anjou, *hijo carísimo de la Iglesia*, y *Pedro el excomulgado, perseguidor de la Iglesia, en otro tiempo rey de Aragón.*

Aun cuando Eduardo de Inglaterra se negase á dar campo, no quiso D. Pedro faltar á su compromiso de honor, y decidió por lo mismo presentarse en Burdeos, empresa ciertamente difícil y temeraria, ya que, á más de tener que atravesar comarcas enemigas, corría el peligro de caer en manos de Felipe *el Atrevido*, que hizo avanzar sus tropas, situándolas en las cercanías de la ciudad y también en diversos puntos del camino que debía seguir el monarca aragonés, contra el cual se consideraba perfectamente legal cuanto pudiera ejecutarse, por estar fuera del derecho común, como excomulgado y bajo el peso de los rayos de la Iglesia.

El duelo de Burdeos, que en el fondo era una celada tendida á D. Pedro, y para el que se había levantado un pa-

lenque, con gradas, tiendas y empalizadas, tenía extraordinaria resonancia por toda la cristiandad, excitaba la pública atención, y llamaba gente que de todas partes y en tropel acudía, deseosa de presenciar aquel caballeresco juicio de Dios, llamado á dirimir la contienda de los dos poderosos soberanos que en tal desasosiego tenían entonces al mundo con los estruendos de sus luchas.

Entre las comitivas que se dirigían á Burdeos para presenciar el combate, hubo una á cuyo frente marchaba un llamado Domingo de la Figuera, mercader famoso y tratante en caballos, universalmente conocido como concurrente á toda feria, mercado ó fiesta. A todas partes iba con numerosa comitiva, siempre al atisbo de su negocio, ejerciendo su oficio, que era principalmente el de compra y

venta de caballos. Hombre de tales circunstancias no podía malograr ocasión como la que le ofrecía Burdeos en aquel acto.

Allí se dirigió, pues, Domingo de la Figuera, y como el mercader viajaba siempre con cierta ostentación, iba acompañado de cabalgaduras y mercancías, de tres criados ó sirvientes pobremente vestidos, que cuidaban de los caballos y dormían en la cuadra, y de uno de sus hombres de confianza, especie de mayordomo, de mejor vestir que los criados, aunque de humildes arreos, quien le servía á la mesa en las posadas, tratándole con respeto y también con temor, pues que á veces ocurriale al mercader, hombre de baja alcurnia y cepa plebeya, atribuirse aires de gran señor, riñendo desenfadadamente á aquel mozo delante

de todos, y á voces descompasadas, por cualquier ligera falta en el servicio.

Pues bien: este mayordomo de Domingo de la Figuera era el rey de Aragón, que vestía mallas bajo su humilde traje y su ferreruelo azul con caperuza, llevando en la mano una azcona montera; y los tres sirvientes, mozos de cuadra encargados de dar el pienso á los caballos, eran tres de los más altos barones de la nobleza: se llamaban Blasco de Alagón, Berenguer de Peratallada, capitanes famosos, y Conrado de Llanza, el almirante rival de Roger de Lauria.

Del mismo disfraz y parecido artificio hubo de valerse más tarde Fernando *el Católico*, cuando entró de incógnito en Castilla, debiendo cruzar por entre fuerzas enemigas, para ir á casarse con Isabel *la Católica*.

Llegó aquella comitiva á Burdeos la víspera del día señalado para el combate. Todos los alrededores de la ciudad estaban ocupados militarmente por gente de armas francesa y el palenque desierto y abandonado, pues era ya bien sabido que no acudía Carlos de Anjou, por haberle prohibido el Papa comparecer so pena de graves censuras, y nadie podía imaginarse que osara presentarse D. Pedro, expuesto á perder allí su libertad y su vida.

No obstante, se presentó.

El senescal de Burdeos por el rey de Inglaterra, que lo era Juan de Greilly, recibió aviso de que en el palenque le aguardaba un mensajero del monarca aragonés. Acudió el senescal, y acercándose á él un caballero encapuzado, le dijo:

—Señor senescal, á vos me envía el rey de Aragón para que me digáis si podéis asegurarle en la ciudad de Burdeos, ya que él está pronto á presentarse al combate con sus caballeros.

La contestación del senescal fué que bajo ningún pretexto se presentase don Pedro, por estar allí el rey de Francia y Carlos de Anjou con gran golpe de gente, dispuestos á apoderarse de su persona y darle muerte.

Preguntó entonces el desconocido al senescal:

—¿Conocéis vos al rey de Aragón?

—Sí, le conozco porque le ví en Tolosa no ha mucho tiempo, cuando allí fué á vistas con el rey de Francia.

—Guardad, pues, si me conocéis—dijo entonces D. Pedro, echando atrás su caperuza azul.—Yo soy el rey de

Aragón, y si el de Inglaterra, y vos en su nombre, podéis asegurarme el campo, pronto estoy á entrar en él con mis caballeros.

Y en seguida, picando su caballo, dió dos ó tres vueltas por el palenque, como para tomar posesión. Acercósele el senescal y dijo al temerario monarca que cuanto ántes partiese, pues su persona y vida corrían inminente riesgo, ya que él no podía ampararle ni menos asegurarle campo en nombre propio ni en el de su señor, por no tener casi ninguna autoridad en Burdeos, encontrándose poco menos que en poder de los franceses. Pero el rey, sosegado y tranquilo, le contestó que de allí no partiría sin un documento librado por él, en buena forma, en que se testificase cómo el rey de Aragón había hecho acto de compare-

cencia en Burdeos y en el palenque, retirándose sólo cuando á nombre del rey de Inglaterra se le dijera que no podía asegurársele el campo.

Y así fué.

Sólo al recibir este documento, firmado por el senescal y cuatro caballeros, se retiró el monarca.

IV

Regresó D. Pedro á sus reinos de Aragón, donde las cosas públicas solicitaban su presencia con insistente apremio.

Después de repetidas negociaciones entre el Papa y la corte de Francia, Felipe *el Atrevido* había aceptado para su segundo hijo Carlos de Valois la corona de los reinos de Aragón, que tan liberalmente le ofreciera el Pontífice, como cosa que poco le costaba dar por no ser suya. Un legado del Papa dió la investidura de los reinos á Carlos de Valois, y la ceremonia se celebró con el extraño

rito de poner el cardenal su capelo en la cabeza del joven príncipe, á guisa de corona, por lo cual, después, en todos los dominios aragoneses, el príncipe francés fué siempre llamado, por burla y escarnio, *el rey del chapeo.*

Terminada aquella ridícula ceremonia, predicóse la cruzada contra D. Pedro, concediendo el Sumo Pontífice honras, dispensas é indulgencias, como si de una cruzada contra infieles se tratara, que no contra cristianos. Pero Felipe *el Atrevido* sabía bien que corona con tanta facilidad cedida difícilmente sería alcanzada, y por lo mismo mandó que se reuniera una hueste de 150.000 infantes y 19.000 caballos, con crecidísimo número de vivaldos y guardas de bagaje, 150 galeras y número igual de naves de transporte.

Nunca se había visto á un príncipe

cristiano acometer con más pompa más formidable empresa contra otro príncipe cristiano, legitimándolo todo el Papa, que mandó predicar la cruzada por todo el mundo católico, como si únicamente quisiera recoger los sentimientos religiosos de todos los fieles para arrojarlos en huracán desencadenado sobre el trono de D. Pedro.

Este se dispuso á resistir, solo, abandonado de todos los reyes, hasta de los mismos que, como el de Castilla y como el de Inglaterra, se habían obligado por palabra y por tratado; solo y abandonado hasta de sus mismos súbditos. Porque es así; catalanes y aragoneses estaban descontentos de su rey, á quien culpaban de tirano y violador de las públicas libertades, cosa para el país preferente y superior á todo. Y así tuvieron el valor

de decírselo, y así tuvo el rey la abnegación de escucharlos y atenderles, que tales eran aquellos varones y tales aquellos monarcas.

Los aragoneses, reunidos en Cortes, cuando ya el francés iba á invadir el territorio, presentaron al rey su memorial de agravios y le manifestaron que no salían contra el enemigo ni luchaban, porque allí no había patria donde no había libertad. *Aragón*, le dijeron, *no consiste ni tiene su principal ser en las fuerzas del reino, sino en la libertad, siendo una la voluntad de todos que cuando ella se acabe, fenezca el reino.* Tal fué el lenguaje con que se dirigieron al monarca las Cortes celebradas en Zaragoza aquel año de 1283, y así hablaban aquellos aragoneses, que *no estaban sometidos ni á la arbitrariedad del poder ni á la de la*

plebe, sino á las leyes dadas por todo el pueblo. Hubo D. Pedro de reconocer la razón, y confirmó cuanto pidieron.

De ahí arranca el famoso privilegio de la Unión, que tenía hasta facultad de hacer reyes, según frase de un sucesor de D. Pedro, donde está virtualmente consignado el *si non, non,* que tanto se ha debatido.

A su vez los catalanes, convocados también en Cortes, usaron del mismo lenguaje con el rey y hasta llegaron á más, según decir de las crónicas. Presentáronse un día al monarca, vistiendo mallas y embrazando escudo, pero ni llevaban hierros en sus lanzas ni en las vainas puñal ni espada, indicando con esta demostración que quienes no eran libres no podían ni debían usar armas, sólo á hombres libres concedidas. También en-

tonces D. Pedro reconoció el derecho de todos y el deber suyo, y recopiló y confirmó en un privilegio cuantos habían reconocido sus antecesores á los catalanes.

De ahí el *Recognoverunt próceres*, en que se afirmaron y aseguraron las libertades del país.

Ya desde aquel momento, y á partir de estos dos actos, en Aragón y en Cataluña, borradas quedaron las desavenencias que entre la nación y el Príncipe existían. Todos acudieron á las armas, todos se agruparon en torno del rey, y éste vió aparecer, como por encanto, como si brotaran repentinamente de las entrañas de la tierra, huestes enteras, armadas y dispuestas para el combate. Ya todos eran unos, y unidos todos en sólo un pensamiento y aspiración

común; ya todos iban á combatir por el país, es decir, por la libertad, que era allí la libertad *riqueza, patrimonio* y *substancia del reino;* ya los rebeldes de la víspera eran los adalides del trono; ya, por fin, el perseguido y el vencido en Balaguer, Ramón Folch el de Cardona, héroe y cabeza de los insurrectos, se disponía á ser el defensor inmortal de Gerona, adelantando en seis siglos la maravillosa heroicidad de Álvarez de Castro.

Y llegó entonces la epopeya de aquel reinado.

Pero, ¿á qué contar, á qué?, ¿á qué referir aquí con detalles lo que sobradamente, y con documentos vivos, nos refieren las historias; lo que, más que narrarse, merecería cantarse con el color y con los vuelos de la epopeya? Porque

aquello fué sencillamente una gran *Iliada*, que está, seis siglos há, esperando su Homero.

No hay que hablar, no, de toda la serie de jornadas, de batallas, de hechos de armas y de combates navales, que constituyen un volumen y que forman como un torbellino de gloria y de hazañosas empresas, algo como una tempestad, como un huracán, como una conjunción de rayos cayendo sobre el monarca y sobre sus reinos, de entre todo lo cual debía salir D. Pedro vencedor y glorioso, y libres, y pujantes, y omnipotentes sus reinos.

La entrada de los franceses con su hueste formidable; el paso de los Pirineos debido á traición; el incendio de Perelada; las jornadas del Ampurdán; la resistencia de Besalú; las refriegas de Llers;

el avance de los enemigos por un país que se erizaba en armas y en iras al sentirse hollado por la planta del extranjero; el sitio memorable de Gerona; su heroica defensa por Ramón Folch; las victorias marítimas de Roger de Lauria, no en vano apellidado el rey del mar; la llegada á Barcelona de las galeras vencedoras conduciendo prisioneras las naos francesas y cautivos en ellas sus capitanes y almirantes; la retirada de los franceses, que habiendo entrado en número que no tenía cuenta, salieron en número que podía contar cualquiera; el regreso por los Pirineos, cuyos peñascos se convirtieron en vengadoras Termópilas; la gran jornada de Panissars, en que Don Pedro, propugnador del Pirineo, lo libertó por una y otra parte, constituyendo un Pirineo nuestro, nacional, libre en

toda su extensión de toda servidumbre: todo esto constituye una luminosa crónica de hazañas y jornadas que no cabe ciertamente en un volumen, y que, como había de decir más tarde un sucesor de D. Pedro, *antes nos faltara luz de día que asunto para narrar.*

Y ya con esto se ha dicho todo. Ya con esto queda consignado cómo se aseguraron las libertades de los reinos; como fué vengada Provenza en los Pirineos, y vengada gloriosamente la muerte de Pedro *el Noble* en los llanos de Muret; cómo quedó libre Sicilia y en dominio de Aragón por largos años; cómo fué derrotado uno de los ejércitos más poderosos que Francia levantó jamás; cómo D. Pedro *el Épico*, triunfante á la vez de sus enemigos y de los rayos, aun más temibles entonces, de la Iglesia, afirmó

en sus sienes la corona, de la que el Pontífice se dió demasiada prisa en disponer; y, cómo, finalmente, quedó franca y confirmada la libertad de los Pirineos, que así hubieron de permanecer y así los hallaron y afirmaron los *Reyes Católicos*, hasta que más tarde, por errores nunca bastante lamentados, vino á dividirse lo que era indivisible por ser substancia y esencia del país, destruyéndose la obra de Pedro *el Grande*, que cayó deshecha bajo el peso de concesiones poco meditadas y de tratados atentatorios á la integridad de España.

Y todo esto, todo ese relampagueo de glorias, toda esa vía láctea de heroismos, todo ese tumulto de arrestos y derroches, y empresas, y gallardías, todo aparece coronado por la oración que dirigió D. Pedro á sus barones, á sus ca-

pitanes, á los representantes de la nación y del pueblo, allí congregados en la cumbre del agrio Panissars.

«Dios nuestro Señor—les dijo—nos concede la victoria. A misericordia suya se debe, que no á méritos nuestros. Con gozo y alegría entraron los franceses en nuestra tierra; con dolor y con llanto se retiran. Mayor contentamiento tuviéramos si esta tierra hubiese sido menos dañada, lo cual no fué por vuestra culpa, sino por la mía. No hubiera sucedido á seguir yo vuestro consejo, que leal y bueno me lo dábais. Por esto os digo ahora y os confieso que erradamente me conduje, y ya que el Señor Dios, á quien no place orgullo, sino humildad, se ha dignado favorecèrnos, yo aquí, ante vosotros, me complazco en confesar y reconocer mis yerros, así como lo

que os debo por el auxilio que me prestásteis y por la buena y leal voluntad con que me acudísteis. Si algo hice en vuestro desplacer, perdonado me sea por amor á mí. Y ya que Dios permitió que venciéramos á nuestros enemigos, tomemos venganza de ellos, no con el rigor, sino con la misericordia, que tenerla debemos de ellos, pues el Señor la tuvo de nosotros.»

Y ya nada más después de página tan elocuente.

Dos meses más tarde fallecía D. Pedro. No parece sino que la Providencia adelantó su muerte como para demostrar que no debía llegar á más, y que, después de tan grandiosas y épicas empresas, era hora que desapareciese aquel hombre, cuya agigantada figura podía menguar, andando el tiempo, por otras

acciones no acomodadas tal vez á las que tuvo ocasión de realizar.

Tal fué D. Pedro.

Y así como sus glorias no encontraron aún su Homero, así sus pueblos no le han levantado estatuas todavía.

Pero será.

Aragón, Cataluña, Valencia, España toda, que de España es gloria, conocerán algún día que esta es deuda de honor, y siempre pagaron sus deudas de honor los hombres honrados y los pueblos nobles.



APÉNDICE

—

BREVE NOTICIA DE LOS TRES REYES DE ARAGÓN
QUE EJERCIERON
EL ARTE DE TROVAR Y FUERON EN ÉL MAESTROS

ALFONSO II, EL CASTO

—

Alfonso llamado *el Casto*, I de Cataluña, II de Aragón, fué proclamado rey en las Cortes generales que se celebraron el año de 1162 en Huesca. Hijo del conde de Barcelona Ramón Berenguer *el Santo* y de Doña Petronila de Aragón, tuvo la suerte de que en él se reuniesen gloriosamente las soberanías de sus padres: es decir, el condado de Barcelona y el reino de Aragón, siendo el primer rey que tuvo Cataluña.

En medio de las guerras, ocupaciones militares y luchas contínuas de su época, no se olvidó de las letras, á las que prestó constante culto. Señor de una gran parte del territorio en que se hablaba la *lengua de oc*, y viviendo en una de las épocas en que más floreció su literatura, fué gran protector de los que cultivaban la poesía provenzal ó lemosina y gran amigo de los más célebres trovadores de su tiempo, entre cuyo número tenía á orgullo contarse.

En los catálogos de los poetas provenzales y catalanes se continúa á este monarca bajo el nombre de Alfonso rey de Aragón, *el que trovó*, para distinguirle de los otros Alfónsos, y se le considera como el primero ó el más antiguo, al menos, de los poetas catalanes conocidos.

No se conserva, sin embargo, de este rey-trovador más obra que una canción de amores, que á continuación publico íntegra, no sólo porque es buena y bella, sino también por ser muy á propósito para dar una idea de la versificación de aquellos tiempos y de la prodigalidad de consonantes y *rimas ricas* á que tan aficionados se mostraban los trovadores, que eran maestros en el arte.

Per mantas guizas m' es datz
joys e deport e solatz;
que per vergiers é per pratz,
e per fuelhas e per flors,
e per temps qu' es refrescatz
vei alegrar chantadors;
mas al meu chan neus ni glatz
no m' ajuda, ni estatz,
ni res, mas Dieus et amors.

E pero ges no 'm desplatz
lo belh temps, ni la clardatz
ni 'l dous chans qu' aug pels playssatz
dels auzelhs, ni la verdors;
qu aissí 'm suy ab joy lassatz
ab una de la melhors,
qu' en lieis es sens e beutatz;
per qu' ieu li don tot quan fatz,
e joys e pretz et honors.

En trop ricas voluntatz
s' es mos cors ab joy mesclatz,
mas no sai si s' es foudatz,
o ardimens, o paors,
o grans sens amezuratz,
o si s' es astres d' amors;
qu' anc, de l' hora qu' ieu fuy natz,
mais no 'm destreys amistatz,
ni 'm senti mal ni dolors.

Tan mi destrenh sa beutatz,
sa proeza e sa bontatz,
qu' ieu n' am mais sofrir en patz
penas e dans e dolors,
que d' autra jauzens amatz
grans bos faitz e grans secors;
sos homs plevitz e juratz
serai adés, s'a lieis platz,
denan totz autres senhors.

Quan mi membra dels comjalz
que pres de lieis totz forsatz,
alegres suy et iratz;
que ab sospirs mesclatz de plors
me dis: «Belhs amics, tornatz,
per mercé, vas me de cors.»
Perque ieu tornaray viatz
vas lieis, quar autre bay satz
no m' es deliets ni sabors.

Como se ve, al rey-trovador le es dado de muchas maneras el júbilo. deporte y solaz, viendo que se alegran los cantadores, por entre prados y vergeles, por entre hojas y flores, acariciados por la frescura de las brisas; pero ni esto ni las nieves. ni los hielos, son para el poeta asunto de inspiración para sus cantos, que sólo á Dios canta y al amor.

Ama á una dama que es una de las mejores y más preciadas y altas, á ella rinde su homenaje y consagra sus loores, que no conoce beldad más peregrina ni objeto más digno de ser cantado. La vehemencia de su amor crece por instantes; su único placer y su único goce en el mundo es pensar en sus amores, y recuerda con ternura el ruego que. al partir cierto día, le dirigió la dama de sus pensamientos diciéndole: «Tornad pronto, que os lleváis mi corazón.»

Se ha creido que esta canción podía ser diri-

gida á Adelaida condesa de Burlatz y vizcondesa de Beziers, de quien se supone que fué amante Alfonso de Aragón.

Además de esta obra que lleva explícitamente el nombre del monarca aragonés, se le supone autor de una *tensión* con Andreu, en la cual el rey y el trovador debaten sobre á qué debe darse preferencia, si al honor de las armas, á la esposa ó á la amante; *tensión* que se ha conservado en francés, aun cuando debió escribirse originariamente en provenzal.

La vida poética de Alfonso debió comenzar muy temprano, en la época de sus diez y ocho años, pues que la composición de Giraldo de Cabrera á su juglar Cabra, que se supone escrita en 1170, cita ya como corrientes y populares los versos del monarca aragonés.

Alfonso, como ya se ha dicho, fué gran protector de los trovadores, y entre éstos, fueron sus predilectos y favoritos *Pedro Vidal*, aquel de quien dicen las crónicas literarias que fué uno de los hombres más locos que hayan jamás existido, porque creía en la realidad de todas las fantasías que imaginaba; *el monje de Montaudón*, á quien Alfonso mandó dejar su abadía para hacer una vida igual á la de los demás trovadores, y que llegó á ser el señor

de la galante corte de amor del Puy de Santa María; *Folquet*, llamado el de Marsella, que, al contrario del anterior, abandonó su vida de trovador para ser monje y obispo de Tolosa; *Hugo Brunet*, *Hugo de San Cyr*, *Arnaldo de Marveil*, *Pedro Roger de Auvernia*, *Pons ó Ponce de Capdeuil*, *Aimeric de Sarlat* y varios otros, entre ellos el maestro de los trovadores, *Giraldo de Borneil*, cuyas canciones, según la ingeniosa expresión del monarca aragonés, merecían casarse con los *serventesios* de *Beltrán de Born*, otro poeta que después de haber sido favorito y amigo de D. Alfonso, acabó por ser su mortal y más encarnizado enemigo.

De algunos de estos trovadores han quedado composiciones celebrando al rey de Aragón.

Una de *Giraldo de Borneil*, que comienza:

Senher rey de Aragó temer
vos devon vostre mal volen,

celebra al monarca aragonés por sus prendas personales y por sus hechos de guerra, diciendo de él que es la flor de los galanes y el terror de los enemigos.

Otro poeta, Pedro Roger, se dirige á D. Alfonso, diciéndole:

Esta chansó vuelh que tot dreg sepaire
en Aragó, al rey cuy Dieus ayut;
que per lui son tug bon fag mantengut,
plus que per rey que anc nasquet de maire, etc

Es decir:

«Quiero que esta canción vaya directamente á Aragón, cuyo rey ayude Dios; pues por él son mantenidos todos los buenos hechos, más que por rey que jamás haya nacido de madre. Son tan señaladas sus prendas, que descuellan sobre todas, así como en el vergel descuella la flor blanca, por lo cual, do quiera que yo me halle, cantaré sus alabanzas».

Pero si unos le ensalzaban, otros, en cambio, le dirigían envenenados *serventesios*. Siendo Alfonso poeta, forzosamente había de tener grandes y mortales enemigos entre los cultivadores del arte. Es ley natural. La rivalidad literaria es la más cruel y la más implacable de las rivalidades. Quiso Alfonso pulsar la lira, se mezcló entre los trovadores para tomar parte en sus luchas literarias y para suspirar tiernas endechas á los pies de las damas que tenían corte de amor. No le habían de faltar, por lo mismo, profundos disgustos, y destinado estaba á recibir de la pluma de un trovador rival heridas más hondas y más terribles que las que podía causarle en el palen-

que y en lucha campal la espada del más feroz enemigo.

El adversario implacable de Alfonso *el Casto* de Aragón fué, sin duda, Beltrán de Born, célebre trovador y famoso guerrero, que así pulsaba la lira como empuñaba la espada. Beltrán de Born, vizconde de Hautefort y castellano de la diócesis de Perigueux, fué uno de los héroes del siglo XII, y era, según su biógrafo provenzal, buen caballero, buen guerrero, buen trovador y buen *domnejaire;* es decir, buen galanteador de damas. Era muy instruido, y así sabía llevar á cabo las buenas empresas, como salía airoso de las malas, y pretendía poseer tanto ingenio, que tenía de sobra. Una vez que el rey Enrique II de Inglaterra le hizo prisionero, preguntóle si poseía aún todo su ingenio, pues iba á serle necesario para salir de aquel trance. Beltrán contestó que no lo poseía ya por haberlo perdido todo á fuerza de llorar la muerte de su gran amigo el príncipe, hijo de Enrique. Conmovido el rey al recuerdo de la muerte de su hijo, se echó á llorar, perdonó á Beltrán, devolvióle la libertad y con ella sus tierras y sus honores.

La suerte quiso que el monarca aragonés y el trovador provenzal se hubiesen siempre de

encontrar frente á frente, así en el terreno político como en el literario, así en el campo de batalla como en el palenque de los amores.

Comenzaron por ser grandes amigos; pero de repente se interrumpieron sus relaciones amistosas para convertirse en cruda guerra, no siendo acaso extraña á este cambio cierta peregrina historia de amores de que no tardaré en hablar.

Cuentan y refieren los anales históricos de aquel tiempo, que en 1182 pasó Alfonso de Aragón á Burdeos, terminadas sus guerras en Provenza, para celebrar una entrevista con el rey de Inglaterra, Enrique II. Hallábase entonces este monarca en lid abierta con su propio hijo, el cual, descontento de que su padre no le diera participación en el gobierno, se había alzado contra él.

Beltrán de Born había contribuído no poco á encender esta guerra. Era un noble turbulento, que había entrado en las miras de Leonor de Aquitania y que andaba mezclado en las intrigas del rey de Inglaterra y de sus hijos, pero que tenía empeño en mantenerlos siempre en lucha perpétua, al padre contra los hijos y á éstos uno contra otro. Incitaba igualmente á la guerra entre los reyes de

Francia y de Inglaterra, y en cuanto éstos hacían paz ó tregua, se esforzaba en romper la una ó la otra con sus *serventesios*, por medio de los cuales hería su amor propio diciéndoles que la paz deshonraba á los guerreros, pues que era sólo obra de cobardes y de felones.

Después de la conferencia de 1182 en Burdeos, el rey de Aragón tomó partido por el monarca inglés, mientras que el conde de Tolosa y otros barones lo tomaron por el príncipe. Entre estos últimos, se hallaba Beltrán de Born, que escribió entonces, con este motivo, uno de los más enérgicos serventesios, uno de sus más bellos cantos de guerra:

Lo coms m'a mandat é mogut
per En Ramón Uc d' Esparó,
que ieu fassa per lui tal canço
qu' 'n si an trencat mil escut,
elms e ausbercx é alcotó,
é perpong falsat é romput...

«El conde (de Tolosa) me ha mandado é incitado por medio de D. Ramón Hugo de Esparó que haga en favor suyo tal canción, que por ella sean rotos mil escudos, yelmos, petos y cotas y pespuntes destruidos y destrozados.

»Y está bien que se cumpla su deseo, pues

me ha hecho dar cuenta de su estado; y está bien que antes de las rogaciones haya oido el conde mi canción, pues de otra suerte me denostarían los gascones á quienes me creo obligado.

»En Tolosa, al pie del castillo de Montagut, plantará el conde su estandarte de guerra en el prado condal, junto á la gradería, y cuando haya desplegado su tienda, nos alojaremos al rededor durmiendo allí tres noches.

»Y así que nos pongamos de pie se moverá gran contienda en el campo, y allí veréis á catalanes y á aragoneses caer al suelo más que de prisa, sin que de nada les sirvan sus armaduras ni arzones; tan grandes golpes les daremos, á fuer de cumplidos caballeros.

»Y no puede dejar de ser que sus armas vuelen por los aires, y que cendales, cisclatones y tafetanes no sean destrozados y no se pierdan cuerdas, garfios y barras y telas y pabellones.

»Y acudirán á nosotros todos cuantos de nobles y altos barones se precien y cuantos honrados compañeros existan y los más selectos, y vendrán todos á valernos por deseo de gloria, por deber y por prez y fama suya.

»El rey que ha perdido á Tarascón y el señor de Montalbeón Roger, y el hijo de Ber-

nardo Atón, y el conde D. Pedro, vengan en su auxilio, y el conde de Foix y D. Bernardo y D. Sancho, hermano del rey vencido.

»Piensen allá en pertrecharse y guarecerse, que acá estaremos dispuestos á recibirlos.

»Mi mayor placer consiste en ver á los más altos barones pelear unos contra otros.»

La guerra duró todo aquel año y siguiente. En 1.° de Marzo de 1183, los dos monarcas, el de Aragón y el de Inglaterra, pusieron sitio al castillo de Limoges, del cual se apoderaron, habiendo logrado escapar el joven príncipe, que personalmente le defendía. Pero no tardó en morir este último, víctima de una cruel enfermedad, y entonces el rey de Inglaterra cayó con todo el poder de sus fuerzas y las de su aliado el rey Alfonso sobre el trovador y guerrero Beltrán de Born, á cuyos consejos se atribuían los intentos sediciosos del joven príncipe inglés. Beltrán de Born fué sitiado por los dos reyes en su propio castillo de Hautefort.

Hay quien afirma, no sé con qué fondo de certeza, que la enemistad de Alfonso y Beltrán de Born nació de un incidente acaecido durante el sitio de Hautefort, y que se refiere del modo que se va á decir.

Desde el campo del rey Enrique, Alfonso de

Aragón, hallándose falto de víveres para sus gentes, se los envió á pedir á Beltrán de Born, que los tenía abundantes, no obstante el sitio. Beltrán se los hizo llevar generosamente, y contando con su amistad, le pidió que influyese con el rey Enrique para hacerle cambiar los tiros de sus baterías, á causa de estar ya muy destruidas las defensas del muro sobre el cual operaban las máquinas. El autor provenzal que cuenta el caso, supone que el monarca aragonés, lejos de pagar con este servicio que se le pedía el que acababa de recibir del sitiado trovador, vendió su secreto y reveló al rey de Inglaterra la debilidad del muro y el punto vulnerable de la plaza, haciendo que desde aquel instante fuese más vivo y tenaz el ataque por el punto amenazado.

Esto facilitó la toma del castillo.

Beltrán de Born quedó prisionero del rey de Inglaterra, y entonces hubiera acabado su fortuna y quizá también su vida, si no hubiese sabido conmover el ánimo del rey, con una respuesta que le dió, recordándole la muerte de su hijo. El monarca inglés, á este recuerdo, sintió debilitarse su cólera, devolvió su gracia al trovador, y éste continuó gozando de sus bienes y heredades.

Pero al verse libre, no olvidó Beltrán de Born su enojo contra D. Alfonso, y furioso por la perfidia de que le acusaba, dió suelta á su cólera en el siguiente *serventesio* que contiene las más absurdas aseveraciones, dictadas de seguro por el odio, aun cuando bien pudiera ser que estuviesen basadas en las calumnias y en las mentiras con que émulos y envidiosos vulgares trataban entonces de desautorizar á la casa de Aragón y Barcelona, cada día más fuerte y más pujante.

El *serventesio* á que aludo, es aquel que comienza con esta estrofa:

Pus lo gens terminis floritz
s'espandis jauzions é gais,
m'es vengut en cor que m'estais
de far un novel sirventés
on sapchon l'Aragonés.
qui'ab mal agur
d'aquó sion ben tug segur,
sai venc lo reys, dont es aunitz
é aici soudadier loguaditz...

He aquí ahora la traducción íntegra y fiel de este satírico *serventesio:*

»Pues que la gentil estación florida se esparce alegre y gozosa, me ha dado el corazón que debía componer un nuevo serventesio por el cual sepan con toda seguridad los aragoneses que con mal agüero vino su rey á deshon-

rarse en compañía de sus soldados mercenarios.

»Su baja alcurnia, subida por casualidad á lo alto, tendrá un mal fin y volverá al punto de donde salió, á Michaud ó á Carlad, el día en que cada cual habrá conquistado cuanto le pertenece de lo que él posee en la parte del Sur, siendo lástima que un mal viento no le arroje al mar, ya que es de tan poco valor, tan flaco, vano y perezoso.

»A punto está de perder la Provenza de donde ha salido y donde estiman más á su hermano Sancho, con razón sobrada, pues lo que es él, sólo piensa en engordar y en emborracharse, corriendo el Rosellón, del que fué despojado el conde Jofre. En Villamur, en Tolosa, en todas partes, le tienen por hombre sin fe, avezado á la blasfemia y al perjurio.

»Ojalá que el rey que es dueño de Castrojeriz (1) y que habita en el palacio de Toledo, convoque sus fuerzas para hacerlas caer sobre el hijo del barcelonés que, por derecho es vasallo suyo, aunque un malvado vasallo. Por mi parte, prefiero un rey infiel ó pagano, á

(1) Alude á Alfonso VIII de Castilla.

aquél de quien hube de sufrir la traición el día mismo que le presté servicio.

»El buen rey Garci Ramírez de Navarra recobrará, como no le falte vida, el Aragón que le hurtó el rey Monje: el buen rey de Navarra, á quien de derecho pertenece, lo recobrará seguido de sus alaveses el día que se le antoje, puesto que, así como el oro vale más que el azur, vale mil veces más y es más cumplida su prez que la del rey apóstata.

»Me detengo por consideración á aquella de quien es marido, por consideración á la buena reina su esposa, que un día me dirigió palabras que me desenojan. Si no fuese por ella le reprocharía la maldad que cometió con Berenguer de Besalú, ya que es tan villano y de tan malos hechos que llegó á dar muerte y hacer traición al mismo de quien desciende.

»Indigna traición cometió también con la hija del emperador Manuel á guisa de rey falso, perjuro y menguado, cuando le hurtó los tesoros que le diera su padre el emperador y se la cedió á su hermano Jaime, y después con duro corazón, cuando la hubo despojado de todo, mandó por el mar á la mujer y á los griegos, víctimas todos de su falsía.»

Y aquí parece terminar el *serventesio*, aún

cuando es de presumir que tenía otras estrofas, las cuales sin embargo no existen en la copia que he tenido á la vista.

No se contentó, empero, el airado trovador con esta diatriba. Pasado cierto tiempo escribió contra Alfonso otro inícuo *serventesio*, tan lleno de hiel como el anterior, aun cuando su comienzo parezca anunciar sentimientos menos apasionados, y que principia con esta valiente estrofa:

Cuan veij pels vergiers desplegar
los sendazt gruecs, indis é blaus,
m' adoussa la votz dels cavaus,
é il sonet que fan li joglar
que viúlan, de trap en tenda,
trompas é corns é grailles clar;
adoncs vúelh un serventes far
tal qu' el coms Richartz le entenda.

«Cuando veo desplegar por los verjeles las enseñas amarillas, indias y azules, me alegra el relincho de los caballos y el son que hacen los juglares tañendo la viola de tienda en tienda, y las trompas y los cuernos y las agudas dulzainas; entonces quiero componer un serventesio, tal que llegue á oidos del conde Ricardo.

»Quisiera reconciliarme y hacer paces con el rey de Aragón, pero fué muy desleal y muy

perverso cuando vino aquí á hacernos la guerra. Por esto es de razón que le reprenda, y dígolo sólo para amonestarle, pues me pesa verle loquear y quiero con mis advertencias corregirle.

»Todo el mundo habla mal de él. Uno de sus vasallos me contó el acto de perfidia que llevó á cabo en Castellot, de donde hizo arrojar á Español, que había sido invitado y estaba bajo seguro, despojándole, á más, de su renta.

»De hoy más nada le quiero ocultar y diciéndoselo todo le seré amigo leal. Gastón, señor de Bearne y de Pau, me ha enviado á decir que alcanzó del rey el pagarle en dinero ciertos homenajes á que estaba obligado, pues es hombre que prefiere el dinero á los homenajes.

»Los juglares me han dicho de él que han cantado de balde sus loores, pues si alguna vez les dió vestidos verdes ó azules ó les hizo entregar algún dinero, con exceso lo recobró todo del juglar Artaset, de quien se apoderó hurtándole lo suyo y vendiéndolo luego á unos judíos.

»Mal pagó también al juglar Pedro que le prestó dinero y caballos, y que fué despeda-

zado por orden de la vieja reina de Inglaterra. á quien aguarda Fontevraul, sin que le sirviese de resguardo la seña que llevaba y que era hecha con una banda de la chupa de armar del rey, pues le hirieron á cuchilladas.

»Bien lo adivinó el buen caballero Pedro Ruiz de Azagra, en cuanto vió coronado al joven rey, diciendo de él que jamás sería valiente y atrevido, y bien lo motivó él mismo desde su juventud con sus bostezos, pues todo príncipe que bosteza ó se duerme cuando oye hablar de batallas, demuestra á las claras que no es aficionado á ellas.

»Yo le perdono si hizo que recibiese daño de los catalanes y de los de Lara, pues el señor de Poitú se lo mandó y no se atrevió á hacerlo de otro modo: rey que sueldo aguarda de un señor, bien puede ganarlo, y por razón de ganancia, más que por otra cosa, vino él aquí.

»Quiero que el rey sepa y aprenda de grado este mi serventesio, y que lo haga cantar ante el rey de Navarra y que lo propague por Castilla.»

Tales son las dos cruelísimas sátiras lanzadas por Beltrán contra el rey de Aragón, sátiras en las que dominan la injuria y la calumnia.

Y no se limitó á esto sólo la irascible musa del trovador. Otro nuevo *serventesio* lanzó contra D. Alfonso por aquel mismo tiempo; pero de él sólo nos queda una estrofa que dice así:

Aragonés fan gran dol
catalan é silh d' Urgelh,
can non an qui los capdelh
mas un senhor flac e gran,
tal que 's lauza en chantant
é vol mais deniers qu' onor,
é pendet son ancesor
perque 's destruis é s'enfen...

«Los aragoneses. los catalanes y los de Urgel se duelen en gran manera, pues no tienen quien los acaudille. sino un señor flaco y alto, que se alaba á sí mismo cantando y que ahorcó á su antecesor, por lo cual se ha destruido y condenado.»

Esto es á todas luces falso, como la mayor parte de lo que dice del monarca aragonés en sus otras composiciones.

Acaso puede haber algo de cierto en el incidente acaecido durante el cerco de Hautefort, y que se supone dió lugar á esta enemistad y á estas sátiras; pero repugna creer tales deslealtades en el monarca aragonés, de quien la historia, por el contrario, se complace en recordar nobilísimos rasgos.

Sólo en falsedades apoya Beltrán de Born sus sátiras.

En primer lugar, hace descender á Alfonso de Milhaud ó Carlad, cuando no es exacto. Alfonso descendía por línea varonil de los condes de Barcelona, y sólo por la línea materna de su abuela Doña Dulce ó Dulcía era descendiente de los condes de Milhaud y Carlad.

Por lo tocante á que el monje Ramiro, es decir, el Rey Monje hubiese usurpado el reino de Aragón al monarca navarro, ahí está la historia para desmentirlo.

El mismo poco fundamento tienen la mayor parte de los otros cargos hechos á Alfonso. Le llama cobarde y le niega el valor, cualidad que era innegable en el rey de Aragón. Le llama blasfemo, perjuro, beodo, y le acusa de crímenes ó traiciones, cuando sus virtudes y excelentes prendas están atestiguadas por el renombre de *Casto* con que la posteridad justiciera le ha reconocido, renombre que no se le dió ciertamente por la circunstancia única que en sí expresa, ya que á juicio de los antiguos, llamarle *el Casto*, era llamarle *el Virtuoso*.

En lo que está acertado el poeta satírico, es en el reproche que le dirije relativamente á la

princesa Eudoxia Comeno, hija del emperador Manuel. Poco noble fué, en efecto, la conducta de Alfonso con esta princesa desdichada, digna de mejor galán y mejor suerte. La venganza y el resentimiento dirigieron la pluma del trovador provenzal.

Afortunadamente existen ciertos datos históricos, gracias á los cuales podemos deducir que las sátiras de Beltrán de Born contra Alfonso fueron debidas más que á la política y á la enemistad de partido, al resentimiento literario y á los celos en amor. Por un lado hay que convenir en que el rey Alfonso trovaba, y esta circunstancia, si le valía elogios exagerados y adulaciones de ciertos poetas cortesanos, le enajenaba las simpatías de otros trovadores, entre los cuales sobresalía por su carácter independiente y soberbio el vizconde de Hautefort, muy acostumbrado á satirizar lo que era objeto de las adulaciones serviles de ciertos compañeros suyos.

Además, el caballero y el príncipe, el rey y el trovador, habían sido rivales en amores, pues á entrambos se les halla suspirando á los pies de Maenz ó Matilde de Montagnac, hija del vizconde de Turena y esposa de Talleyrand de Perigord, una de las mujeres más hermosas

de su época. La bella Matilde se veía cortejada á un mismo tiempo por varios señores principales, entre ellos Alfonso, rey de Aragón, que al parecer estaba de ella perdidamente enamorado, siendo á ella á quien tal vez hubo de ser dirigida la canción de amores de que antes he hablado. Todos aquellos ilustres galanes fueron sacrificados por la bella Matilde á Beltrán de Born, á quien escogió por su *amante* y *señor*. Esto no obstante, como no dejaban de inspirarle sus rivales viva inquietud, Beltrán desplegó contra ellos su talento satírico, escogiendo principalmente como víctima á Alfonso de Aragón, que había estado más cercano que los otros á alcanzar los favores de la beldad provenzal, y que hasta parece haberlos conseguido.

El juicio de la posteridad ha sido favorable para Alfonso. Los historiadores más graves, más imparciales y más entendidos, convienen en que se hizo recomendable por sus hazañas y sus buenas cualidades. Fué, en efecto, su reinado uno de los más felices de la *Corona de Aragón*, y fué indudablemente este monarca prudente al par que valeroso, activo al par que sagaz, guerrero al par que sabio. Como no todo es perfección en este mundo, hay real-

mente algunos lunares en la vida de este rey. y en ellos hubo de apoyarse Beltrán de Born para sus crueles sátiras; pero no merecía ser pintado con los feos colores con que lo hizo este su vengativo contemporáneo. La pluma del trovador vizconde fué injusta al escribir de Alfonso, como toda pluma tinta en la hiel de la pasión, é inspirada sólo en el odio y la venganza.

PEDRO II DE ARAGON, EL NOBLE

—

Fué este monarca aquél á quien las crónicas llamaron indistintamente *el Católico, el Noble, el Caballero, el de las Navas, el de Muret.*

En las páginas de mi obra *Los trovadores,* hablé de él extensamente, citando algunos de sus más gloriosos hechos y refiriendo su muerte en la batalla de Muret, cuyos campos vieron hundirse con él en la tumba el genio de la independencia provenzal.

La historia reserva brillantes páginas á este monarca. Aquí sólo nos toca hablar de él como trovador.

No solo lo fué, sino que en él hallaron protección decidida cuantos se consagraban entonces al cultivo de las letras. Breve fué y accidentada la vida de este monarca en el trono, pero, como podrá recordar quien haya leido en la Introducción de mi citado libro, el capí-

tulo consagrado á hablar de la poesía provenzal en Aragón y en Cataluña, los trovadores fueron en la corte de este príncipe el alma de la política seguida durante su reinado.

Las alusiones á D. Pedro de Aragón en las poesías y serventesios del tiempo son frecuentes y bastantes para dar á entender de qué manera y hasta qué punto aquellos poetas influían en el ánimo del monarca. La política que dominó en la última época de su reinado, y que á no sobrevenir la muerte de D. Pedro, hubiera de seguro variado los destinos de Provenza, fué principalmente debida á los *serventesios* de los trovadores, unánimes en pedirle que desplegara al aire su bandera para tomar bajo su protección los paises meridionales y arrojar de ellos al francés.

Fruto fué también, por otra parte, de la protección dispensada por D. Pedro á la literatura provenzal, el bellísimo romance caballeresco de *Jaufre* ó Godofredo, que es en realidad una de las joyas de aquella literatura.

Que era poeta no cabe duda alguna, como no la hay de que escribió algunas canciones de amor, siguiendo el ejemplo de su padre Alfonso II; pero, por desgracia, sus poesías han desaparecido entre el huracán de fuego y

de hierro que, á su muerte, arrastró consigo muchas y quizá las obras principales de aquella literatura, que á esta causa deberá siempre el no poder ser á fondo conocida.

Sólo existe, aunque incompleta y mutilada, una *tensión* entre Giraldo de Borneil y un monarca aragonés, que se supone fué D. Pedro, atribuyéndose á éste la parte á él correspondiente en el diálogo.

PEDRO III DE ARAGON, EL GRANDE

Así como su bisabuelo D. Alfonso II fué el primero de los trovadores. D. Pedro fué el último. La época de los trovadores, en efecto, comienza con un monarca aragonés y acaba con otro.

D. Pedro III de Aragón *el Grande*, tiene dos épocas en su reinado que serán eternamente para su nombre y su recuerdo un título de gloria: su aclamación como rey de los sicilianos, después de aquellas célebres y sangrientas Vísperas que acabaron con el dominio francés en Sicilia; la heroica defensa de sus Estados de Cataluña y Aragón contra la invasión francesa.

Como marido de Doña Constanza, último resto de la casa de Suavia, D. Pedro fué elevado al trono de Sicilia por la nobleza y el pueblo, que en él vieron al vengador de Conradino *el Descabezado*, al jefe y cabeza del par-

tido gibelino, al protector de las libertades públicas, al adversario poderoso de la Francia y de la Iglesia usurpadora.

La Santa Sede no hubo de perdonar á don Pedro su elevación al trono siciliano en brazos y por voto solemne de la soberanía nacional y en detrimento de la casa de Anjou, y entonces el Papa, como si á su sabor pudiera dar y quitar reinos, dió la investidura de rey de Aragón á Carlos de Valois, hijo segundo de Felipe de Francia *el Atrevido*. Con poderoso ejército dispusiéronse los franceses á pasar los Pirineos y á caer sobre los estados del monarca aragonés, pero D. Pedro se preparó á heróica resistencia, admirablemente secundado por sus súbditos catalanes y aragoneses que, sin temor á las censuras de la Iglesia ni á las armas de la Francia, se agruparon junto á su rey decididos á que no fuese su noble país patrimonio de un usurpador extranjero.

Cuando á últimos de 1284 ó principios de 1285 preparaban los franceses, auxiliados por la Iglesia y en son de cruzada, la invasión que tan fatal debía serles, fué cuando D. Pedro escribió aquella su poesía-serventesio, dirigida al parecer á un poeta provenzal llamado Pedro Salvaje, como una especie de canto

de guerra para recordar á los provenzales que en situación parecida, en tiempo de su abuelo D. Pedro II, se habían unido las armas de Provenza y de Aragón contra la Francia.

Así dice la poesía del rey aragonés, importante bajo el doble aspecto de la historia y de las letras:

«Pedro Salvaje, en grave duelo me obligan á estar dentro en mi casa las flores (1), que aqui quieren pasar sin consideración á derecho ni razón alguna. Por esto advierto á los de Carcasona, de Agén, y á los gascones que ha de pesarles si las flores me hacen menguar en mi poder; pero tal piensa aquí ganar perdones (2), que éstos se le han de convertir en segura perdición.

»Mi sobrino (3), acostumbrado á usar flores, quiere ahora cambiar de blasón, lo cual no agrada, y oímos contar que se hace apellidar rey de Aragón; mas, pese á quien pese, y guste á quien guste, mis jaquesas se mezclarán

---

(1) Es decir, las flores de lis, las armas francesas.

(2) Alusión á la cruzada que la Iglesia predicó contra don Pedro. A los que tomaron las armas por la Francia, los agentes del Papa les concedían el perdón de sus culpas, absolviéndoles.

(3) Carlos de Valois, que era hijo de Felipe *el Atrevido* y de Isabel de Aragón.

con sus tornesas (1), y á Dios plazca que triunfe el que tiene mejor derecho, que yo en ningún tiempo por esperanza de bretón dejaré la insignia de las Barras (2).

»Si mi dama de corazón cortés, lleno de todas las bondades, Salvaje, quisiera valerme y me diera lugar en su corazón, no me fuera necesario entonces armarme contra el enemigo ni desplegar al viento pendón ni estandarte.»

Peire Salvagg' en greu pesar
me fan estar
dins ma maizó
las flors que say volon passar,
senes guardar
dreg ni razó.
Donc prec asselhs de Carcassés
e d' Ajenés
et als gascos prec que lor pes,
si flors me fan mermar de sua tenensa,
mas tal cuia sai gazanhar perdó
qu'el perdós li er de gran perdició.
E mos neps que flor sol portar,
vol cambiar,
do no 'm sap bo,
son senhal, et auzem contar
que 's fais nomnar
rey d' Aragó,
mas cuy que plais'o cui que pes,
los mieus jaqués

(1) Jaquesas y tornesas, según se llamaban las monedas acuñadas en Jaca ó en Tours.

(2) Una esperanza bretona, una esperanza falsa, frase muy usual entre los trovadores.

se mesclaran ab lor tornés,
e plass'a Dieus qu' el plus dreiturier vensa;
qu ihu ja nulh tems per bocelh de bretó
no laissarait lo seuhal del bastó.
  E si mi dons al cor cortés,
          ples de totz bes,
Salvagge, valer mi volgués,
e del seu cor me fes qualque valensa,
per enemics no 'm calgra garnizó
ni desplegar pennol ni gonfanó.

A esta composición contestó Pedro Salvaje: «Señor, rey que tan enamorado parece, no debe manifestarse tímido con las flores, antes bien debe pensar en hacer buena cosecha de ellas en aquel mes en que empieza el verano y nacen las flores más espesas. Lo que debe hacerse es que los cosechadores sean de tal valía que ni en montaña ni en llanura, ni en selva ni en matorral dejen flor alguna del lado acá de Montmelió.»

  Senher, reys qu' enamoratz par,
          non degra estar
          ab cor feló
contra flors, ans deu albirar
          com posca far,
          ab bon ressó,
culhir las flors en aquel mes
          on l' estiu es
e las flors náisson plus espés;
  e 'ls culhidors sian de tal valensa
qu' en pui ni plan, en selva ni boyssó,
no láisson flors de sai de Montmelló.

Cuando los franceses se retiraron en derrota, llevándose consigo el cadáver de su rey Felipe, D. Pedro parece que compuso otro canto de triunfo dirigido al mismo trovador Pedro Salvaje, pero no está bien comprobado que esta nueva poesía sea suya.

«Ya podemos cantar y dedicarnos al amor, dice, y, tú, pueblo aragonés, dime si puede separárseme de mi blasón y si puede impedirse que estemos unidos contra el francés.»

Salvagg, tuit auzem cantar
e n' amorar:
pleis d' Arago
digame se porian tan far...

Las demás composiciones poéticas del rey D. Pedro han desaparecido y no se tiene de ellas noticia alguna.



SAN JUAN DE LA PEÑA

SU HISTORIA Y SUS TRADICIONES

(SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA)

SAN JUAN DE LA PEÑA [1]

—

Su historia.—Sus tradiciones.—Las leyendas.—
Sus recuerdos.—Excursión al monasterio.

I

Entre los recuerdos que de mis excursiones por Aragón conservo, es, seguramente, el más permanente y vivo, el de un viaje que hice al monasterio de San Juan de la Peña al promediar

---

(1) Aun cuando este trabajo forma parte de otro libro del autor, titulado *A granel*, se reproduce aquí, en segunda edición, porque completa el estudio anterior y porque fué leído en una de las solemnidades literarias de Zaragoza que han dado motivo á la publicación de este libro.

este siglo, allá entre los años de 1847 á 1850.

Me acompañaba en aquella excursión Gregorio Amado Larrosa, amigo querido, compañero de mi juventud, aragonés, hijo de Jaca, poeta excelente y excelente prosista, autor de varias obras literarias, entre ellas, si no recuerdo mal, un drama en verso titulado *Odio á muerte*, que se representó en Barcelona con gran éxito, y redactor que fué luego, con Mañé y Flaquer, del *Diario de Barcelona*. Murió Larrosa hace algunos años y ya nadie se acuerda de él, sin embargo de haber prestado eminentes servicios á las letras patrias.

Pláceme aprovechar esta ocasión para tributarle este recuerdo, que consagro á su buena y querida memoria con todos los cariños y todos los homenajes del alma.

Tenía yo idea de haber escrito algo relacionado con aquel viaje que hice con Larrosa desde Jaca á San Juan de la Peña, algo así como recuerdos, apuntes, impresiones ó memorandum, y, en efecto, hube de encontrarlo hace poco entre borradores y cuadernos de aquella época lejana, amontonados hoy en los archivos de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú.

Publico estas impresiones tales como fueron pensadas y escritas, que no quiero borrarles su color de época, en forma de leyenda romántica, con todos los sellos, arreos, menesteres y atributos de lugar y tiempo. Me limito solo á corregir algún error de fondo y á enmendar descuidos de forma.

Acaso estas páginas parezcan fuera de uso; que no se escribía en aquellas

épocas como ahora. Se dejaba entonces campear libre la fantasía, que hoy se reprime; se perseguían y se tenían ideales que hoy ni se persiguen ni se sienten, y se procuraba dar amenidad al escrito, lo cual hoy no se juzga muy necesario. Pudo estar equivocada, no digo que no, la juventud de aquella época, pero también creo que puede estarlo la presente.

Y dicho sea esto con todos los respetos debidos, porque soy muy inglés, ó muy catalán de raza; que los catalanes antiguos tenían esta cualidad, generalmente atribuída hoy á los ingleses. Soy muy amante de mi fuero, pero muy respetuoso para el de los demás. Quiero ser respetado, y respeto.

Y ya, con haberme metido en tales trotes, á fuer de andorrero, me interesa decir algo que creo pertinente al ocu-

parme de tradiciones y recuerdos de San Juan de la Peña.

Traté un día de investigar, mejor dicho, de ahondar en los orígenes y verdad de la historia del reino de Aragón, que es magna historia.

Estudié, investigué con ardor, con entusiasmo y, sobre todo, con fe, y adquirí—como hombre honrado lo digo—la convicción de que hay en los aparatos primiciales deaquellas historias algo que podrá ser y será leyenda de seguro, pero hay también en aquellas leyendas mucho, muchísimo, que es historia.

Se confunden y se compenetran la historia y la leyenda de tal modo, que es muy difícil, cuando no imposible, penetrar en el campo de aquella sin cruzar por los terrenos de ésta.

Y porque tengo esta convicción, acer-

ca de la cual me extenderé con más espacio algún día, es también por lo que, al trasuntar hoy aquí mis apuntes de entonces, quiero dejarlos en toda su integridad, con todo su amor y todos sus colores, no sin antes aprovechar esta ocasión, que considero oportuna para decir algo tocante á lo que, según mi opinión, debe entenderse por leyenda.

Al decir de nuestra Real Academia Española, leyenda es «relación de sucesos que tienen más de tradicionales ó maravillosos que de históricos y verdaderos».

Así será, y así es, no lo dudo y lo respeto; pero debe consignarse, sin embargo, que la leyenda es siempre hija de una tradición, y parte ó dimana de un hecho, es decir, de un suceso que lo mismo se puede agrandar dándole pro-

porciones, colores y luces, que reducir y empequeñecer con juicios y supuestos.

Verdadero, pues, en parte ó en todo, el suceso existe, y, por lo mismo, la leyenda parte de un hecho que siempre tendrá algo de *símbolo*, es decir, de una cosa que por representación, figura ó semejanza, da á conocer ó nos explica otra.

En este sentido es como admito y acepto la leyenda en historia.

II

Caído el imperio godo á orillas del Guadalete, fueron los moros internándose y avanzando hasta apoderarse casi de todas las regiones españolas.

Como tantas otras plazas y ciudades, Cesaraugusta, la que más tarde debía ser nuestra insigne Zaragoza, hubo de caer en manos de los invasores.

Aquellos de sus hijos que pudieron escapar á la matanza y cuantos se negaron á someterse ó aceptar la ley del vencedor, fueron á buscar un asilo en los Pirineos. Allí se refugiaron, y allí, desparcidos por sus fragosidades y sus

bosques, se procuraban un asilo en las cuevas de los montes ó se amparaban de miserables chozas junto á enriscadas peñas. Así vivían fugitivos y proscriptos.

Llegó un día en que, agrupando sus familias y despertando su ánimo, decidieron reunirse en un sitio común y levantar un pueblo que servirles pudiera de hogar, asilo y fortaleza.

Escogido el sitio, ancianos, mancebos, mujeres y niños, congregaron todos sus esfuerzos, y en la explanada de un monte comenzaron á labrar una fortaleza, á que dieron el nombre de Pano, tomándolo del monte.

Ya estaba algo avanzada, próximas á terminar sus primeras torres, de pie algunos lienzos de muralla, ahondándose los fosos, cuando cierta tarde, al encontrarse

dos gallardos mancebos, que iban y venían ocupados en sus faenas, díjole uno al otro:

—Félix, ¿viste á nuestro padre?

—No ha vuelto aún,—contestó Félix. —¿Por qué lo dices, Oto?

—Porque me inquieta su tardanza y quiero salir á su encuentro.

Diciendo esto, soltó el azadón que llevaba al hombro, ciñóse sobre la enmallada cota el cinturón de cuero de que pendía su *scrama*, puñal muy agudo de los godos, cubrió su frente con el morrión ó capacete, que había soltado á fin de estar más libre para el trabajo, y dispúsose á salir de la zanja.

—Espérame, Oto. Yo te acompaño,—dijo Félix.

En aquel momento sonó una voz á oidos de los jóvenes. Era la de uno de

sus compañeros, que trabajaba en lo alto de la zanja.

—¡Ah! Ya está aquí el viejo de los cabellos blancos.

Ambos jóvenes se detuvieron. El anciano de los cabellos blancos era su padre, de aquel modo llamado por los proscriptos cristianos que se dedicaban á levantar la ciudad de Pano.

En efecto, un anciano de venerable figura se adelantaba lentamente, apoyado en su báculo y seguido de varios hombres, con quienes había salido por la mañana á cortar pinos y robles del vecino monte.

Acudieron solícitos sus dos hijos ofreciéndole sus brazos, que el anciano aceptó, sonriendo con gratitud, pero con tristeza.

—Padre—le dijo Oto mientras le

acompañaba á un vasto cobertizo, cubierto por groseras telas colgadas de los árboles, que servía de refugio y casa á las mujeres, ancianos y niños, ínterin los hombres trabajaban en levantar la fortaleza.—Padre, tu rostro está más sombrío que de costumbre. ¡Estás triste, padre!

—¡Triste! ¿Fáltame acaso motivo? Nos arrojaron de nuestra ciudad como á un tropel de siervos y, para borrar todo recuerdo, hasta han cambiado su nombre llamándola Saracusta. Hijos míos, tiempos bien infelices hemos alcanzado. En era bien desgraciada vinimos. Esta misma Pano que hoy levantamos en las entrañas del bosque, oculta entre las peñas y malezas como una guarida de lobos, esta Pano, nuestro último refugio, nuestra única esperanza, ¡quién sabe si exis-

tirá mañana! ¡quién sabe si esta misma noche caerá sobre ella un torrente de moros, y cuando amanezca el sol habrá ya quedado solitario y olvidado el sitio en que unos pobres proscriptos quisieron con loca temeridad elevar un alcázar!

El anciano, al decir esto, enjugó una lágrima y se volvió hacia Pano, que mostraba sus dos primeras torres bañadas por los postreros rayos de un sol purpúreo, que parecía enviarle en aquel beso de la tarde su triste despedida.

—¡Pano, Pano!—murmuraba el anciano.—¿Estás quizá condenada á morir antes de nacer? Ese sol que tiñe de color de sangre tus nacientes torreones, ¿es acaso el último que te alumbra? ¿Será también tu suelo inhospitalario para los hijos de Cesaraugusta? Las torres que sus manos elevaron ¿han de caer sobre

sus cadáveres insepultos?... Pano, Pano, tu existencia está marcada por el dedo del Eterno. ¡Dios quiera que en lugar de refugio de fugitivos no seas asilo de muertos!

—¡No te decía yo, padre—exclamó con voz melancólicamente dulce el joven Oto;—tus palabras brotan hoy tristes de tus labios. El dolor vive en tu alma.

—Dejadme sentar aquí, hijos míos—dijo el anciano señalando una piedra al pie de uno de los pinos que sostenían la tienda;—desde aquí puedo ver entera á nuestro Pano, y quiero contemplarla, quiero acariciarla con mi mirada, como la acaricia ahora el sol que parte.

El anciano se sentó en la piedra. Sus hijos permanecieron de pie a su lado. Hubo un largo rato de silencio. En el ínterin el sol fué perezosamente reco-

giendo sus rayos, y el crepúsculo, con su incierta luz, derramó un tinte pálido sobre la naciente fortaleza, como si la envolviera con un sudario.

—Escucha, Oto—dijo de pronto el anciano con voz trémula;—escucha tu también, Félix. Acercaos á mí para que el rumor de mis palabras no llegue á más oídos que los vuestros.

Oto y Félix se arrodillaron cada uno al lado de su viejo padre, que puso sus manos sobre sus cabezas y las acercó á su pecho con un tierno abrazo.

—Oid,—les dijo en voz baja.—Esta tarde, al retirarnos del monte, terminada que fué nuestra tarea, y al cruzar por delante del pico del Mediodía, esa cumbre de los Pirineos que parece querer agujerear las nubes, un gemido lúgubre, un grito inexplicable de agonía sonó tris-

temente en mis oídos. Detuve mi paso y escuché. El grito se volvió á repetir, semejante al quejido que lanzaría una mujer llorosa, y en seguida sonó una especie de melodía fúnebre que se ha prolongado por largo espacio.

Oto se estremeció. El anciano, que sintió aquel estremecimiento, adivinó sin duda el motivo que le causaba, porque se volvió hacia su hijo mayor y le dijo como si contestara á una pregunta que no se le había hecho pero que había adivinado:

—Si, Oto, sí, hijo mío, era la Maladeta, la peña en la cual suena prodigiosamente una lúgubre armonía cuando va á ocurrir alguna gran desgracia. Es una reunión de voces clamorosas, como el rumor que pudiera dejar oir á lo lejos todo un pueblo llorando. Mi corazón se ha

entristecido y, cuando el prodigio cesó, volví á continuar mi camino con los ojos bañados en lágrimas. Un triste presentimiento me asaltó. Pero esto no era nada todavía...

Y aquí el anciano estrechó aún más á sus hijos contra su corazón y su voz tomó un tinte sombrío.

—Nada todavía. Juzgad de mi sorpresa cuando al doblar la senda ví la cumbre del Cúculo, cumbre fatal, coronada de nieblas más negras que la noche, enroscándose á su picacho como un turbante. Entonces ya no cabía duda. El prodigio era evidente, comprensible, claro, y mi corazón se rasgó de pena. He ahí por qué estoy triste, ¡hijos mios! He ahí por qué tiemblo por vosotros, por nosotros todos, por Pano. Vosotros lo sabéis; es tradición que jamás se ha

desmentido. Cuando la Maladeta lanza su fúnebre armonía y el Cúculo se corona de nieblas negras como la noche, una gran desgracia sucede en el monte ó en el valle.

Así dijo el anciano, y dejándose caer de hinojos entre Oto y Félix, añadió:

—De rodillas, hijos míos. Oremos y ¡que el Señor nos halle prontos si acaso!...

Los tres balbucearon entonces una plegaria que debió subir al cielo envuelta en las últimas luces del crepúsculo de la tarde.

Cuando se levantaron, ya las sombras inundaban el valle y Pano había desaparecido, como tragada por las tinieblas.

—¡Obscura es la noche!—dijo Félix ayudando á entrar á su padre en la tienda.

—Pero no tardará en asomar la luna, —contestó el viejo.

Entraron en el vasto cobertizo, donde se habían ya recogido todos los futuros habitantes de Pano. Allí estaban, tendidos en el duro suelo, descansando la cabeza sobre el acerado morrión que les servía de almohada, todos aquellos hombres valerosos, sin más refugio ni asilo que la enriscada sierra y la soledad de los bosques. Las mujeres, abrazadas á sus hijos, que temblaban estremecidos por el cierzo frío de la noche, velaban el sueño de sus esposos, derramando en silencio amargas lágrimas, inspiradas por el recuerdo de la patria. Algunas hogueras colocadas de trecho en trecho, alumbraban con siniestros resplandores aquellos rostros macilentos, postrados por las angustias de la desesperación, del dolor y del hambre.

Era ya bien entrada la noche, cuando,

como un pabellón izado repentinamente en el aire, asomó en el espacio la pálida luna.

El anciano de los cabellos blancos, que estaba tendido en el suelo, se incorporó y tocó con su báculo á Oto, que descansaba, pero sin dormir, á pocos pasos de distancia.

Éste se puso en pie y ofreció el brazo á su padre, que se levantó penosamente y salió de la tienda guiado por su hijo.

—Oto, hijo mío, extrañas ideas me asaltan, lúgubres presentimientos ruedan por mi mente prensándome el corazón.

El joven bajó la cabeza sin contestar.

—Oto, hijo mío, subamos á la torre. La luna te permitirá llevar tu mirada á lo más profundo del valle.

Oto, sin replicar una sola palabra,

subió con su padre hasta la plataforma del torreón. Trepó el mancebo hasta alcanzar el parapeto, y desde allí tendió una mirada sobre el valle que se extendía á sus pies, y por el cual cruzaba, serpenteando como una cinta de plata, el río Aragón.

—¿Qué es lo que ves, Oto?—gritó el anciano.

—Padre, veo un cuervo, negro como una maldición, batir sus alas sobre el pinar que está á espaldas de la tienda.

—¿Y qué más ves, hijo mío?

—Aguardad; veo allá, en el fondo del valle, una línea blanca junto al río. Parece como que el río se hubiese dividido en dos brazos.

—Observa bien.

—Es extraño, padre. De en medio de esa línea blanca brotan chispas, como si

la luna arrancara rayos de unas láminas de plata.

—Observa mejor.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Esa línea blanca es una hueste de moros.

—¡Misericordia de Dios!—gritó el anciano cayendo de rodillas.

—Sus blancos turbantes lucen á los rayos de la luna como el brazo de un río, y las chispas que brotan son las que despiden sus armas. ¡Dios mío, es un ejército numeroso! Va introduciéndose en la garganta de la sierra, como si tratara de encaminarse hacia aquí.

—Hacia aquí se encamina, hijo mío. El corazón me lo dice. ¡Baja!

Oto descendió de la almena. El anciano le recibió en sus brazos.

—Padre—dijo el arrojado mancebo,—voy á dar el grito de alarma. Si vienen

á buscarnos hasta nuestro último refugio, el combate será sangriento; nos defenderemos como leones.

El anciano de los cabellos blancos puso una mano, trémula, sobre la cabeza del gallardo mancebo.

—Oto—le dijo,—el momento es solemne. Dentro de pocas horas ya no existiremos y nuestras almas habrán volado al seno del Dios de las misericordias, mientras que ni uno de nosotros quedará, tal vez, para derramar un puñado de tierra, y una lágrima de dolor sobre nuestros cadáveres insepultos. Oto, hijo mío, tú eres valiente y joven y acaso por milagro de Dios puedas salvarte. Si lo consigues, no olvides entonces mis últimos consejos. Desprecia el lujo y la afeminación que ha perdido á la corte de Rodrigo y que á todos nos envolvió en su

pérdida. Arroja lejos de tí la copa de oro realzada con piedras en que bebían los cortesanos, y no perfumes ni acicales tu cabello ante la plancha de acero á que se asoman las mujeres; vive para Dios y para San Juan Bautista, nuestro particular abogado, y si algún día te sientes con fuerza en el corazón, con fuego en la sangre, con vida en el alma, abandona el hueco de la peña en que te hayas refugiado y uno á uno habla á todos los hermanos que encuentres, uno á uno recógeles, uno á uno llévales contigo, y morid entonces como hoy moriremos nosotros, peleando por la religión y la patria.

Dijo el anciano, y el joven Oto besó su mano, regándola al propio tiempo con sus lágrimas.

—Da ahora el grito de alarma, hijo mío.

Toda aquella población, que dormía pacífica, despertó sobresaltada. Oto les enteró en breves palabras del accidente que ocurría. Un momento bastó para que se juntasen sus caudillos, poniéndose de acuerdo.

Las mujeres y ancianos quedaron como en depósito en el torreón de Pano, que era donde mejor podían abrigarse de las flechas de los moros, y los pocos hombres con quienes se podía contar fueron distribuídos por las murallas comenzadas y tras las almenas, que empezaban sólo á mostrar sus dientes.

Colocados ya todos en sus puestos, esperaron.

No fué por mucho tiempo.

Aparecieron de repente los moros, lanzando alaridos salvajes.

Lucharon los cristianos como buenos, pero como buenos sucumbieron.

En aquel último altar de la religión y la patria, en aquel postrer baluarte de los godos, cayeron una tras otra las víctimas, haciéndose matar al pie de la torre que guardaba á sus hijos y mujeres, tratando, ya que más no podían, de cerrar la puerta con sus cadáveres.

En lo más confuso de la pelea, el viejo de los cabellos blancos fué separado de sus hijos, uno de los cuales había ya recibido una herida defendiéndole. El anciano hizo cuanto pudo: peleó mientras tuvo fuerzas, pero sucumbió.

Hubo un momento en que cesó la resistencia; desde entonces todo fué carnicería sólo. Algunos moros fueron recorriendo el campo de batalla para aca-

bar con los heridos, mientras que otros, en el interior del torreón, pasaban á cuchillo á niños y á mujeres. Sólo les faltó á los moros beber sangre.

En seguida, para hacer riza en todo, para no dejar ni huella de los godos, estacadas, murallas, foso, almenas, torreones, todo fué derribado con los mismos instrumentos que habían servido para elevarlo.

Y así acabó, antes destruída que edificada la nonata, Pano.

El crepúsculo matutino asomaba perezoso cuando los moros se retiraron dejando montones de ruinas y de cadáveres.

Una hora hacía, poco más ó menos, que partido habían, cuando uno de los cuerpos tendido en el foso empezó á moverse y agitarse. El aire fresco y puro

de la mañaña había hallado un germen de vida en aquel hombre, reputado cadáver por los árabes. No tardó en incorporarse. Un alfanje sarraceno había hendido su morrión y abierto un surco sobre su frente. El golpe más bien que la herida le hiciera caer, y de lo alto de la muralla los enemigos le habían arrojado al foso, donde fué la brisa matutina á encontrarle vivo.

Era Oto.

Levantóse bamboleando y lleno de contusiones; miró á su alrededor y vió sólo cadáveres y ruinas.

Arrastróse por entre aquellas calles de muertos queridos, tropezando con los cuerpos y resbalando en la sangre. Iba buscando al anciano de los cabellos blancos, y fué para esto pasando revista á todos los cadáveres, uno á uno.

Hallóle por fin. Postróse ante él y oró.

Terminada su plegaria puso su diestra sóbre el cuerpo y pareció prestar un juramento.

En seguida cargó el cadáver sobre sus hombros, dirigióse á la tienda, y en el sitio mismo donde la víspera estuvo sentado el anciano despidiéndose de Pano, fúé donde abrió una huesa y le enterró.

Cumplido este penoso deber, fué en busca de su hermano Félix, á quien, con gran sorpresa y fortuna, halló con vida todavía.

Entonces vendó con precaución sus heridas, fué á buscar agua con su casco en un manantial no muy lejano, rocióle con ella el rostro y lleno de alegría y júbilo vióle por fin abrir los ojos.

—¡Félix, Félix! ¡Hermano mío!

—¡Oto!—murmuró Félix.

—Tu hermano, sí, pero no Oto. He olvidado este nombre. Ya no me llamo Oto. Hice un voto, y desde hoy en adelante me llamaré *Voto.*

III

Un año había transcurrido.

Los dos hermanos labráronse una vivienda en el monte, en sitio apartado, y allí vivían tranquilos esperando á que luciera el sol de la libertad para su opresa patria.

Voto, para distraer su fiebre de actividad y de impaciencia, se entregaba á correrías por la montaña y endurecía su corazón con el ejercicio de la caza.

Cierto día...

Y aquí sí que entramos de lleno en el campo de la leyenda; pero ¡qué hermosa, qué peregrina y qué santa leyenda la

que recurre al milagro y al prodigio para que así hubiese de ser maravilloso el descubrimiento de la cueva destinada á ser cuna de la nación aragonesa! ¡Una leyenda, un milagro, un santo! ¡Dios, la religión, la patria! Todo esto, y más, era conveniente para consagrar el sitio donde debía alzarse el templo de las glorias y libertades de Aragón.

Cierto día, iba Voto en persecución de un ciervo que, veloz como una saeta, atravesaba valles y montes. Siguióle Voto con trabajo por la fragosidad del terreno hasta llegar á una llanura, donde el mancebo pudo dar rienda y espuela á su corcel, que salió disparado tras del ciervo. Hallábase ya cerca de su presa é iba á lanzarle el venablo, cuando de pronto, y como por encanto, el ciervo desapareció precipitándose en un abis-

mo. Reparó Voto en ello, vió el peligro, quiso refrenar el caballo, pero ya no era tiempo.

La leyenda dice que entonces Voto, inspirado en su devoción á San Juan Bautista se encomendó á su santo patrón, y en el acto el corcel quedó inmóvil en los aires, sobre el abismo, tranquilo y sosegado como en tierra firme.

Asombrado Voto ante el portento, hizo retroceder su caballo, echó pie á tierra, y, por secreto impulso, quiso registrar el precipicio, donde algo creyó que podía existir para ser causa de aquel prodigio.

Comenzó, pues, á descender unas veces, y otras á subir, por entre zarzas, árboles y matorrales, y así llegó hasta el umbral de una cueva, en la que penetró con religioso temor.

Hubo de aumentar su pasmo al encontrar en ella un tosco altar abierto en la peña, con una efigie de San Juan Bautista, á que daban luz los resplandores de una lámpara moribunda, y tendido en el duro suelo el cadáver de un venerable cenobita, respetado por las fieras que iban á matar su sed en un arroyo que corría por aquel misterioso y retirado sitio.

La cabeza del eremita descansaba sobre una piedra triaungular, en la que se veían escritas unas palabras latinas, según las cuales el muerto era Juan, del vecino pueblo de Atarés, primer ermitaño de aquel lugar, retirado del siglo por el amor de Dios.

Juan era quien había fabricado aquella iglesia en honra de San Juan Bautista, y pedía que se diera sepelio á sus

restos en aquel mismo sitio, donde tanto había orado y pedido por la libertad y restauración de la patria esclava.

Postróse Voto ante la imagen del santo é hizo formal promesa de seguir la obra y la misión emprendidas por el difunto anacoreta, yendo luego en busca de su hermano para comunicarle su propósito. Félix no quiso abandonar á Voto, comprometiéndose á aceptar la misma penitencia, y entrambos partieron al sitio donde se abría la cueva, sepultaron al muerto anacoreta colocando como lápida de su huesa la piedra epigráfica y, vistiendo sayales de humildes eremitas, allí se quedaron á orar en pro de la patria, tan cruelmente flagelada por las huestes del falso profeta.

Un año transcurrió, y luego otro, y otro, hasta quince.

Un día, al amanecer, los dos hermanos oyeron lamentos y gemidos cerca de su cueva. Inmediatamente se dirigieron al sitio de donde partían, que era de entre unas matas, y hallaron desangrándose á un mancebo de gentil continente. Había sido herido por los moros, que fueron persiguiéndole hasta perder sus huellas.

Transportaron ambos hermanos al mal parado joven á la cueva, donde solícitos le cuidaron y atendieron.

Por él tuvieron noticia de que en las montañas de Asturias un varón ilustre, llamado Pelayo por los cristianos y Belaij por los árabes, había tremolado el pendón de la independencia y de la cruz, y al frente de un puñado de resueltos astures montañeses había caído sobre numerosa hueste de moros, derrotándola

al pie de Covadonga. Esta victoria había dado gran fama á Pelayo, y los reconocidos astures le proclamaron su rey.

Voto sintió arder su sangre al relato de la hazaña de Pelayo y creyó llegado el instante de no aguardar más, decidiéndose á salir de su cueva para cumplir el juramento, prestado un día sobre el cadáver de su padre, de morir ó triunfar por la libertad de la patria.

—Oye—díjole una tarde al huésped, ya restablecido completamente de sus heridas,—¿conoces tú el camino que guía á las guaridas donde se han retirado los más nobles caballeros?

—Sí—le contestó el huésped.

—Pues, entonces, mañana al rayar el día partiremos.

En efecto, al día siguiente, Voto, dejando encomendada la ermita á su her-

mano Félix, partía lleno de entusiasmo y esperanza, é iba, como más tarde debía hacerlo Pedro el ermitaño, á buscar uno á uno á los guerreros que, agrupados bajo el pendón de la cruz, dieron comienzo á esa raza de héroes que hubo de asombrar al mundo con sus empresas.

Esta fué la del obscuro ermitaño de la cueva de Pano.

Voto vió á todos los guerreros que habían sobrevivido, reanimó el ardor apagado de los unos, atizó el entusiasmo de los otros, alentó á los débiles, conquistó á los fuertes, y á todos dió igual cita para día determinado en su cueva, en la gruta habitada tantos años por el piadoso Juan de Atarés.

Todos prometieron asistir.

Concluída su peregrinación, reunidos

ya los elementos que debían formar aquella santa cruzada, Voto se dejó caer de rodillas y, cruzadas las manos, de lo íntimo de su alma partió un cántico de gracias para el Señor.

IV

Llegados el día y la hora de la cita, trescientos fueron poco más ó menos los que se juntaron en la cueva de Pano, que desde aquel instante pasó á ser, como la de Covadonga, monumento de honor y gloria en los anales de España.

Sólo que la suerte no ha favorecido por igual á entrambas.

Mientras que la cueva de Covadonga, con justicia notoria, sigue realzada y protegida, la de Pano, con injusticia flagrante, se halla en abandono y ruina, por todos y de todos olvidada.

Iba diciendo que trescientos fueron, y

más aún, los congregados en la cueva.

Algunas teas alumbraban la soterránea estancia, reflejando su luz misteriosa en aquellos rostros de perfiles severos y marcado carácter. Casi todos eran hombres jóvenes y robustos, vistiendo trajes formados de pieles los unos, y ostentando los otros la sencilla túnica goda ó la cota enmallada que había comenzado á figurar en el reinado del infeliz Rodrigo. Todos iban también armados: quién con la gruesa maza de hierro que debía ser más tarde el arma característica de la caballería; quién con la espada de dos cortes llamada *spathus*; aquél con la pica heredada de los romanos; éste con el *scrama* de aguda punta, y la mayor parte con el arco y las flechas de puntas de acero ó de betún inflamado, mientras que algunos llevaban enrosca-

da á su brazo la tradicional honda, aquella terrible y poderosa honda que á tan gran distancia llevaba la certera y mortífera piedra.

Mientras se iban reuniendo los citados, los dos eremitas, Voto y Félix, de rodillas ante el altar, elevaban al cielo sus plegarias.

Cuando creyó llegado el momento, levantóse Voto y dirigió la palabra á los que habían acudido á su llamamiento.

Les participó el objeto para que fueron llamados, les habló de Dios, de la religión, de la patria opresa y esclava, y les dijo cómo era ya llegada la hora de su redención y libertad.

Y así, en aquella cueva del milagro patrióticamente hadada por la leyenda, en el silencio de la noche y del desamparo, envuelto en el misterio de las

sombras y aguzado por el dolor de la patria, de pie sobre las gradas de aquel altar labrado en las entrañas del monte, inspirado como antigua pitonisa desde su trípode, pisando la sepultura del eremita santo á quien las fieras respetaran, influyendo en los unos con el ejemplo del milagro y la maravillosidad de la leyenda, excitando á los otros con el encargo y misión que Dios les confiaba, moviendo á todos con el lastimoso cuadro de los duelos y desolación de la patria, así fué como encontró Voto palabras de fuego con que transmitir á los demás el que ardía en su alma.

Las palabras de Voto despertaron el sentimiento y produjeron explosiones de entusiasmo en aquellos corazones, que parecían muertos, indiferentes, duros y fríos para todo espíritu patrio. Así brota

el fuego del pedernal cuando éste se siente herido.

—Un caudillo que nos conduzca al combate, y todos le seguiremos,—gritó una voz, y todas en seguida con ella.

—Elegid vosotros mismos el caudillo, y en el acto le rendiremos obediencia y homenaje—dijo Voto.

Entonces fué cuando se fijaron las miradas de todos, como movidas por secreto impulso, en un varón de arrogante presencia que, apoyado en su formidable espada, permanecía junto á Voto. Era Garci Ximénez, señor de Almezera y Arbazuza, según antiguas crónicas.

—Que sea nuestro rey y nuestro caudillo Garci Ximénez—gritaron varios á un tiempo.

Y todos asintieron con verdadero frenesí de entusiasmo.

—Sea, en efecto,—dijo entonces Voto adelantándose, — sea Garci Ximénez nuestro rey, cabeza y caudillo de la empresa; pero que él y cuantos le sucedan no olviden jamás que, como monarcas, han de estar sujetos á las leyes, para cumplirlas y para hacerlas cumplir.

Y pronunciadas estas palabras, antes de proceder á la elección, se asentaron en aquella cueva, perdida en el fondo de los montes, las leyes fundamentales de la monarquía, conocidas con el nombre de fuero de Sobrarbe, códigos admirables destinados á ser como fueron, ejemplo y modelo para futuras edades.

Voto empuñó una espada, y poniendo su punta sobre el altar, exclamó solemnemente dirigiéndose á Garci Ximénez:

—Todos los trescientos caballeros aquí presentes os rendirán obediencia

como súbditos, Garci Ximénez, y pues que de libre consentimiento os eligen rey y os ceden el dominio de los países que conquistar pudiéreis, debéis jurar, ante todo, que *mantendréis sus derechos y libertades, que las tierras que se ganen las partiréis entre los ricos-homes, infanzones y caballeros, que ni vos ni los vuestros sucesores tendréis corte, juzgaréis ni haréis guerra á otro príncipe sin acuerdo de doce de los más ancianos ó sabios de la tierra*, *quedando en libertad de elegir otro rey, cristiano ó pagano, si vos, Garci Ximénez faltáis á alguno de los pactos hechos.*

—Lo juro—dijo Garci Ximénez poniendo su mano sobre el altar.

—Entonces—dijo Voto,—entonces, Garci Ximénez, *cada uno de nos, que somos tanto como vos, y juntos más que vos,*

os hacemos rey, con tal que hagáis observar bien las leyes, y si non, non.

Estas fueron las palabras sacramentales.

Pudieron aquellas palabras pronunciarse allí, en el acto de alzar por rey á Garci Ximénez, según opinión de unos, ó más tarde cuando fué proclamado y jurado Íñigo Arista, en opinión de otros; pero esto es cuestión de poca monta.

Podrán también aquellas palabras no ser exactas de todo exactitud en su letra y forma, como asientan unos pocos apelando á distingos y sofismas, pero ¿en su espíritu? ¿en su fondo? ¿en lo más esencial de su forma?... ¡Ah! Esto no admite duda de ninguna clase. Ahí están, para demostrarlo, por un lado la historia toda de Aragón, de sus leyes y sus reyes, y por otro el texto del *privilegio*

de la Unión, firmado por Alfonso III, llamado *el Liberal* ó *el Franco*.

Pronunciadas, pues, aquellas palabras sacramentales por el eremita Voto, adelantóse éste y ciñó la frente del nuevo rey con un tosco yelmo, que hizo veces de corona, puso en sus manos una lanza que era el cetro para regir á aquel pueblo belicoso, y alzado fué por tres veces sobre un pavés el nuevo monarca, según usanza goda, al grito, también tres veces repetido, de *¡Viva el Rey Garci Ximénez!*

Tal fué el origen de las libertades aragonesas consignadas en los célebres privilegios de la Unión.

Varios escritores refieren—y entre ellos el monje Gauberto, el cual no vacila en atribuirlo á santa inspiración de los ermitaños Voto y Félix,—que el mis-

mo día y en la misma cueva fué creada, como garantía de libertad, la singular institución del *Justicia Mayor*, poder intermedio entre el monarca y los súbditos, guardador de las leyes, columna de hierro en que se estrellaban los caprichos del soberano, y rey del rey, porque era el arca de la ley.

Entonces fué cuando comenzó esa venerada serie de sacerdotes de las leyes, superiores en cierto modo á los monarcas mismos, y que debía terminar cuando la cabeza sangrienta de Juan de Lanuza, el último Justicia, rodó por las gradas del cadalso mandado elevar por Felipe II. Entonces fué cuando empezó esa otra no menos venerada serie de reyes, héroes y campeones de Aragón, dignos y justicieros monarcas, señores de hombres libres, pues que, según ex-

presión del monje Gauberto Fabricio, era cada aragonés un rey y su soberano un rey de reyes é imagen de Dios, cuya principal grandeza es mandar libremente á los que crió libres.

Terminada la ceremonia, Garci Ximénez cayó de rodillas, y con él todos sus nuevos súbditos alzaron sus preces al cielo. Sonreía el alba, cuando el rey ungido aquella noche, ansioso de merecer este título, se lanzó fuera de la cueva dando el grito de *¡Dios y libertad!*

Todos le siguieron blandiendo sus armas.

El cielo fué propicio á sus deseos.

Ainsa fué la primera ciudad en caer. Garci Ximénez y los suyos arrojaron de ella á los sarracenos, después de sangrienta lucha, en que los cristianos pendones llevaron la primera y señalada victoria.

El ilustre campeón quiso solemnizar esta hazaña con la gratitud, y, al efecto, mandó restaurar la ermita de los hermanos Voto y Félix, y recordando que en aquella cueva había estado su trono, quiso también que en ella estuviera su tumba, señalándola para su morada y sepulcro.

Garci Ximénez continuó sus victorias ensanchando los límites de sus estados, hasta llegar un día en que se vió cercado de tal multitud de moros, que se creyó irremisiblemente perdido. En tal apuro, levantó García los ojos al cielo demandándole socorro, y vió, sobre una encina, una cruz roja. Semejante prodigio (dicen las leyendas ó dicen las historias, según el gusto ó el estudio), fué la señal de la victoria que alcanzó en aquel momento, y, para perpetuar el he-

cho, puso la cruz en su pavés y dió á su reino el nombre de *Sobrarbe,* derivado de *sobre arbe* ó *sobre el árbol.*

Zurita dice que no se llamó Sobrarbe aquel país por lo de *la cruz sobre el árbol,* sino por estar *sobre la sierra de Arbe.*

Ínterin sucedíanse los hechos de armas que con caracteres indelebles habían de marcar en el libro de la eternidad el nombre del primer monarca de aquellos países, los dos buenos ermitaños Voto y Félix bajaban al sepulcro, siendo sepultados por los fieles en la primitiva capilla, al lado de San Juan de Atarés, y afirman las cristianas leyendas que una luz milagrosa señaló el lugar donde yacían.

Dos hombres no menos piadosos, Benedicto y Marcelo, fueron á ocupar el

lugar que dejó vacante la muerte de Voto y Félix y á constituirse en imitadores de los dos hermanos, al propio tiempo que se hacían guardas de su sepulcro venerado.

De todos puntos empezaron entonces á partir caravanas de romeros y peregrinos, que iban piadosamente á visitar las tumbas de Voto y Félix, los dos hermanos que tuvieron para aquel pueblo naciente el triple carácter de guerreros, sacerdotes y legisladores.

Así es como dió principio la fama y el esplendor que en tiempos posteriores debía envolver á San Juan de la Peña, cuna de las inmortales libertades de Aragón.

V

Terminado ya el capítulo de tradiciones y leyendas, vamos á la excursión y viaje que hice un día á San Juan de la Peña y que hoy escribo, después de tantos años, con los apuntes y recuerdos que de aquella época me quedan.

Nos levantamos con el alba. Salimos de Jaca, la Ghakat árabe, la ciudad de los célebres fueros y de los hazañosos fastos, por la puerta que comunica á la ciudadela edificada en tiempos de Felipe II, y ya el sol doraba con sus rayos vírgenes el ancho valle regado por el

jaranero Aragón, cuando pasamos por delante de una ermita ruinosa.

—La ermita de la Virgen de la Victoria—me dijo Larrosa, mi compañero de excursión, viendo que fijaba en ella mis ojos.

—Estoy en un país maravilloso—le contesté.—No hay edificio que no tenga su historia, peña que no recuerde una tradición, sitio que no haya dado origen á una crónica. Esta ermita debe, pues, tener su leyenda.

Y la tenía en efecto.

La ciudad de Jaca fué libertada de los moros por el conde D. Aznar, uno de los primeros varones de la reconquista de Aragón. Quisieron los moros recobrarla, y cuatro de sus reyes ó caudillos unieron sus fuerzas al objeto. Los campeones de Jaca, sobrados de valor,

aunque en número escasos, salieron al encuentro de las poderosas huestes del profeta, trabándose terrible y desigual pelea á orillas del río que debía dar nombre al reino.

Eran los enemigos en número extraordinario y no podían con él los cristianos, aun cuando fueran éstos aquellos aragoneses que, al ser invadido el país por las huestes agarenas, se habían refugiado en las enriscadas cumbres del Pirineo, acostumbrados á luchar con las tempestades y ventisqueros, atletas robustos y bravos, que vestían el hierro como leve seda y empuñaban aquellas poderosas mazas, con las cuales, dice el P. Abarca, magullaban una cabeza con cada golpe.

Pero aun siendo así, con toda su fe y toda su bravura, los aragoneses iban ce-

diendo al número. El conde Aznar vió perdida la batalla y perdida con ella la ciudad de Jaca, donde sólo habían quedado mujeres y niños.

Únicamente podía salvarles un milagro... y el milagro se realizó.

En lo más rudo del conflicto y del combate, cuando menos podía esperarse, cuando la victoria sonreía á los agarenos, huestes enteras de éstos se entregaron de repente á la fuga, como poseídas de insólito sobresalto, abandonando, presas de terror, *el campo de las tiendas,* que así se llama todavía el sitio donde se dió la batalla.

Era que los moros habían visto descender de un cerro vecino, á manera de hueste ó escuadrón fantástico, una gran muchedumbre, agitándose, moviéndose, gritando, enarbolando al aire brazos con

armas y banderas. El sol refiejaba sobre el traje blanco de aquella taifa de aparecidos, que los moros tomaron por una legión sobrenatural caída del cielo, ó por un refuerzo que enviaba el rey de las vecinas Galias.

Apoderóse de ellos el terror y diéronse á precipitada fuga, cediendo el campo á los cristianos, que hubieron de hacer en ellos gran matanza, persiguiéndolos hasta orillas del Aragón, donde á centenares se ahogaron los fugitivos.

El conde D. Aznar quedó dueño del campo de batalla; total fué la victoria, y las cabezas de los cuatro reyes moros fueron llevadas en triunfo á la vencedora Jaca.

Lo que había ocurrido era lo siguiente:

Al partir de la ciudad los guerreros

todos que la presidiaban, dejando á Jaca en poder tan sólo de las mujeres, decidieron éstas correr la suerte de sus esposos y de sus padres, y en vez de quedarse inermes tras de unas murallas que tampoco podían defender, convinieron en ir al campo para vencer ó morir en compañía de los suyos. Ellas, con sus corpiños blancos, en los que reflejaba el sol como si fueran bruñidas armaduras, con los brazos al aire blandiendo picas y banderas, fueron el escuadrón fantástico que los moros vieron descender de lo alto de un cerro, causándoles el terror que los llevó á la fuga y dió la victoria á sus contrarios. En conmemoración de esta famosa jornada, todos los años, en el primer viernes del mes de Mayo, las autoridades de Jaca, seguidas de numeroso pueblo y llevando trofeos que de aquella

lejana batalla todavía se conservan, salen en procesión hasta la ermita, edificada sobre la cumbre en donde vieron aparecer los infieles el escuadrón de mujeres. Larrosa me contó que en tiempos no muy remotos, todavía por él alcanzados siendo niño, se celebraba un vistoso simulacro de la jornada.

Entretenidos con el comento de la leyenda fuimos siguiendo nuestro camino, dejando atrás la ermita de la Victoria y *el campo de las tiendas.*

Nos hallamos bien pronto junto al río Aragón.

Es delicioso camino el que de Jaca conduce al monasterio de San Juan de la Peña.

A cada paso atraían nuestra atención y solicitaban nuestros entusiasmos lo grato de un risueño valle, lo salvaje de

un obscuro monte, el horizonte que se extendía á la vista en soberbio panorama, la torre morisca que, cual la que allí llaman *La Torraza*, asomaba sobre un cerro y elevaba su frente destrozada y cubierta de musgo entre dispersos restos de muralla.

Llegamos así hasta la falda de los montes que rodean, como centinelas de honor, el de San Juan de la Peña, que alza orgulloso su sombría cima del Cúculo. La tortuosa senda que seguíamos aparecía orillada, como por una franja de plata, por un arroyo de murmurantes ondas, que se introduce en la angostura formada por dos enriscados montes vestidos de copudas encinas.

Bien pronto vimos aparecer en el fondo, como cuadro en miniatura, dibujado sobre el vasto lienzo de un paisaje, el

pueblo de Atarés, tan famoso en los primeros tiempos de la historia aragonesa, patria y cuna del venerable eremita de la cueva de Pano, transformada luego en suntuoso monasterio y alcázar de glorias aragonesas.

Allí, tendidas sobre un cerro, aparecían las ruinas del célebre castillo que erigió el conde D. Galindo. Todavía se alza, ó se alzaba entonces, cuando la vi, la gigantesca torre solitaria, con sus dos ventanas gemelas de arco semicircular y sus recuerdos de más de diez siglos.

Vestía el sol con manto espléndido de luz las peñas de las montañas, donde blanqueaba la nieve que eternamente cubre sus cimas, cuando llegamos á la última falda del monte sobre el cual eleva su fábrica el monasterio.

En una sombría quiebra, al Mediodía del monte, se divisa el pueblo de Santa Cruz con su campanario antiguo, mientras que, por encima de una bóveda de corpulentos y agrupados nogales, vimos destacarse, sobre el caprichoso fondo de las peñas, las rojizas ruinas de un monasterio bizantino.

¡Siempre ruinas!

¿Dónde fuí yo, durante mi fatigada vida y en tantas excursiones como hice por España, dónde fuí que no encontrase ruinas?

Nos apartamos de nuestro camino, para ir á visitar lo que quedaba del monasterio de *Santa Cruz de la Serós*. Lo que quedaba entonces. Quizá ahora no quede ya nada.

Se dice que este monasterio lo fundaron, á fines del siglo x, los reyes D. San-

cho García y su esposa doña Urraca Fernández, y ocuparon sus celdas sorores ó hermanas benedictinas.

A poco de fundado el monasterio, fué á morar en él una de las hijas de Ramiro I, que allí se consagró á Dios en la flor de su edad, no tardando en ir á reunirse con ella sus otras dos hermanas, Sancha y Teresa, viuda la primera del conde de Tolosa y la segunda del de Provenza, que allí fueron á pasar las soledades de su viudez. Muchas reinas y muchas esposas de ricoshomes siguieron luego su ejemplo. Era un claustro aquél de soberanas y de princesas.

Tomó el monasterio el nombre de Santa Cruz de la Serós, por corrupción del nombre latino de *Sorores*, y fué abandonado, á mediados del siglo XVI, por las monjas, que se trasladaron á

Jaca, dejando al tiempo que acabara con aquella mansión bizantina de majestuoso aspecto, que por cinco siglos les sirvió de morada.

Algo, bastante todavía, quedaba cuando la visitamos Larrosa y yo en el verano de 1848 ó 1849, si no me es infiel la memoria. Quedaba por lo menos el esqueleto, vestido con un manto bordado de joyas arquitectónicas. El convento había ya desaparecido y la iglesia tenía hundida la parte inferior; lo que del templo existía era espacioso, y demostraba grandeza. Airosas columnas de elegantes capiteles se alzaban hasta la destrozada cornisa; rasgadas ventanas de arco apuntado adornaban los muros laterales; aún permanecían en pie puertas marcadas con el lábaro imperial de Constantino y su excelso monograma; aún, á través de

las crecidas hierbas, convertidas en verdaderos matorrales, aparecían las losas de los sepulcros, y todavía se alzaba, soberbia, la cuadrada torre, de remate octógono, coronada por la cruz de hierro.

Al tornar á emprender nuestro camino, de regreso de nuestra visita á Santa Cruz, tomamos una escabrosa cuesta, terminada por enormes peñas, donde la senda en espiral se oculta en un peñascoso torrente, inaccesible á primera vista, pero en el que pronto se encuentra el paso, abierto por la mano del hombre. Durante hora y media no hicimos más que costear hondos barrancos, en los cuales vive el eco solitario y por los cuales se oye sonar, con siniestro ruido, la piedra que desgajan los pies del caminante. A cada revuelta de la senda veíamos abrirse simas más profundas, y

nos encontrábamos suspendidos sobre abismos sin fondo, que causaban vértigo.

Llegados á la cumbre nos sentamos un momento, no tanto para descansar de la fatiga cuanto para pasear nuestra mirada por hermosa perspectiva, cerrada al Norte por una cordillera de cerros cubiertos de eterna nieve, vírgenes de humana planta, y ceñida su frente con vaporosa neblina, á través de la cual, como á través de un velo, veíamos extenderse, sin mancha, el azulado horizonte del país de Carlo Magno.

Allí se erguían en toda su imponente majestad los Pirineos, allí estaba la Maladeta de la fúnebre melodía, allí las Tres Hermanas con sus picos gemelos, allí el pico del Mediodía, de portentosa elevación, y allí, por fin, la cumbre piramidal de Collarada, que parece arrastrar en

pos de sí otras cien cumbres, las cuales se van perdiendo en el horizonte hacia la batalladora Navarra.

Reposados un tanto, seguimos nuestra marcha, penetrando en el espeso bosque de pinos que corona, como un penacho, la cúspide del monte, y poco tardamos ya en llegar al edificio moderno del monasterio.

Pocos recuerdos guarda para el historiador y el artista.

Huyendo los monjes de los incendios que afligían frecuentemente al monasterio antiguo, situado debajo de la peña, edificaron el nuevo, comenzado á últimos del siglo XVII y terminado á comienzos del XVIII. Fué preciso para ello abrir sitio en el corazón de la selva, exactamente como hicieron en otro tiempo los malaventurados fundadores de Pano.

El exterior del edificio no deja de tener aspecto grave y romántico; pero lo pierde del todo cuando tropiezan los ojos con su moderna fábrica de ladrillo, cercada por una muralla de poca altura.

Barroca portada conduce á la iglesia, que es grandiosa. Vimos un espacioso claustro; verdaderas habitaciones, que no celdas, con cocina y huerto, para cada monje; palacio para el abad, casas para médico y cirujano, criados, dependientes, ganaderos, etc.

Las tropas de Napoleón, al mando de Suchet, incendiaron el edificio á comienzos de este siglo, y aunque luego se renovó en gran parte, no tardó en volver la ruina después de la expulsión de los monjes.

Poco nos detuvimos. Nuestro interés estaba más lejos.

Cruzamos la meseta y ladeamos un barranco que nos separaba de la cumbre del Cúculo, llegando, por fin, al objeto principal de nuestro viaje.

Allí está la gran cueva, allí la gigantesca peña, y allí, en el hueco, el monasterio antiguo *á manera de perla en su concha que al cabo de siglos ha descubierto alguna excavación*, según frase de Quadrado.

El espectáculo es imponente. Más que imponente, maravilloso.

El alma se inclina y se postra.

Y es que allí todo parece reunirse y amontonarse para más impresión y asombro del que llega: la religión con todas sus grandezas, la poesía con todos sus encantos, la historia con todas sus resonancias, la leyenda con todos sus misterios, la tradición con todos sus recuer-

dos, la virtud con todos sus amores, la naturaleza con todas sus maravillas, el arte con todos sus portentos, la patria con todas sus glorias y Dios con todas sus excelsitudes y todas sus majestades.

Es efecto extraordinario el de aquel monasterio sepultado en el hueco de la cueva y debajo de la peña, que aún se alza gran trecho sobre el edificio, endoselándolo con una bóveda gigantesca y dejando libre espacio á la luz, á la concavidad y al aire.

Porque es así. Con ser el edificio altísimo, queda todavía un hueco de bastante elevación desde los tejados hasta la peña, por donde entra luz al interior del monasterio.

Este es el edificio que se levantó en el sitio mismo donde estuvo la ermita

que fué de Juan de Atarés y de Voto; es el templo que se alzó en el lugar donde sonó el primer grito de libertad y de reconquista para la patria; es el que fué panteón de monarcas aragoneses hasta que la dinastía de los Berenguer de Barcelona tuvo las suntuosidades de Poblet.

Garci Ximénez, el que allí fué alzado rey sobre el pavés, comenzó la obra de la iglesia que hubo de suceder á la pobre ermita de Juan de Atarés y de Voto, los dos primeros anacoretas de aquellas soledades y los dos primeros heraldos de la patria, que por ello merecieron ser elevados á la santidad y venerados por el pueblo en los altares.

Los reyes que siguieron á Garci Ximénez continuaron la empresa del fundador, y fueron adjudicando al santuario gran parte de sus conquistas, enno-

bleciéndolo con mercedes y privilegios.

En la primera época residía allí el único obispo que tenía Aragón, asistido sólo por varios eremitas; pero cuando D. Sancho Garcés, el quinto rey de Sobrarbe, ensanchó el santuario con nueva y mayor edificación, puso en él monjes de San Benito, bajo la dirección del abad Transírico.

Al morir este monarca, seiscientos hombres condujeron su cadáver á San Juan de la Peña, terminaron sus obras comenzadas, y trasladaron á nuevas sepulturas los restos de los reyes, de los magnates y de los santos.

Ya, desde entonces, casi todos los monarcas de Sobrarbe y de Aragón contrajeron la costumbre de retirarse á San Juan de la Peña, siempre que la guerra les concedía algún reposo, y allí

pasaban largas temporadas, lo propio que muchos caballeros y ricoshomes, quienes tenían á vanagloria titularse *caballeros* y *hombres de San Juan*, y que, ligados á los monjes por ciertos vínculos y votos de fraternidad, dejaban su herencia al monasterio, caso de morir sin sucesión, y se presentaban á solicitar la bendición del abad antes de partir para el combate.

Así fué aumentando y engrandeciéndose San Juan de la Peña, hasta extender su jurisdicción sobre infinidad de monasterios y muchísimas iglesias seculares, á más de poseer pingües rentas.

En su recinto se celebraron tres concilios; uno de ellos, aquel que en tiempo del Papa Adriano I acabó la reforma del clero y adoptó el breviario romano, cuya reforma se propagó luego á toda

España. Su abad no reconocía otro superior que el Papa, tenía voto en los concilios y ocupaba lugar preeminente en las Cortes de Aragón. De sus celdas salieron santos, prelados y escritores famosos, Pedro Marsilio y Juan Briz Martínez entre éstos, San Gutisindo y San Íñigo entre aquéllos.

Desde la época de D. Pedro I, el debelador de Huesca, que fué quien asistió á la consagración de la iglesia por él terminada, el templo fué varias veces renovado, sufriendo no pocas modificaciones. Es espacioso y consta de una sola nave, que desde su mitad hasta el testero tiene por bóveda la peña en toda su desnudez y rudeza. Debajo de esta iglesia hay otra subterránea, dividida en dos naves y enlosada con sepulturas de abades.

En la iglesia principal, una puerta del lado del evangelio abre paso á la que fué en tiempos vasta sacristía, y hoy es suntuoso panteón de príncipes y de reyes, necrópolis augusta, mandada labrar á todo gusto y magnificencia por el rey Carlos III, uno de los que mejor y más buen nombre dejó en nuestras Españas.

En el lienzo de la pared que hay en el fondo vi ancha lápida que abraza todas las sepulturas, y escritos en ella, en letras de cobre dorado, los nombres de los reyes, reinas, príncipes, infantes, que allí yacen. En frente aparecen cuatro grandes medallones representando la batalla de Ainsa, donde vió Garci Ximénez la cruz sobre el árbol, otras dos batallas de Íñigo Arista y Sancho Ramírez, y el cuarto medallón con un monarca en el acto de prestar juramento á

los fueros y libertades del reino. Á la derecha de la puerta campea el busto de Carlos III, y á entrambos lados las inscripciones recordatorias de la época moderna en que fué erigido este nuevo panteón, admirable, es verdad, por su riqueza y por su fausto, sus mármoles y sus jaspes, sus oros y sus bronces, pero que acaso hubiera parecido mejor á tener carácter más acomodado á la antigüedad del edificio y á la condición y naturaleza de aquellos recuerdos y de aquellas soledades.

Los reyes que allí descansan son:

Garci Ximénez, el primer rey de Sobrarbe, el elegido y proclamado allí, en aquella misma cueva, el conquistador de Ainsa; *García Íñiguez I*, que se supone haber sido el que tomó á Pamplona; *Fortún* ó *Fortuño Garcés I*, el ven-

cedor de Abderramán; *Sancho Garcés I*, el de Roncesvalles, el que murió en la jornada contra Muza; *García Íñiguez II*, el de corto reinado y el que murió, junto con su esposa Urraca, en una celada que los moros le tendieron, *Garci Ximénez II*, de que hablan poco las crónicas; *Sancho Garcés II*, que dió origen á fábulas y leyendas; *García Sánchez I; Sancho Garcés*, á quien sus gentes dieron apodo de *Abarca*, gran soldado, gran capitán y gran monarca; *García Sánchez II*; apellidado *el Tembloso*, pero que no lo era ciertamente para Almanzor, á quien derrotó en Osma; otro *García Sánchez*, hermano del anterior; *Ramiro Sánchez I*, á quien llaman las crónicas *el Belicoso* y *el Cristianísimo; Sancho Ramírez, el del Castellar*, monarca emprendedor y valeroso, fundador de Monte Aragón, y *Pe-*

dro I, el conquistador de Huesca, el de la batalla de Alcoraz, donde cuentan las leyendas que apareció San Jorge con su escudo, su cruz roja y su caballo blanco.

Junto á estos monarcas yacen sus esposas y sus hijos, y también Aznar, el conde de Aragón, conquistador de Jaca, y otros condes con él, y otros magnates de estirpe regia.

Pero no es solamente en este panteón donde hay sepulturas. San Juan de la Peña las tiene en todas partes: que es San Juan de la Peña una gran necrópolis.

Por todas partes sepulcros: á derecha é izquierda del atrio, en la iglesia superior, en la subterránea, dentro de ella, fuera de ella, en el claustro (que es por cierto bellísimo, de color y carácter, con

el peñasco por dosel), en las capillas de San Voto y San Victoriano, en las galerías, en los muros, en el pavimento, en los arcos, en tierra y hasta en el aire, que si es San Juan de la Peña panteón de reyes y magnates, también lo es de peregrinas glorias y de altísimos recuerdos.

Hasta hay tumbas, cuyos epitafios se desautorizaron y cuyos restos se han contravenido, como ocurrió cuando San Juan de la Peña y San Pedro de Cardeña se disputaron el honor de poseer los restos de Doña Jimena, la esposa del Cid Campeador. Empeñáronse agrias y ruidosas polémicas, y por una y otra parte se defendió bizarramente la autenticidad, con gran copia y derroche de argumentación y discurso, de textos, documentos ingenio y autoridades, en

papel, en pergamino, en foleo mayor y menor, en prosa, en verso y... en latín.

Pero dejando á un lado estas minucias y pequeñeces, la verdad es que en esto de poseer los restos de Doña Jimena, la razón y la justicia me parecen inclinarse á San Pedro de Cardeña.

Cuando Larrosa y yo, hace ya medio siglo, estuvimos en San Juan de la Peña, vimos muy abandonado aquel monumento. Cuidaba entonces de él un antiguo monje, que vivía en el monasterio nuevo á modo de eremita en un desierto palacio, y tenía la guarda y las llaves de todo. Después... después ya no se lo que ha sucedido, ni saberlo quiero.

Aquello está en gran olvido y abandono por parte de los Gobiernos, de las Cortes, de las Academias, de las autoridades, de los de arriba y de los de abajo.

Allí no hay más que ruina, desolación tristezas y desastres.

Y en verdad, en verdad, que no merecía esto San Juan de la Peña, que por su glorioso pasado reclama el respeto, la atención y lo solicitud de todos.

Aquellas paredes guardan santos recuerdos de historia patria; aquel recinto custodia cenizas y restos de varones ilustres á quienes no importaron sus democráticos apellidos de Jiménez, de García, de Sánchez, de Íñiguez, de Garcés y de Ramírez, para llegar á reyes y soberanos de un gran reino; de hombres del pueblo, que se llamaban sencillamente Juan, Voto, Félix, Íñigo, Benito y Marcelo, y que fueron legisladores y representantes de la patria; de obscuros y desconocidos individuos que alcanzaron con sus esfuerzos y servicios la púrpura

de prelados ó la dignidad de santos, como San Íñigo, San Voto, San Félix, San Juan de Atarés; de virtuosos abades, que con su autoridad y su voto pesaron en las Cortes y en los Concilios; de laboriosos y excelentes escritores que, como Pedro Marsilio y Juan Briz Martínez, dejaron libros y crónicas, donde hay que ir á buscar enseñamientos y recordanzas, de humildes sacerdotes que, al propio tiempo que de su religión; lo fueron de la ciencia y del país, aportando su piedra al gran monumento de patrias enseñanzas y de patrias libertades, y prestando servicios, no por más ignorados menos agradecidos; de caudillos, héroes y primates, que por mar y por tierra, en Oriente, en Occidente, en Castilla, en Aragón, en Cataluña, en Navarra, en Italia, en Constantinopla, en Jerusalen,

en África, fueron apóstoles de gloria y heraldos de victoria, cuya lista de féretros comienza con Entenza y Moncada, y sigue con los Cornel, y los Tizón, y los Maza, y los Sesa, y los Alagón, y los Urrea, y los Caxal y los Luna, para terminar con Aranda, el que fué ministro con Carlos III, varón integérrimo, espíritu independiente y aragonés de pura raza, que sin duda ninguna fué quien de seguro inspiró al monarca, gloria legítima de los Borbones en España, la idea de restaurar el gran monumento de Pano, propugnáculo venerando, donde asientan los orígenes, las glorias, las excelencias, las libertades, los recuerdos y las santidades de la gran nación aragonesa.

Sí, por esto, y por mucho más, San Juan de la Peña merece cariño, consideración y tributo.

Sí, por esto y por mucho más; que San Juan de la Peña es monumento de honor y pirámide de gloria.

Y si no hay respeto, recuerdo y amor para las cenizas de nuestros héroes, para los restos de nuestros antepasados, para la memoria de nuestros primates, para la cuna de nuestras libertades, para el alcázar de nuestras excelsitudes, para los monumentos de nuestra patria, entonces, ¿para qué, para qué, y para quién, quedan ya respeto, amor y recuerdo en este nuestro triste país de ruinas y de supulcros?

Abril de 1896.



APÉNDICE

AL ESTUDIO ESCRITO PARA RECUERDO
DE SAN JUAN DE LA PEÑA.

Escritas las anteriores páginas, y también impresas en parte, hijas de los recuerdos que conservaba de mi excursión á San Juan de la Peña en mis tiempos juveniles, supe que habían ido recientemente á visitar aquellas soledades de Pano algunos ilustres aragoneses con intentos ó proyecto de próxima restauración.

Dime á averiguar lo que podía haber de cierto en tan halagadora noticia y puse á generosa contribución los buenos oficios y diligente amistad del eximio publicista aragonés D. Faustino Sancho y Gil, mi compañero en Cortes. No tardé en enterarme por una carta

que escribió el ilustre arquitecto D. Ricardo Magdalena, persona peritísima, de saber probado y autoridad reconocida, y por unos sabrosos artículos que publicó en un periódico de Zaragoza el docto presidente de la Real Academia de San Luis, general Sr. D. Mario de la Sala, hombre de profundos conocimientos y erudición vastísima, muy práctico sobre todo en cosas é historias de Aragón, á que con amor y estudio se ha dedicado.

De estos artículos me ocuparé más detenidamente.

Algo hay, en efecto, de los intentos y proyectos á que me referí.

La idea de la restauración de San Juan de la Peña está en la atmósfera, pero no veo que haya tomado cuerpo todavía.

Débese principalmente la iniciativa, según parece, al señor obispo de Jaca D. J. López de Mendoza, prelado dignísimo, en quien es notorio el amor á las artes, á las letras y á la patria, virtud de almas nobles. Su generosa intervención ha movido al Gobierno, que, por de pronto, envió al Sr. Magdalena á enterarse del estado actual de aquel monumento. La iniciativa y el empuje están dados.

Dios y la patria se lo paguen al insigne pre-

lado. Pero falta que la cosa se realice, y ya esto no aparece tan fácil.

Las noticias que he recibido por las personas que recientemente visitaron aquellos sitios, no son en verdad muy satisfactorias y corresponden á los temores de ruina que yo tenía y que dejo entrever en mi anterior estudio.

El monasterio moderno ya no está como lo ví cuando mi excursión. Se halla en gran parte destruído, conservándose solamente la iglesia y algo de su construcción izquierda, aunque con las cubiertas en malísimo estado. Acabará por ser pronto una ruina.

El monasterio bajo, el antiguo, el que se halla al amparo de la peña, en su hueco, parece hallarse en mejores condiciones, aun cuando necesita seria y pronta restauración, principalmente por hallarse calcinada la piedra á consecuencia, sin duda, de los varios incendios que hubo de sufrir el edificio.

Tiene este monasterio seis departamentos de mérito artístico é histórico: el claustro, que conserva la parte del antiguo que remonta al siglo XI; el *panteón de nobles*, donde están los próceres, el panteón regio, que es el departamento quizá mejor conservado; la iglesia su-

perior, que se mantiene en buen estado; la inferior, en la que comienza á notarse sospechosas filtraciones producidas por manantiales de la peña, y un sencillo salón subterráneo.

Existió también una torre adosada á la peña, de que sólo se conserva una parte.

Los artículos publicados por el muy inteligente director de la Academia de Nobles Artes de San Luis, Sr. D. Mario de la Sala, son dignos de la experta pluma de este autor y merecerían reunirse en libro aparte. Lo requieren su calidad y su importancia.

Lo describe todo perfectamente; se fija con especialidad en el panteón regio; discurre con erudición sobre las inscripciones de los sepulcros, y con atinado criterio sobre si en realidad existen allí los restos de Doña Jimena, esposa del Cid; se detiene cuidadosamente en los veintidós capiteles que del siglo XI existen, cuya descripción iconográfica por nadie había sido antes publicada; la iglesia alta y la baja merecen por su parte una visita muy detenida y observaciones muy pertinentes; juzga con crítica, razona con sentimiento artístico, escribe con claridad, comenta con prudencia y observa con atención suma. Será un libro precioso, si lo publica, y merecerá plácemes.

En uno de sus capítulos se queja amargamente del abandono en que yace aquel venerado monumento, y coincide en ideas con algunas de las que dejo emitidas en las anteriores páginas al deplorar la falta de una iniciativa fecunda que lleve á cabo, en las soledades de Pano, algo parecido á lo que los astures están haciendo con Covadonga.

Sí, tiene razón el Sr. Sala. Merezcan los sepulcros de Garci Ximénez y de Sancho Ramírez los mismos justos respetos que los de Pelayo y de Alfonso el Católico, y acudiendo á los Monarcas, al Parlamento, al Gobierno, á los prelados, á los poderosos, á las Diputaciones, á los Municipios, á la prensa, al clérigo y al seglar, á los ciudadanos todos, al pequeño y al elevado, provóquese una suscripción nacional con que restaurar la Covadonga del Pano, la casa *pairal*, el casal histórico, la gran morada solariega de las glorias y de las virtudes de Aragón.



SOLEMNIDADES LITERARIAS
EN ZARAGOZA

Resumen de la prensa aragonesa.

18 de Mayo de 1896.

(Del *Heraldo de Aragón*).

En el tren mixto descendente de Madrid, ha llegado á Zaragoza el eximio poeta D. Víctor Balaguer, hijo adoptivo de esta ciudad que siempre le recibe con verdadero cariño y satisfacción.

Trae el Sr. Balaguer de nuevo á Zaragoza el doble objeto de dar una conferencia en la sección de Ciencias Históricas del Ateneo y otra en el Centro Mercantil Industrial y Agrícola, donde leerá además algunas poesías.

A recibir al Sr. Balaguer han salido muchos amigos y varias Comisiones.

En Casetas le esperaban su amigo particular Dr. Iranzo, el Sr. Sancho y Gil en representación del Ateneo, los Sres. Ponte y Herranz de la Comisión de Juegos florales y otros.

En la estación esperaban la llegada Comisiones del Ateneo, del Centro Mercantil, de la Sociedad Económica Aragonesa, de la Comisión de Juegos florales y de otras entidades, además de algunos admiradores del inspirado vate.

En la estación ha saludado brevemente á todos, trasladándose el Sr. Balaguer y sus acompañantes, en varios carruajes, á casa del Dr. Iranzo, donde se hospeda.

Sea bien venido el ilustre huésped á nuestra ciudad, donde todos le queremos y admiramos.

***

Blok del «Heraldo.»

Mi cuartilla.

Víctor Balaguer es nuestro huésped. Sea bien venido el cantor de las tradiciones, de las leyendas, de las glorias regionales, del sentimiento excelso de la patria...

Balaguer es el último trovador.—Con sus blancas guedejas, su serena inspiración, su alma de niño, su enamoramiento de la Provenza, donde nacieron los Juegos florales, es el poeta de las añoranzas y de las ternuras hondas que tañe la lira errando por mundo ideal pletórico de luz deshilada en finas luminosas hebras sobre ruinas, evocaciones, escombros, vibrantes remembranzas, resucitado todo al conjuro de un estro que bebe incesantemente en la copa de Mistral...

Balaguer ama á Zaragoza y Zaragoza quiere al que si no es su hijo por azar del nacimiento é imperio de la naturaleza, éslo por voluntad de su re-

presentación oficial. Conformánse á maravilla el espíritu del poeta y de la ciudad simbolizadora de la trinidad por él cantada: fe, amor, patria...

Balaguer da elocuente muestra de sus predilecciones viniendo á la inmortal ciudad; la ciudad inmortal dispónese á festejarle dignamente.

Sea bien venido.—D. P.

21 de Mayo de 1896.

(Del periódico *La Derecha*).

Sesión hermosa y por conceptos mil inolvidable, la celebrada anoche por el Ateneo científico, literario y artístico de Zaragoza, con objeto de dar posesión del cargo de presidente honorario del mismo, al eminente literato, historiador ilustre y eximio trovador, D Víctor Balaguer.

Acertados anduvieron los socios del Ateneo al olvidar por una vez el salón ordinario de conferencias y albergarse en lugar que por su mayor suntuosidad y brillo, diera á la fiesta ostentación más grande y sirviera de marco digno á la inimitable obra del ilustre cantor de nuestras patrias glorias.

Abierta la sesión y expuesto el objeto de la misma por el literato eminente y distinguido orador D. Faustino Sancho y Gil, el Sr. Balaguer penetró en el salón acompañado de los Sres. Rubio y Ponte.

El Sr. Sancho y Gil, que por indisposición repentina del Sr. Sasera ocupaba el sillón presidencial, pronunció para dar posesión del cargo de

presidente honorario del Ateneo al Sr. Balaguer, una improvisación hermosísima, una verdadera filigrana, sobrada para acreditarle de verdadero artista de la palabra, si el Sr. Sancho y Gil no reuniera ese y otros merecidísimos títulos que lo colocan en primera línea entre nuestras más salientes figuras literarias.

El Sr. Balaguer dió las gracias con sentidas palabras y elogió cumplidamente á todos los señores que durante el curso actual habían disertado en el Ateneo.

A continuación dió comienzo á la lectura de su hermoso discurso acerca de *Las Instituciones y Reyes de Aragón.*

Imposible reproducirlo íntegro por falta de espacio, é imposible arrebatarle su color, desurdiendo el frondoso y tupido ramaje de bellezas que á tanto equivaldría el transcribir párrafos sueltos, si hermosísimos por sí solos, más aún y de mayor relieve en el lugar que los ha colocado su autor.

Hay que leer el discurso para formarse idea de la manera tan hermosa como el Sr. Balaguer evocó los recuerdos más gloriosos de nuestra historia, arrancándolos de la humildísima cuna de San Juan de la Peña, donde se meció la naciente monarquía, que si mezquina por la extensión en sus orígenes, nació con la robustez de alma necesaria para extenderse, andando el tiempo, por los ámbitos todos del planeta y eclipsar con sus proezas,

las proezas mayores que jamás alumbró el sol y los hombres contemplaron.

Hizo la apología de nuestros reyes, señalando la especial fisonomía de cada uno, hasta dejar establecida la unión de Aragón y Cataluña, dando fin en punto tan culminante de nuestra historia para continuar su labor en la conferencia fijada para mañana en el salón del Círculo Mercantil.

Seguros estamos de que la fiesta del citado círculo será un segundo acontecimiento y de que nuestro público volverá á rendir el tributo de su admiración al eximio poeta, hijo adoptivo de Zaragoza, hoy nuestro huésped, entusiasta siempre de Aragón y soberbio cantor de nuestras glorias.

* * *

(Del *Diario de Zaragoza.)*

Presidió la sesión que anoche celebró el ilustrado centro literario de Zaragoza, el Sr. Sancho Gil, quien después de leída el acta de la Junta general, en que se nombró al Sr. Balaguer presidente honorario de la sección de Ciencias históricas, pronunció precioso y elocuente discurso, saludando al nuevo ateneista. Empezó el Sr. Sancho Gil, recordando que el Sr. Balaguer era historiador y poeta aclamado y escritor purista de universal renombre; pero que para el Ateneo

además de ello, era el entusiasta defensor de las instituciones aragonesas, cantos de sus glorias, y narrados de un heroismo, por lo que el Ateneo se complacía en entregar título de presidente de la sección de Ciencias históricas, á quien tan bellamente reseñó la historia del reino aragonés.

Tuvo el Sr. Sancho Gil brillantes párrafos descriptivos de reinados y grandezas de Aragón y encomiásticos para las obras del recipiendario y terminó dando las gracias á los concurrentes y á las señoras, y recordando los lazos de amistad que ligaban al Sr. Balaguer.

Contestó este señor en breve discurso de gracias, enumerando con gran acierto los trabajos históricos del Ateneo en el corriente año, y emitiendo frases de elogio para los Sres. Sasera, Jimeno, Pano, Ibarra y Jardiel; y después de otros elocuentes para las instituciones de Aragón, aseguró que venía á ofrecer ante esta región y el Pilar sus trabajos y recompensas en lides literarias.

Pasó luego á la presidencia y leyó un discurso extenso y primorosamente escrito acerca de las *Instituciones y Reyes de Aragón.*

Comienza su trabajo el Sr. Balaguer encomiando las instituciones aragonesas y presentándolas como completas y acabadas, superiores á las de los demás pueblos, en la época en que se crearon y difíciles de sustituir aún en los presentes. Describió maravillosamente los orígenes del reino

aragonés, defendiendo la existencia de los fueros de Sobrarbe, á lo menos en su espíritu, y la célebre fórmula del juramento, leal trascripción más amplia de la fórmula de proclamación visigótica. Siguió presentando en grandes síntesis la obra progresiva de la reconquista, haciendo resaltar la grandeza de sus monarcas en cuadros acabados y bellas descripciones. Atribuyó á D. Alfonso *el Batallador* el pensamiento de la Unidad nacional, que se había de verificar históricamente en los Reyes Católicos, y dibujó la figura de los monarcas, presentándolos sin embargo como proseguidores todos de la misma idea de reconquista y engrandecimiento.

El estilo de todo el trabajo leído por el Sr. Balaguer es valiente, galana la frase y admirable la locución; acaso por esto mismo resulta la historia algún tanto apologética y eche de menos la crítica alguna distinción difícil de establecer por la índole y los altos vuelos del erudito y elocuente discurso.

***

(Del *Heraldo de Aragón*.)

Ha resultado anoche una brillantísima solemnidad la toma de posesión del insigne vate don Víctor Balaguer, de la presidencia honoraria de

la sección de ciencias históricas del Ateneo de Zaragoza: ha resultado, además de una solemnidad, una fiesta hermosa, con hermosura soberana, celebrada por tener más amplio marco, en el salón amarillo de la Diputación cedido galantemente por dicha corporación provincial.

El local llenísimo; mucha luz, mujeres bellas y elegantes; genuina representación de la Zaragoza científica y literaria; derroches de elocuencia y plétora de entusiasmo; de la sesión de anoche se guardará siempre vivo recuerdo.

Nuestro querido amigo el dignísimo é ilustrado secretario del Ateneo D. Galo Ponte, leyó el acuerdo de la Junta directiva, otorgando al señor Balaguer la presidencia de la sección de ciencias históricas.

Después, dos individuos de la Junta, salieron á buscar al Sr. Balaguer, al cual recibió la concurrencia puesta en pie.

Inmediatamente se levantó el Sr. Sancho y Gil, y después de declarar que una repentina indisposición privaba al Ateneo de ser presidido en aquellos momentos por el ilustre catedrático D. Ricardo Sasera, pronunció un discurso adornado de todas las galas oratorias y las filigranas del bien decir, para presentar al Sr. Balaguer.

Dijo que era príncipe de las letras, ceñía faja roja y calzaba espuela de oro, é hizo su semblanza literaria de modo delicadísimo; con párrafos llenos de imágenes poéticas, giros elegantes y

palabra facilísima, proclamó la gratitud que á Balaguer deben: Aragón, de cuyas glorias es ferviente admirador, y la mujer, que ha cantado maravillosamente.

Si el Sr. Sancho y Gil no tuviese fama y nombradía de elocuentísimo orador, la habría sancionado con su discurso de anoche, por el que sinceramente le felicitamos.

Para agradecer las frases del Sr. Sancho y Gil y aceptar el sitial del presidente pronunció el señor Balaguer algunos párrafos sinceros, bien sentidos, elocuentes y aplaudidísimos, enumerando en ellos los justos méritos de algunos socios del Ateneo y de sus presidentes honorarios, Zorrilla, Moret y Calleja.

(Siguen los más notables párrafos del discurso, intermediados con observaciones laudatorias y aplausos al conferenciante, y termina así:

«Al pronunciar el eminente literato su última palabra, una estruendosa ovación coronó las bellezas que encierra al discurso, interrumpido por grandes aplausos en distintas ocasiones.

El Sr. Balaguer fué muy aclamado: reciba también nuestra felicitación entusiasta, leal y cumpla pronto la promesa de dar segunda parte á un trabajo que corresponde á la reconocida talla del ilustre hijo adoptivo de Zaragoza».

***

(Del *Diario de Avisos*).

VICTOR BALAGUER

LAS INSTITUCIONES Y LOS REYES DE ARAGÓN

«Historiador y poeta, la musa de nuestras pasadas grandezas ha inspirado siempre su numen y movido su pluma; tiene todo el entusiasmo meridional de los *félivres* y la paciencia investigadora de un benedictino sabio; y cantando las hermosas leyendas del viejo Aragón, y reconstituyendo las geniales figuras de los trovadores lemosines, se ha creado una fisonomía literaria como pocas respetable para la gente de letras, como ninguna simpática para el regionalista.

El Ateneo de Zaragoza le había nombrado presidente honorario de su sección de Ciencias Históricas, y la plana mayor de nuestra gente literaria y la legión de damas—brillante nota de color en toda fiesta—y el público culto que con su aplauso da patentes, se congregaron anoche en el salón amarillo de la Diputación para escuchar el discurso del insigne vate catalán.

El título, no más, evoca todo un mundo de grandezas muertas hace siglos y, por desgracia, sin señales en el presente de ser revividas. Ese poema hermosísimo era evocado por Víctor Balaguer con la magia de una fantasía siempre vigo-

rosa, servida por una erudición, en largos años de desvelos adquirida, y el público acogía con aplausos, delatores del entusiasmo y la admiración, aquellos párrafos brillantísimos en que aparecían conceptos profundos de nuestras leyes y vigorosos perfiles de las grandes figuras históricas aragonesas.

A darle impresiones propias preferimos servir al público algunos fragmentos del hermoso trabajo, y cuenta que sus indudables bellezas toman vigoroso relieve al salir de labios del autor, maestro en el difícil arte de realizar el concepto con lo entonado y armonioso de la lectura».

(Siguen varios fragmentos del discurso).

23 de Mayo de 1896.

(Del *Diario Mercantil*).

En la Academia de San Luis.

«La Academia Real de Bellas y Nobles Artes de San Luis había elegido no ha muchos días para miembro suyo honorario á D. Víctor Balaguer; la llegada próxima del favorecido daba ocasión para hacerle personalmente la entrega del título respectivo; la importancia y el prestigio de la Academia, entidad suprema del edén estético acá en Aragón obligaban á mucho: la buena dirección que la Academia tiene lo hizo todo; logróse disponer del salón de sesiones de la Diputación provincial y allí sin perder ningún detalle del alto ceremonial académico fué recibido ayer por miembro de honor de la Corporación al señor don Víctor Balaguer.

Llenaban completamente aquellos estrados las corporaciones y personas que por su conocido amor á las artes merecieron la distinción de ser invitadas á la fiesta. Presidía el general D. Mario

de la Sala-Valdés, prepósito en la Real Academia de San Luis: á derecha é izquierda de su sitial hallábanse el presidente de la Audiencia provincial, el de la Diputación, el fiscal de S. M., los señores Goizueta, Iranzo y Castellot, Fleta, Ponte y Baraza en comisión del Ayuntamiento y el rector de la Universidad el cual asistía además con carácter de académico: éstos traían puesta la medalla de la corporación; el presidente vestía además la placa y la banda de la Orden Militar de San Hermenegildo; y el Sr. D. Mariano de Pano recientemente electo académico de número, la placa de la Orden portuguesa de Nuestro Señor Jesucristo.

Comenzó la sesión leyendo el doctor Casas y Gómez de Andino, secretario de la Academia, el acta en la cual consta la elección del Sr. Balaguer; á continuación el presidente dió á los académicos D. Carlos Palao y D. Mariano de Pano y Ruata con el secretario, la comisión de traer hasta los estrados al Sr. Balaguer: con él entraron puestos en pie todos los presentes ocupando el electo un sillón en frente de la presidencia y sentándose á los lados de él sus dos acompañantes.

El general Sala-Valdés leyó en unas pocas cuartillas el discurso de recepción del Sr. Balaguer: discurso que á continuación pueden ver nuestros lectores:

«Señores:

Cábeme la honra de llevar en esta solemnidad la voz de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, desde el sillón á que sin méritos propios, quiso elevarme el voto unánime de los señores Académicos confirmado por la bondad ingénita de S. M. la Reina Regente (q. D. g.)

Pero al cumplir el deber gratísimo de dar cariñosa bienvenida al por tantos títulos excelentísimo y benemérito Sr. D. Víctor Balaguer, séame lícito manifestar la emoción que me embarga, dada la importancia del acto y lo selecto del conurso que me escucha, á quien dirijo respetuoso saludo.

Seguramente no hay nadie que no aplauda el acuerdo de la Academia que otorga al Sr. Balaguer, por aclamación entusiasta, el título de su *Individuo de honor y mérito*. Las altas prendas del agraciado, los patrióticos servicios del legislador y del ministro, la honradez proverbial, la eximia y abundante labor literaria donde en hermosa conjunción compite el ingenio del poeta con los talentos del estadista y del historiador, y hasta la desusada largueza con que nuestro ilustre compañero quiso desprenderse del caudal heredado para instituir riquísimo Museo de artes y letras en Villanueva y Geltrú, su patria adoptiva, razones son todas que aquilatan el acierto de la

Real Academia que sin duda supo realizar un buen negocio; puesto que así como la suma se aumenta con el número y valor de los sumandos, así también la fama de las corporaciones doctas acrece y se abrillanta al compás de la valía de sus individuos.

Modesto es ciertamente el galardón, aun siendo el más alto que nuestro cuerpo puede conceder á personalidad tan relevante y bien quista; pero en medio de la reconocida modestia, distínguese acaso por el indiscutible atractivo de la rareza. Que si la Academia, cumpliendo precepto de los estatutos, tiene completa su lista de individuos de número y hasta reforzada con los nombres de algunos pocos supernumerarios, fué siempre tan cauta y parsimoniosa en conceder diplomas de honor y mérito que, entre los vivos, solo podía ostentarle hasta ahora el celebérrimo Pradilla, prez de Aragón y gloria del arte contemporáneo. Sin duda que en este momento le estamos dando dignísimo camarada, pero también ponemos al Sr. Balaguer en honorable compañía.

Nacida nuestra Academia al calor del entusiasmo artístico de profesores beneméritos, cuya particular iniciativa creó las primeras aulas de dibujo, era posible que los esfuerzos de tan dignos fundadores quedasen ahogados por la falta de medios si los próceres y ciudadanos de Zaragoza no hubiesen acudido en su auxilio con larga y generosa mano.

Así se formó la medalla moral de nuestra institución con su anverso y su reverso. En el primero *la enseñanza* dirigida por los pintores Luzán y Merklein, los arquitectos Zabalo y Rocha, y los escultores D. Carlos de Salas y D. Juan Ramírez. En el segundo *la protección* ejercida muy principalmente por los condes de Fuentes y de Sástago, el marqués de Ayerbe, el deán Hernández de Larreá, los insignes hermanos D. Ramón y D. Vicente Pignatelli, D. Martín de Zapater y el inolvidable bienhechor D. Juan Martín de Goicoechea. La Sociedad Económica de Amigos del País aposentaba las ya bien desarrolladas y mejor concurridas aulas, en la amplia y solariega casa de Molina, su propio domicilio, y tan fecundos fueron los frutos y adelantos de la hasta entonces particular institución, claramente manifiestos por los resplandores de alumnos tan distinguidos como los Bayeu y Goya, D. Agustín Sanz y don Tiburcio del Caso, D. José Ramírez y D. Joaquin Arali, que la piedad soberana creyó llegado el momento de vigorizarla y enaltecerla acogiéndola bajo el regio manto y otorgándole carácter oficial.

Tales eran los antecedentes: la consecuencia fué la Real Cédula de 17 de Abril de 1792 firmada por el señor D. Carlos IV, y refrendada por el conde de Aranda, en que, para perfeccionar la educación artística en la capital aragonesa se instituía y fundaba la *Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis* en todo semejante y her-

mana de la de San Carlos de Valencia, subvencionando sus aulas de dibujo, modelado y matemáticas, y poniéndola bajo el nombre y amparo del Santo Rey de Francia en obsequio de la Reina doña María Luisa.

Permitid al antiguo soldado que os habla insinuar la especie de que no es nuevo que la corona de España confíe á un general de sus ejércitos la distinción de presidir la Real Academia de San Luis. Su primer presidente lo fué aquel esclarecido capitán general de Aragón D. Felix O'Neylle, espejo de caballeros cristianos, que prefirió ser soldado católico en España á príncipe protestante en Ultonia, y que padre de unos hijos dignísimos de su egregia extirpe, sacrificó en aras de Zaragoza al más glorioso de todos ellos; al estrénuo general D. Juan O'Neylle, que después de realizar heroicas hazañas en el *Segundo Sitio,* sucumbió el mismo día de la capitulación de la ciudad, mártir como ella del patriotismo y del honor.

Pero si la Academia puede ostentar tan ilustre y secular abolengo, habremos de reconocer y confesar paladinamente que amenguadas sus atribuciones por sucesivos reglamentos, quédale muy poco más que la respetabilidad histórica. El de 1849 que pasó un rasero igualitario sobre todas las Academias provinciales, nuevas y antiguas, todavía nos encomendaba el gobierno é inspección superior de una escuela en que se educaron discípulos tan eminentes como Ponzano

y Montañés, Pradilla y Unceta; pero hasta esa intervención en la enseñanza de las artes del dibujo nos fué arrebatada por la Dirección general de Instrucción pública, que recientemente la encomendó al rector de la Universidad, quedando reducidas nuestras funciones académicas á emitir informes ó dictámenes referentes al mérito de las nuevas producciones artísticas, y al cuidado, conservación y custodia del *Museo Provincial.*

Bastaría este último concepto para ocupar grata y fructuosamente á los señores académicos, ávidos de ofrecer á los zaragozanos, y á cuantos viajeros visiten su ciudad, la contemplación de una interesantísima *pinacoteca*, que existe, aunque arrinconada por fortuito accidente. Que amenazando inevitable colapso el histórico edificio de Santa Fe, propio del Estado, donde el Museo tenía antiguo y cómodo albergue, fué preciso, entre los apremíos del peligro, apresurar la traslación de nuestras riquezas artísticas y arqueológicas á los apartados locales de Santo Domingo, donde llevan dos años de hospedaje, almacenadas más que establecidas, porque los apuros del Erario provincial, debidos á ia funesta crisis que el país sobrelleva, impiden que la buena voluntad de los señores diputados apronte los recursos indispensables para perfeccionar una instalación tan trascendental para la cultura y el prestigio de Zaragoza, y que, después de todo, será provisional ó interina en tanto que el *Museo* no tenga edificio propio.

¡Mil veces dichosa tú, floreciente Villanueva; paloma que tiendes las alas sobre los pensiles de Cataluña y las ondas del Mediterráneo; feliz madre adoptiva del respetable varón á quien Zaragoza, sin mengua de tus derechos, quiso adoptar por suyos! ¡Disfruta por largas generaciones la posesión y utilidad de ese Museo incomparable por la procedencia, en que la generosidad del preclaro barcelonés dió en una pieza la perla y la concha, el contenido y el continente, la colección valiosa y el palacio que la guarda! Menos afortunada que tú la heróica ciudad que refleja en los cristales del Ebro las erguidas cúpulas de su Pilar sacratísimo, guarda también no ya una joya, sino abundantísima copia de ellas, *pero le falta adecuado estuche para lucirlas y ostentarlas*, y seguirá faltándole mientras el Estado, verdadero dueño de los Museos provinciales no proporcione al de Zaragoza una morada correspondiente á sus méritos, ó mientras algún zaragozano, sobrado de medios y falto de obligaciones, no se decida á emular los alientos del Sr. Balaguer, tributando á la madre patria ese beneficio que, después de todo, había de constituir el pedestal de su gloria y fama póstuma.

Pero dando de mano á estos sueños, fantasías é

Ilusiones engañosas
livianas como el placer

que dijo el poeta, ya es hora de que tornando á la realidad comprenda que estoy poniendo á

prueba vuestra cortesía y benevolencia con tantas divagaciones. La Real Academia goza en estos momentos la satisfacción inefable de recibir en su seno al esclarecido vate; pero al darle la bienvenida y tributarle cordialmente la felicitación de ritual, siéntese tan orgullosa y enaltecida contando, de hoy más, entre sus individuos á personalidad tan eminente, que debe reconocer, y de buen grado reconoce, que recibe muy acrecentada la honra que quiso dar.

Y vosotros autoridades, corporaciones, dignatarios y caballeros que acudiendo galantemente á nuestra cita habeis venido á esta solemnidad, patentizando generoso afecto y alta estima al señor Balaguer y á nuestra Academia, permítid que así como dí comienzo á este desaliñado discurso dirigiéndoos respetuoso saludo, sean sus últimas palabras para tributaros el homenaje de nuestra viva gratitud.»

MARIO DE LA SALA.

*
* *

El Sr. Balaguer habló muy emocionado; ya lo dijo así; encareció su gratitud á la Academia que le recibe como á miembro de honor, y al Ayuntamiento de Zaragoza allí representado, quien antes habíalo nombrado hijo adoptivo de esta ciudad, la cual es sumario de buenos títulos é histo-

rial de hazañas nobles. Encareció su cariño á las Artes únicos objetos de su amor que ya no tiene familia de sangre en donde concentrarse y ha ido á buscarla en su cariño á las Artes en sus sueños de viejo bardo catalán, en su querida tierra de Villanueva y Geltrú y en estotra tierra aragonesa en donde igualmente tiene puestos los recuerdos de tiempos más gratos, de amigos á quienes ya se llevó la muerte y de distinciones recibidas de todos.

Ofreció el Sr. Balaguer su cooperación para todos los tiempos y en el mayor grado posible, en pro de los intereses de esta tierra.

El general presidente, seguramente observante de la ceremonia académica salió de su puesto, entregó al Sr. Balaguer el diploma de miembro de honor sentóse el electo entre los académicos y terminó la sesión pública. Y comenzaron entonces justamente las alabanzas de todos á quienes habian sabido organizarla admirablemente. El discurso pendencial fué muy bien comentado.

La Academia de San Luis es una institución suprema de nuestra cultura aragonesa. Todos le debemos apoyo, cada cual en el mayor grado que le sea posible. Procuremos entre todos volverla al lugar altísimo que tuvo y que nunca debió perder.

ANTIQUUS.

(Del *Heraldo*).

En el Casino Mercantil.

«Anoche el magnífico salón de fiestas del Círculo Mercantil, presentaba indescriptible golpe de vista. El rico y elegante decorado de la sala lucía más por el derroche de luz eléctrica, cuya instalación admirablemente hecha—y con justicia elogiada—revela la dirección expertísima del ilustrado capitán de ingenieros D. Eloy Garinca y del ingeniero alemán á cuyo cargo está la central de la Electra-Peral Zaragozana.

Pero más que la propia luz, con ser brillante y extraordinaria, lucía la hermosura de las distinguidas damas que fueron principal encanto de la fiesta.

Poco más de las nueve abrió la sesión el presidente del Círculo, nuestro amigo D. Manuel Doz Ucelay, que dijo palabras muy oportunas y discretas ensalzando los méritos de D. Víctor Balaguer y entregándole el título de socio honorario de dicho Círculo.

Inmediatamente se levantó el laureado poeta y dijo frases cariñosas y elocuentes encomiando á los conferenciantes que en aquella tribuna le han precedido este curso. Los elogios que consagró á Montestruc, Royo Villanova y Pieltain, los tres

de esta casa, son por nosotros sinceramente agradecidos.

A continuación dió lectura á una bonita leyenda en prosa y varias composiciones poéticas, avaloradas todas ellas por la inspiración que campea en las producciones del poeta-artista.

Suspendióse la velada algunos minutos y al reanudarse dijo el Sr Balaguer que para cerrar las conferencias del presente curso iba á leer unas cuartillas que versaban sobre la mujer.

Es un hermoso trabajo que guarda, vestido con primoroso estilo, un panegírico delicado, inspiradísimo, gallardo de la mujer. Pero tiene un defecto que todos lamentamos: que el trabajo *sabe* á poco.

Renunciamos á hacer de él un extracto que sería deslucirlo. Habríamos de publicarlo íntegro si atendiésemos á nuestro deseo, pero las exigencias del original nos veda de satisfacerlo y de que el *Heraldo* se engalane otra vez con una producción del eximio literato.

La concurrencia aplaudió ruidosamente al señor Balaguer. El Sr. Doz Ucelay dió, acto seguido, por cerrado el curso.

La Junta directiva puede estar satisfecha: lo ha cerrado con llave de oro.

Por este motivo era anoche muy felicitada la Junta directiva y nosotros también enviamos nuestra sincera y merecida felicitación».

***

(De *La Derecha*).

En el Círculo Mercantil.

La fiesta de ayer estaba destinada para la clausura del curso de Conferencias en este centro; por eso y por el anuncio de que D. Víctor Balaguer leería en ella composiciones poéticas reuniéronse anoche en el salón de fiestas del Centro Mercantil, Industrial y Agrícola los tres estamentos de nuestra ciudad, la hermosura, la distinción y todos que hacen acá vida intelectual en las ciencias y en las letras. ¡Buena corte de amor!

Ocuparon la tribuna el Sr. Balaguer, la Junta de gobierno del Círculo y algunas personas de elevada distinción; fueron recibidos con aplausos muy cariñosos.

El Sr. Doz y Ucelay, hizo la presentación de D. Víctor Balaguer, y le entregó el título de socio honorario del Círculo y le rogó que comenzara su conferencia. Hízolo así el favorecido, dedicando recuerdos y alabanzas á los oradores que han ocupado en este curso aquella tribuna. Leyó después las siguientes composiciones:

En prosa: *La leyenda del ruiseñor*, y *La mujer*. En verso: Una *Invocación*, *Un romance amatorio* y una composición en verso de catorce sílabas titulada *El amor*.

No daremos idea de ellas, ni fragmentos copiaremos tampoco, pues la mutilación mejor intencionada no evita daño ni libra de mengua á la belleza de una obra: diremos solamente cuál fué la impresión que nos causaron las composiciones que ayer leyó el Sr. Balaguer.

Todas las obras literarias de este escritor y aun las mismas que más tienen de científico, ofrecen un carácter común. Nótase en ellas que hay en su autor un corazón muy grande y lleno de afectos, y una fantasía muy rica, la cual, de continuo, hierve en ideas. Diferenciando dentro de este predicado general, podríamos apartar las obras del Sr. Balaguer á dos órdenes diferentes: las unas son de nervio muy fuerte, vigorosas, enérgicas vueltas hacia la tradición. Balaguer es allí el bardo de las montañas, cantando la muerte del conde Armengol; es quien da el grito de alerta á los poetas bucólicos y floridos, recordándoles que hoy el caballo de Atila está dentro del Parnaso; es quien vigoriza en sus tragedias los caracteres de Annibal, Nerón y Coriolano; es quien llora el olvido de su tierra catalana, postergada por la hegnemonía centralizadora de otra región española; es el vate de las *Eridianas*; es un almogavar que grita *¡desperta, ferro!* no con voz bronca de soldado rudo, sino con la armonía de laud y de los cantos del trovador provenzal.

El otro de los cuentos poéticos de Balaguer, forma paisajes vespertinos de la Arcadia inocente y

tranquila, descrita por Cervantes: vespertinos he dicho, porque hay en toda aquella poesía dejos alegiacos que dan á aquellas obras fisonomía especial: no es Becquer que filosofa dulce y resignadamente acerca de sus penas, y un momento alégrase como el sol, y otros mil entristece como la muerte, no es ni remotamente Espronceda que maldice, ni Leopardi que escupe sarcasmos; es algo como un Job del clasicismo greco latino, que ve en lo lejos del pasado su dicha ya perdida, que en esa dicha encuentra «veneno y antídoto á la vez para las penas del presente» como alguien muy bien ha dicho. Corazón de niño, todo lo encuentra bueno, alma grande, en todo contempla encantos; pero desnudo de los amores que le hicieron dichosos, la admiración de esos encantos y la pintura de esas bondades, proyectándose sobre un fondo dulcemente elegiaco».

25 de Mayo de 1896.

(Del *Heraldo*).

Banquete de la Academia de Bellas Artes en honor del Sr. Balaguer.

«A la una de la tarde de ayer tuvo lugar el banquete con que la Academia de Bellas Artes de San Luis ha querido celebrar el honor que ha recibido y la alegría que siente por haber tomado posesión de su silla de Académico de mérito el Sr. Balaguer. Este y el director de la Academia, el Excmo. Sr. General de Artillería D. Mario de la Sala, conocedor como ninguno de las cosas de Aragón, ocuparon las dos presidencias. A la derecha é izquierda de ambos señores se sentaron el señor rector de la Universidad Sr. Fajarnés, el canónigo Sr. Moreno, el profesor Sr. Lozano, el escultor Sr. Palau, los pintores y los arquitectos Sres. Pescador, Gonzalvez y Pallarés, Yarza, Magdalena y Bravo, los literatos y eruditos señores Paraiso, Casas, Pano, Aznarez y Sancho y Gil,

y además el Sr. Iranzo y los señores presidente de la Diputación y vicepresidente de la Comisión provincial, invitados por la Academia para expresar su gratitud á la Excma. Diputación provincial por las atenciones que la ha dispensado en estos días y al reputado médico y catedrático distinguido, que hospeda en su casa al nuevo académico de San Luis, por lo espléndidamente que cumple los deberes de la hospitalidad con persona tan querida de la Sociedad que la ha recibido en su seno. Durante la comida se habló mucho y bueno de artes, de literatura, del presente y del porvenir de la Academia; y se deslizó en la conversación más de un donaire de legítima sal. Al ser destapadas las botellas de Champagne, el señor Sala inauguró los brindis con uno discretísimo.

El distinguido general manifestó que tenía la honra de dedicar el banquete al Sr. Balaguer, veterano de las letras, que cuenta sus triunfos por los días que ha vivido; dió las gracias á la Diputación, por la galantería con que había favorecido á la Academia el viernes último, ensalzando á la Corporación provincial, por el patriotismo con que patrocina siempre toda idea generosa, é hizo votos porque nuestro tesoro artístico tenga en un próximo mañana un edificio digno de guardarlo. (*Aplausos*).

Terminó saludando al Sr. Iranzo, que á sus grandes merecimientos científicos, reune los reflejos de gloria que sobre él produce la circuns-

tancia de haber sido hijo político del sin par Borao. (*Asentimiento*).

El *Sr. Iranzo*, con palabra fácil y sentida, dió las gracias á la Academia por la invitación con que le había honrado, y dirigió frases oportunísimas al Sr. Balaguer, á quien dijo admiraba por su valía literaria y veneraba por lo mucho que quiso á Borao y á su hermano Víctor, poeta no olvidado en las benignas márgenes del Turia. (*Aplausos*).

El *Sr. Paraíso* leyó los siguientes versos, que le valieron muchos plácemes:

MI BRINDIS

A pesar de que la musa
que otro tiempo me inspiró,
de soplarme se cansó
y hoy sus auras me rehusa,
brindaré—¡pesia Satán!—
en rima fuerte ó derecha
que fechas como esta fecha
muy pocas se nos darán.
Un poeta, un literato
orgullo y honor de España
nos preside y acompaña
rindiéndonos con su trato.
Catalana fué su cuna;
más ¡ay! en su corazón
á su patria y á Aragón
por igual ama y aduna.
Brindo, pues, previo un abrazo
tierno, cariñoso, estrecho,
«por tí, Balaguer, que has hecho
de dos pueblos fuerte lazo.»

Y ardiendo en patrio interés
brindo á la vez con afán,
«¡por el pueblo catalán!
¡por el pueblo aragonés!»

El *Sr. Pano* brindó por el renacimiento de las letras catalanas, que calificó de prodigio de nuestro siglo. En un período elegantísimo, señaló la parte que correspondía en la aparición de aquel, al Sr. Balaguer: é invitó á sus compañeros á continuar la literaria fiesta á que asistían, en el monasterio de Sigena, junto á los sepulcros de don Pedro II y de doña Sancha.

El *Sr. Casas*, una vez que hubieron cesado las manifestaciones de agrado tributadas al Sr. Pano al terminar su discurso, brindó á su vez por nuestro ilustre huésped, que ha resucitado la Edad Media con sus justas poéticas y sus cortes de amor, y por la prosperidad de la Academia. (*Aplausos*).

El *Sr. Aznarez* dedicó elogios muy sentidos y cariñosos al historiador de los trovadores.

El *Sr. Sancho y Gil* se excusó de tributar al señor Balaguer las alabanzas que merece, porque le veía tan cerca de su corazón que, al alabarlo, le parecía cometer la inmodestia de alabar á sí mismo. Dió á aquel gracias, porque al sentarse en los escaños de la Academia de San Luis, había glorificado á ésta y había además creado coyuntura para que fuese pronunciado un discurso, que es una verdadera gallardía oratoria (*aludía el ora-*

dor al del Sr. Sala). Por último, consagró un recuerdo á la Excma. Diputación provincial, manifestando que el haber pertenecido á ella le enorgullecía en todas las ocasiones. Este discurso elocuentísimo arrancó estrepitosos aplausos.

El *Sr. Fajarnés* lució su dominio del lenguaje y su bien modelada palabra, trazando con gran discrección la semblanza literaria del autor de *Los Pirineos*; pidió para la Academia mediceas protecciones; enumeró los grandes servicios que la Diputación ha prestado á la enseñanza en Zaragoza, y manifestó que los académicos de San Luis habían sido atendidos siempre con tal solicitud por aquella, que le debían hasta las medallas con que ornaban su pecho, aceptando una iniciativa del entonces diputado Sr. Sancho... (*Patrocinada por mi buen amigo particular el señor Cistué*; interrumpió el Sr. Sancho). Ignoraba el detalle, contestó el Sr. Fajarnés, más al saberlo suscribo con muchísimo gusto el elogio. (*Muy bien*) haciendo el mio extensivo al Sr. Cistué.

El *Sr. García Gil*, con la elocuencia que le caracteriza, recordando que el Sr. Balaguer es hijo adoptivo de Zaragoza, se felicitó de tener un paisano tan insigne; y expresó su agradecimiento á la Academia por la justicia que hacía á la buena voluntad de la Diputación provincial.

El presidente de ésta, *señor marqués de Villafranca de Ebro*, hizo idénticas manifestaciones que el señor vicepresidente de la comisión provincial.

Y después de un brindis del canónigo Sr. Moreno, en el que reveló éste sus facultades oratorias, y otro del escultor Sr. Palao muy entusiasta, se levantó el *Sr. Balaguer*, poniéndose en pie todos los concurrentes en señal de respeto, volviéndose luego á sentar porque así lo quiso el venerable literato.

Me felicito, dijo éste, al verme en lo que me atreveré á llamar Senado de las artes aragonesas. He venido á comulgar en la misma copa que vosotros, en este agape literario, en el que veo representados los tres brazos de nuestro antiguo reino, y á comulgar en nombre de la verdad y la belleza, en nombre de la patria. (*Aplausos entusiastas*).

Señores Académicos de San Luis: Soy vuestro hermano; este título me llena de orgullo; lo ostentaré siempre con preferencia á otros de los que soy poseedor. ¿Queréis tener un arca digna de las joyas artísticas que no podéis guardar hoy como deseais? Soy uno más para gestionar en Madrid el que tan justo deseo se vea cumplido. Debemos esperar lo será en breve, ocupando un elevado cargo un aragonés distinguido, que profesa grande amor á su país. Contad conmigo para el logro de tal aspiración. (*Aplausos*).

No me aplaudais, que obrando así cumpliré un deber que trae aparejada la alta merced que me habéis concedido. (*Nuevos aplausos*).

A los señores marqués de Villafranca y García

Gil suplico digan á sus compañeros, que por los vínculos del cariño y la admiración, estoy unido de antiguo á la Excma. Diputación provincial de Zaragoza, heredera de la que simbolizó glorias y reunió en sí virtudes sinnúmero en un pasado inmortal.

Díganles que jamás pagaré con la moneda de un olvido ingrato, las atenciones que en estos días me han prodigado; y díganles, díganles algo más.

En las puertas de Aragón acaban de sonar lúgubres aldabonazos: son los aldabonazos del hambre. (*Sensación.*) Mi pobre influencia estará en Madrid á disposición de Aragón para sumarla á la poderosa de sus representantes, á fin de atajar el mal que á aquel amenaza. (*Entusiastas aplausos*).

Terminaré diciendo que si todo sacerdote se debe á su altar y todo soldado á su bandera, todo hombre se debe á su patria. La patria para mí es España; más el hogar, ¡ah! el hogar, lo constituyen mi tierra nativa Cataluña y mi tierra adoptiva Aragón. Brindo, pues, por Cataluña y Aragón y por vosotros mis amigos del alma, que como no tengo hijos entre quienes distribuirlo, tenéis por entero mi corazón.

Al sentarse el Sr. Balaguer, todos los comensales se levantaron á abrazarle, apresurándose los Sres. Sala, Millán, García Gil y Pano á nombre de la Academia y de las Diputaciones de Zaragoza y

Huesca, á aceptar los ofrecimientos del orador, insigne por su inteligencia y más aún por la grandeza de su corazón.

El banquete que hemos reseñado es el último agasajo de caracter oficial que, por ahora, ha de recibir en Zaragoza el Sr. Balaguer, ya con el pie en el estribo para regresar á la Corte, y ciertamente que no ha desmerecido de los que se le han tributado estos días».

26 de Mayo de 1896.

(Del *Heraldo*).

Despedida al Sr. Balaguer.

«En el tren correo de anoche salió para Madrid el Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer. Representaciones numerosas del Ateneo y del Círculo Mercantil, de la Academia de San Luis y de la Sociedad Económica de Amigos del País, el Sr. rector de la Universidad, el Sr. fiscal de la Audiencia, los Sres. presidente de la Diputación provincial y alcalde de Zaragoza y sin número de personas conocidas en el campo de las ciencias y las letras, fueron á la estacion á rendir al Sr. Balaguer un tributo de simpatía, que resultó magnífico y conmovedor. No lo olvidará jamás el favorecido. Satisfechos deben estar los que se lo consagraron, pues de todo lauro es digno el anciano venerable, que ha vivido una semana entre nosotros, proporcionándonos en su trato útiles enseñanzas y recreos purísimos.

Las fiestas literarias, que traía aparejadas el viaje á la ciudad S. H. del poeta é historiador

ilustre han terminado pues, quedando de las mismas nada más á esta hora el eco de algo hermoso, de algo magnífico, que acaba de pasar.

Durante ellas, ha visto por esas calles el señor Balaguer, que á su paso se descubrían las cabezas con respeto; ha escuchado en el Ateneo, en la Academia de Bellas Artes y en el Círculo Mercantil salutaciones presidenciales muy sentidas; y en las tres sociedades ha escuchado también aplausos atronadores de los públicos, que ha cautivado, con los destellos de su imaginación y de su talento.

Los homenajes que ha recibido son merecidísimos, porque el Sr. Balaguer es... no es necesario decirlo; en el mundo literario, en todos sus climas y en sus latitudes todas, el Sr. Balaguer es conocido; lo que él es, lo ha definido ya la docta critica contemporánea.

Si tuviésemos la facultad de conceder blasones; le daríamos por escudo el Etna y un cedro, porque el Etna cubre el fuego purificador que le abrasa con nieve de puros y bellísimos reflejos y el cedro es más rico en savias cuanto más añoso; y le daríamos como divisa aquellas palabras conmovidas con que conmovió el viernes á la Academia, al expresar su sed de adquirir para entregar á su patria adoptiva, Villanueva, lo que adquiriese.

Por la venida del Sr. Balaguer á Zaragoza ha de sernos lícito el consignar que alguna gratitud nos deben las letras españolas. Sin esa venida, disfrutarían ellas sin duda del aroma purísimo de

las delicadas flores del ingenio del Sr. Balaguer, dadas á conocer bajo los dorados techos del magnífico salón del Círculo Mercantil, pero tal vez no poseerían una perla de tan hermoso oriente, como el discurso pronunciado en el Ateneo. Y aquel discurso es una maravilla. Lo es para el que lo juzgue considerándolo en su materia, en su contenido en las reglas críticas y método de investigación á que obedece; y lo es, para el que lo juzgue considerándolo en su forma.

En él es la crítica profunda; se ve que es muy exquisita la noción estética que de la historia tiene el Sr. Balaguer; y que este es un cultivador feliz del arte maravilloso de los Tucídides y Livios.

Página hay en la oración aludida, en la que compite con las buenas de los clásicos, la esplendidez de la forma oratoria; página en la que se percibe, que el autor ha aprendido de Melo, á retratar efectos; página que nos hace acordarnos de que Muntaner ha existido, y página en la que el cendal y la vestidura son regios. La en que el autor se refiere al origen de nuestra monarquía y al original carácter con que nació entre las encinas de Sobrarbe; la en que preséntanos á D. Alfonso *el Batallador*, como un precursor de Fernando *el Católico*; y la en que da duro tormento á los que *en ocios de antesala*, sin duda para contestar el hidalgo *Tanto monta*, empezaron á llamar *Coronilla* á la poderosísima Corona de Aragón, bastarían á dar al Sr. Balaguer un lugar de

honor entre los historiadores contemporáneos, si de antiguo no lo ocupase ya. La en que aparecen retratados D. Jaime y los almogavares, le acreditan de gran artífice, creador de héroes; como la en que, en un período de majestuoso andar y artísticos pliegues, resume la historia desarrollada desde la cueva de Pano hasta la vega de Granada, la coloca al lado de los que cultivan mejor la pintura histórica mural; y como le coloca entre los maestros en el arte de relatar, la en que describe la muerte de Sancho Ramírez con frase tan concisa y enérgica, cual la frase enérgica y concisa que avalora el pasaje donde describió la muerte de Epaminondas en Mantinea, el honrado é instructivo Cornelio Nepote.

De seguro que el Sr. Balaguer, cuando allá en su retiro de Villanueva y Geltrú donde recuerda á los patricios que iban á descansar en sus quintas de las fatigas de Roma, vuelva la mirada á su pasado, de pocos días se acordará que le hayan sido más agradables, que los que últimamente han transcurrido para él, recibiendo agasajos que la franca y sincera Zaragoza sólo tributa cuando cree que los debe porque sean justos. Durante esos días ha podido convencerse una vez más de que en Aragón siempre se le recibe con alegría y se le despide con pena, se le admira y se le quiere con puro y desinteresado cariño.»

FIN DEL LIBRO

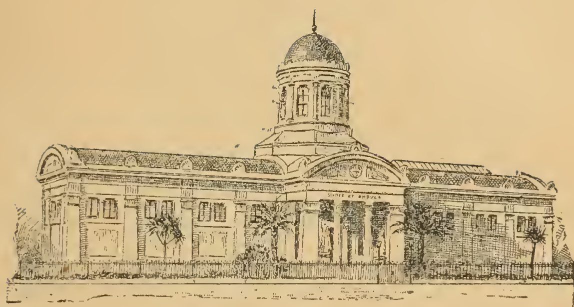
ÍNDICE

ESTA EDICIÓN DEL LIBRO TITULADO

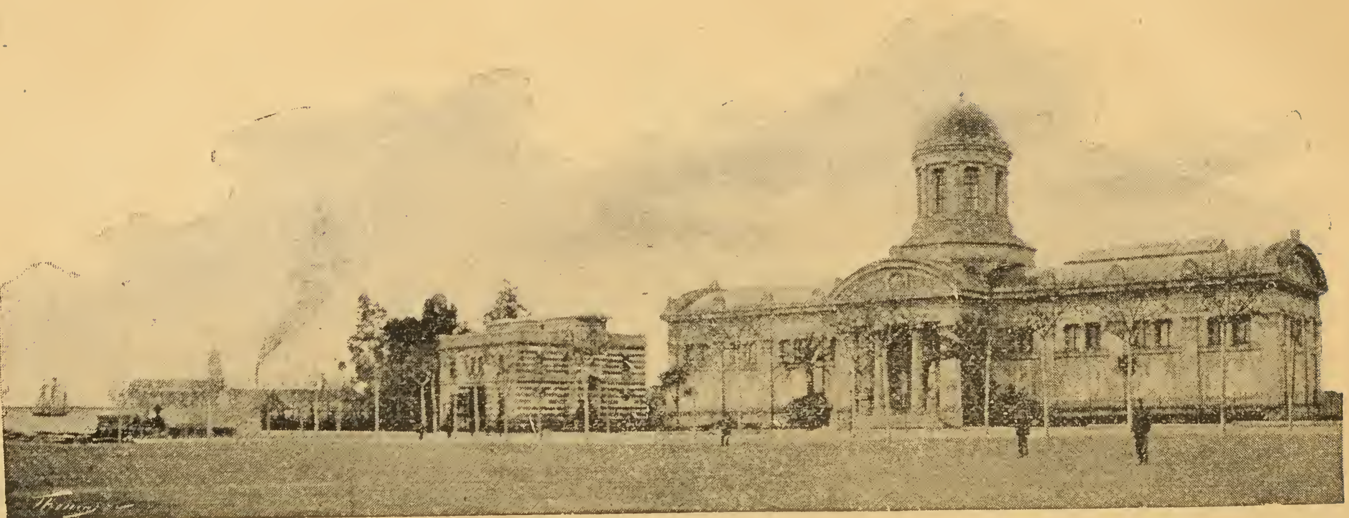
INSTITUCIONES Y REYES DE ARAGÓN,

hecha por cuenta de la Biblioteca-Museo-Balaguer, de Villanueva y Geltrú, fué impresa en la Real Villa de Madrid, establecimiento tipográfico «EL PROGRESO», *calle del Fomento, 3. Acabóse de imprimir el 12 de Julio de 1896. Precio de cada ejemplar encuadernado, cuatro pesetas.*





BIBLIOTECA-MUSEO-BALAGUER



VISTA GENERAL
DE LOS EDIFICIOS Y JARDINES QUE CONSTITUYEN EL INSTITUTO
DE LA BIBLIOTECA-MUSEO-BALAGUER Y CASA SANTA TERESA
EN VILLANUEVA Y GELTRÚ

CATÁLOGO GENERAL

DE LOS LIBROS QUE SE VENDEN Á BENEFICIO
DE LA **BIBLIOTECA-MUSEO-BALAGUER**
DE VILLANUEVA Y GELTRÚ,
MONUMENTAL INSTITUTO FUNDADO Y COSTEADO
PARA ORNATO DE LA POBLACIÓN
Y PARA SOLAZ, ESTUDIO Y UTILIDAD
DEL PÚBLICO

NOTA

El producto íntegro de las obras que figuran en este Catálogo se destina al sostén y fomento de la BIBLIOTECA-MUSEO-BALAGUER *de Villanueva y Geltrú y de la* CASA SANTA TERESA, *sucursal del Instituto, situada junto á él, en sus mismos jardines.*

Se venden, juntas ó por separado, en la portería del Instituto ó dirigiéndose al Sr. Archivero-Bibliotecario.

La propiedad literaria de las obras del Sr. Balaguer pertenece á la BIBLIOTECA-MUSEO *de su nombre, generosamente cedida por su autor propietario.*

Este Catálogo anula todos los anteriores.

Villanueva y Geltrú 16 de Mayo de 1896.

OBRAS COMPLETAS

DE

D. VÍCTOR BALAGUER

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

Poesías catalanas. — *Un tomo, que es el primero de la colección,* 6 *pesetas.*

Contiene todas las poesías catalanas del autor, divididas en 6 libros.—*El libro del amor.*—*El libro de la fe.* – *El libro de la patria.*—*Eridanias,* ó sean los cantos que escribió cuando la guerra de la Independencia italiana.—*Lejos de mi tierra,* poesías escritas durante su emigración.—*Ultimas poesías.* Forman parte de este volumen las composiciones que el autor escribió en provenzal.

Tragedias.—*Un tomo, el segundo de la colección,* 8 *pesetas.*

Contiene las tragedias escritas en verso catalán por el autor, con la traducción castellana en prosa, por el mismo. Estas tragedias, señaladas entre las mejores obras del Sr. Balaguer, han sido traducidas al castellano, al italiano, al francés, al alemán, al húngaro y al sueco por distinguidos poetas.

Los Trovadores.—*Cuatro tomos que son III, IV, V y VI de la colección,* 30 *pesetas.*

Preceden á este libro dos dictámenes, uno de la Real Academia Española y otro de la Real Academia de la

Historia, que hacen notar la bondad y bellezas de la obra, habiendo merecido por esta causa que se publicase su primera edición subvencionada por el Estado.

Es la historia política y literaria de los trovadores provenzales, con la biografía de los más principales de entre ellos. Está algo más concreta y reducida que la primera edición publicada en Madrid por Dorregaray, en 6 tomos con el título de *Historia política y literaria de los trovadores.*

Casi todo el primer tomo lo forma un *Discurso Preliminar* en que el autor trata de los diversos géneros de poesía entre los trovadores, de lo que eran las *Cortes y Puys de amor*, del estilo y escuelas de los trovadores, de los juglares, de lo que fué la poesía provenzal en Castilla, León, Aragón y Cataluña. Al final del tomo IV está el índice alfabético, histórico y biográfico, de asuntos y personajes.

Es obra de amena lectura, de estudio y de consulta, en cuya traducción se ocupa hace ya tiempo el insigne historiador señor barón de Tourtoulón, á quien el autor ha cedido la propiedad en Francia.

Discursos académicos y Memorias literarias.— *Un tomo, VII de la colección, 7 pesetas y media.*

Va precedido de un prólogo del insigne y malogrado escritor aragonés D. Jerónimo Borao.

Contiene: Discursos en los Juegos Florales de Cataluña, Valencia y Pontevedra, que versan principalmente sobre las literaturas catalana y provenzal; Discursos de recepción y de contestación en las Reales Academias Española y de la Historia; Dictámenes sobre asuntos literarios é históricos, por encargo de dichas Academias; Polémicas literarias; Memorias históricas y literarias; Proposición de ley á las Cortes para crear un ministerio de Instrucción pública; Estudios sobre el poeta Manuel Cabanyes y sobre Alfonso V de Aragón y su corte de literatos; Fundación de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, etcétera. (*Edición agotada.*)

El Monasterio de Piedra.—Las leyendas del Montserrat.—Las cuevas del Monserrat.—*Un tomo, VIII de la colección, 7 pesetas y media.*

Precede á este libro un dictamen de la Real Academia de la Historia elogiando con especial recomendación *El Monasterio de Piedra*, que es historia y guía de aquel antiguo monumento y de aquellos encantadores sitios.

Las leyendas del Montserrat, las mismas que en su juventud publicó el autor, son la crónica de aquel famoso monasterio, libro traducido al alemán y al francés, y del que, sólo en América, se han hecho 20 ediciones.

En cuanto á *Las cuevas de Montserrat*, es la crónica y reseña del descubrimiento de estas célebres cuevas, emprendido y realizado por el autor en 1851 en compañía de algunos amigos.

Historia de Cataluña.—*Once tomos, que forman del IX al XIX de la colección*, **110** *pesetas.*

Esta Historia es muy popular en Cataluña, pudiendo asegurarse que en ella está el origen del movimiento histórico y literario de dicha región, habiendo sido fuente é inspiración para los modernos historiadores y poetas catalanes, según se desprende de un interesante dictamen y juicio de la Real Academia de la Historia.

En esta segunda edición, revisada, corregida y aumentada sobre la primera que se publicó por los años de 1860, el autor termina su obra con el siglo XVIII, pero inserta á continuación una serie de monografías y estudios sobre hechos y sucesos de Aragón y Cataluña, completando así su trabajo. Estas monografías, que forman casi tres voluminosos tomos, desde la mitad del IX hasta terminar el XI, son: *La guerra de la Independencia en Cataluña; Cataluña en los reinados de Fernando VII y de Isabel II; Pablo Claris; La heroica Puigcerdá; El conceller Casanova; Del bandolerismo y de los bandoleros en Cataluña; Las bodas de Felipe V; Bach de Roda; Historia de Sabadell; El asalto de Brihuega; Un episodio del sitio de Barcelona en 1705; Los últimos dias del general Alvarez; De la soberania nacional y de las Cortes en Cataluña; El castillo y los caballeros de Egara; El rey don Jaime y el obispo de Gerona; Las ruinas de Poblet*, con la crónica é historia de este monasterio: *Ali Bey el Abbassi.*

Las calles de Barcelona en 1863.—*Tres tomos XX, XXI y XXII de la colección*, **30** *pesetas.*

Debe considerarse esta obra como complemento de la *Historia de Cataluña.* Va precedida de una *Noticia histórica de Barcelona*; contiene noticias interesantes sobre cada calle respecto á su nombre, sucesos en ella acaecidos, personajes, casas y monumentos; explica cómo se formaron las calles del ensanche, y termina el tercer tomo con *La primavera del último trovador*, interesante episodio en que se hallarán relatadas las principales tradiciones históricas y legendarias de Cataluña.

En el Ministerio de Ultramar.—*Dos tomos, XXIII y XXIV de la colección*, **10** *pesetas.*

Es la historia de lo proyectado y realizado por el Sr. Balaguer en la tercera época que fué ministro de Ultramar. Al

frente de cada tomo se inserta una *Memoria* y á continuación los documentos justificativos, reales órdenes, decretos, proyectos de ley, presupuestos, etc.

El primer tomo abraza la época de su ministerio desde Octubre de 1886 á fin de 1887. El segundo tomo desde 1.° de Enero á 14 de Junio de 1888. (*Edición agotada.*)

Mis recuerdos de Italia.—*Un tomo, que es el XXV de la colección*, 7 *pesetas y media.*

Es un libro de palpitante interés, muy celebrado y aplaudido por los críticos, libro de historia, de viajes y de consulta.

Refiere el autor su primer viaje á Italia en 1859, cuando la guerra de la Independencia italiana, y habla de sus impresiones en los campos de batalla de Magenta, Palestro y Solferino.

En la segunda parte refiere su expedición á Italia en 1870 cuando formaba parte de la comisión de diputados españoles que fué á ofrecer la corona de España al duque de Aosta, Amadeo I.

Es obra de verdadero interés político, teniendo el carácter de Memorias contemporáneas íntimas en época determinada.

Novelas.—*Dos tomos, XXVI y XXVII de la colección*, 10 *pesetas.*

Contiene varias novelas publicadas por el autor en los años de 1850 y 1851, cuando dominaba la escuela romántica.

Estas novelas son, en el primer tomo: *La guzla del cedro ó los almogàvares en Oriente*; *El doncel de la Reina; La espada del muerto.* Y en el segundo tomo: *El del capuz colorado; La damisela del castillo; Un cuento de hadas; El ángel de los Centellas; El anciano de Favencia; Historia de un pañuelo.*

Tragedias.—*Los tomos XXVIII* y *XXIX de la colección*, 12 *pesetas.*

Nueva edición de esta obra, añadiendo la tragedia titulada *Los Pirineos*, que no figura en las otras ediciones; y así como en aquéllas se inserta el original catalán con la traducción en prosa castellana del mismo autor, en la presente se publican las traducciones hechas en verso castellano por ilustres poetas.

El primer tomo contiene *La muerte de Anibal*, con las traducciones en verso de D. Teodoro Llorente y de don Pedro Barrera; *Coriolano*, con las de D. Francisco Pérez y Echevarría y D. Jerónimo Roselló; *La sombra de César*,

con las de D. Gaspar Núñez de Arce y Doña Patrocinio de Biedma; *La fiesta de Tibulo*, con la de D. Ventura Ruiz Aguilera; *La muerte de Nerón*, con las de D. Francisco Luis de Retes y D. Enrique Sierra Valenzuela; *Safo*, con las del mismo autor y D. José María de Retes; *La tragedia de Llivia*, con las de D. Abelardo F. Díaz y D. Manuel de la Revilla; *La última hora de Cristóbal Colón*, con la de D. Angel R. Chaves.

El segundo tomo contiene: *Los esponsales de la muerta*, con la traducción en verso de D. Juan de Dios de la Rada Delgado; *El guante del Degollado*, con la del propio autor, y *Los Pirineos*, con la del propio autor asimismo. *Los Pirineos* forman una trilogia precedida de un prólogo que se titula: *Alma Máter*. Los tres cuadros son *El Conde de Foix*, *Rayo de Luna* y *La jornada de Panissars*.

Poesías catalanas.—*Los tomos XXX y XXXI de la colección*, 12 *pesetas*.

Es una nueva edición (la sexta de estas poesías), cuidadosamente corregida y aumentada con varias composiciones que el autor había conservado inéditas hasta ahora.

El primer tomo contiene: *El libro del amor*, que consta de 114 poesías; *El libro de la fe* con las composiciones de carácter religioso, y el poema *La romeria de mi alma*.

El segundo tomo contiene: *El libro de la patria*, con 28 poesías; el poema *Eridanias*, con los catorce cantos referentes á la guerra de la Independencia italiana, escritos por el autor en Italia y en el mismo teatro de la guerra; *Lejos de mi tierra*, con las poesías todas que escribió el autor durante su emigración política en Francia; y *Últimas poesías*, que contiene la colección de las escritas por el autor en estos últimos tiempos.

Todas las composiciones catalanas comprendidas en estos dos tomos llevan al pie la traducción en castellano, en provenzal, en francés ó en italiano, según la nacionalidad de los poetas que las han traducido, unos en prosa y otros en verso. Las más de estas traducciones van ilustradas con notas y datos de carácter histórico, íntimo y autobiográfico.

Los Juegos florales en España.—Discursos y memorias.—*Un tomo, que es el XXXII de la colección*, 10 *pesetas*.

En la primera parte de este volumen, titulada Los Juegos Florales en Espana, se insertan todos los discursos pronunciados ó leídos por el autor relativos á dichos certámenes, viniendo á formar en su conjunto la historia de la restauración y progresos de estas fiestas literarias en nuestra patria. Y estos discursos son: *Fraternidad litera-*

ria, Barcelona, 1868; *La poesía lemosina y Saludo á Valencia*, Valencia, 1880; *La idea latina*, Granollers, 1882; *Las bodas de plata*, Barcelona, 1883; *Los felibres de Provenza*, Pontevedra, 1884; *La tierra catalana*, Reus, 1893; *Las glorias de Aragón*, Zaragoza, 1894. Precede á todo la *Memoria histórica* publicada al frente del tomo de *Juegos Florales* de Madrid en 1878.—La segunda parte, Memorias y Discursos, contiene los discursos de recepción en las Reales Academias Española y de la Historia, otros trabajos leídos en varias sesiones de las mismas, y las Memorias *Las obras de Enrique Gil*, *Manuel de Cabanyes*, *Alfonso V de Aragón y su corte literaria*, *Castilla y Aragón en el descubrimiento de América*, memoria leída en el Ateneo de Madrid, *La mujer y el arte*, discurso pronunciado en el Círculo de Bellas Artes, y *El Ministerio de Instrucción pública*.

Cartas al director del periódico *La Vanguardia* acerca de los usos, costumbres y solemnidad con que se celebra *la Nochebuena* en Cataluña.

Cartas al director del *Diario de Barcelona*, Sr. D Juan Mañé y Flaquer, sobre cosas pasadas en otros tiempos, y dándole cuenta del hallazgo de una tragedia latina, escrita en memoria del triste suceso que ocurrió en Barcelona á Fernando *el Católico*.

Cartas á la señora duquesa de Medinaceli y Denia, sobre historia, recuerdos y tradiciones de la casa de Moncada.

Carta al Sr. Rada y Delgado, discurriendo acerca de la *cuna de Cristóbal Colón*.

Añoranzas.—*Un tomo encuadernado, 5 pesetas.*

Este volumen, escrito con el título de *Añoranzas*, para contribuir á que la Real Academia Española aceptara esta voz catalana que no tiene traducción en castellano, viene á formar un tercer tomo de la obra *Epistolario*, y contiene varias *cartas* referentes á los recuerdos, tradiciones, leyendas, ruinas y restauración del monasterio de *Fres del Val* en Castilla la Vieja; otras cartas de excursión é impresiones de viaje por las orillas del Deva en las provincias vascas, y el poema *La romería de mi alma*.

Los Pirineos.—*Un tomo, 3 pesetas.*

Es una traducción en prosa castellana de la trilogia que, con este mismo título, escribió el Sr. Balaguer en verso catalán.

En Burgos.—*Un tomo encuadernado, 5 pesetas.*

Se ha recopilado en este libro todo lo que sobre Burgos y Castilla ha escrito el Sr. Balaguer.

Historias y tradiciones.—*Un tomo encuadernado, 6 pesetas.*

Es un libro de memorias, excursiones y asuntos de viaje.

Contiene la historia, tradiciones y recuerdos de *Medina del Campo, El Castillo de La Mota, Las ruinas de Fres del Val, El cuento del Cid*, en Castilla, y *La Cartuja de Montalegre, La danza de las Morratxas, La torre de los encantados, Sitges la Blanca, El castillo de la selva*, en Cataluña.

Á granel, LIBRO DE PASATIEMPO Y DEPORTE.—*Un volumen encuadernado, 6 pesetas.*

Obra muy interesante, de amena lectura, que contiene, entre otros estudios y trabajos, *La misa del diablo* (tradición aragonesa); *La velada en Vallumbrosa* (recuerdos de

Cataluña); *La leyenda del monje* (tradición de Guipúzcoa); *La leyenda del conde Arnaldo*, *La leyenda del ruiseñor*, *La leyenda de la mujer de agua*, *La leyenda del Tibi-Dabo* (tradiciones de Cataluña); *La leyenda del lago* (de Aragón); *La poetisa de la hiedra* (recuerdos de Provenza); *San Juan de la Peña* (tradiciones y recuerdos de Aragón); *El conde de Reus* (historia y anécdotas del general D. Juan Prim); *Cada rey su ley* (recuerdos de la vida del autor).

Celistias.—*Un tomo encuadernado*, 4 *pesetas.*

Es este un libro de poesías castellanas del que sólo se imprimieron 500 ejemplares. Dióse le el título de *Celistias* para poner en uso y circular esta bellísima y expresiva voz catalana que, como la de *Añoranzas*, no tiene traducción castellana. Se imprimió este libro solamente para regalo á ciertas y determinadas personas y bibliotecas; pero quedan de él unos cuarenta ejemplares que su autor ha cedido á este Instituto para la venta.

Islas Filipinas.—*Un tomo encuadernado*, 3 *pesetas.*

Como el anterior, también este libro se imprimió sólo para regalo y propaganda. Se imprimieron de él 3.000 ejemplares y quedan ya solamente cincuenta, que el autor ha donado al Instituto.

Es libro que ha tenido gran resonancia, publicado para que España y los poderes públicos fijen su atención en aquellas ricas y preciosas islas, merecedoras de todo cuidado, toda simpatía y toda protección.

Instituciones y Reyes de Aragón.—*Un volumen encuadernado*, 4 *pesetas.*

Este libro, impreso con lujo, contiene: Un prólogo de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú; los discursos del Sr. Balaguer en Zaragoza sobre las Instituciones y los Reyes de Aragón; un estudio sobre San Juan de la Peña, y un resumen de la prensa aragonesa con motivo de las solemnidades literarias celebradas en Zaragoza en Mayo de este año de 1896.

Aunque en escaso número, por estar poco menos que agotadas sus ediciones, quedan, sin embargo, en esta Biblioteca, algunos ejemplares de las siguientes obras del Sr. Balaguer, que se ofrecen á los bibliófilos y rebuscadores de libros raros, fuera ya del comercio:

Guia-cicerone de Barcelona á Tarrasa.—Barcelona, 1857. Un volúmen, una peseta.
Esperansas y recorts (poesías catalanas).—Barcelona, 1866. Un volumen, 3 pesetas.
Poesías completas (con la traducción en prosa castellana á la vista).—La Bisbal, 1868. Dos tomos, 12 pesetas.
Poesias completas (en catalán).—Madrid, 1874. Un volumen, 5 pesetas.
Poesias completas (versión castellana).—Madrid 1874. Un volumen, 5 pesetas.
Lo guant del degollat (monólogo en verso catalán).—Barcelona, 1879. Un folleto, una peseta.
Historia politica y literaria de los Trovadores.—Madrid, 1878. Seis tomos, 45 pesetas. (Algunos ejemplares que de la primera edición quedan.)
NOVELAS: *La espada del muerto, La damisela del castillo.*—Madrid, 1880. Un volumen, una peseta.
Poesías (castellanas).—Villanueva y Geltrú, 1889. Un volumen, 3 pesetas.
Los Pirineos (trilogia original en verso catalán y traducción en prosa catalana, por D. Víctor Balaguer, seguida de la versión italiana de D. J. M. Arteaga, acomodada á la música del maestro D. Felipe Pedrell y de la obra de este último, titulada: *Por nuestra música*).—Barcelona, 1892. Edición de lujo, en un volumen encuadernado, 25 pesetas.

OBRAS DE VARIOS AUTORES

CEDIDAS GENEROSAMENTE

para vender á beneficio de la Biblioteca-Museo-Balaguer.

Victor Balaguer, por Aniceto de Pagés.—Madrid, 1875. Un folleto, una peseta.
Estudios biográficos del ex ministro de Ultramar, Excmo. señor D. Victor Balaguer, por D. J. G. Ribó.—Madrid, 1876. Un volumen, 3 pesetas.
Discursos de los Sres. D. F. León y Castillo, D. V. Balaguer, D. J. L. Albareda y D. A. Romero Ortiz, sobre la política del Gobierno, en los días 13, 15, 16 y 17 de Julio de 1878.—Madrid, 1878. Un folleto, una peseta.

Vida politica y parlamentaria del Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer, diputado á Cortes por Villanueva y Geltrú. Obra recopilada y publicada por el Comité Constitucional de dicha villa.—Villanueva y Geltrú, 1880. Un volumen, 15 pesetas.

Certamen literario de Villanueva y Geltrú, celebrado con motivo de los festejos con que solemnizó esta villa la inauguración de los ferrocarriles directos de Madrid á Zaragoza y Barcelona, en la sección comprendida entre esta capital y Villanueva.—Villanueva y Geltrú, 1882. Un volumen, 5 pesetas.

Ensayos literarios (colección de novelas y artículos de costumbres, por D. José M. López y López).—Sevilla, 1885. Un volumen, 2 pesetas.

Regina, por D. A. de Lamartine (versión castellana, por D. José Feito García).—Madrid, 1887. Un volumen, 2 pesetas.

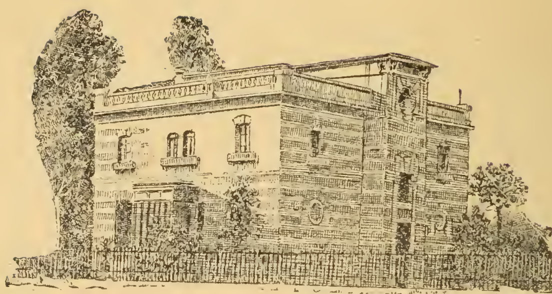
Don Fernando el Católico y el descubrimiento de América, por D. Eduardo Ibarra y Rodríguez, catedrático de la Universidad de Zaragoza.—Madrid, 1892.—Dos pesetas.

¡Acuérdate! (romanza), poesía de D. Víctor Balaguer, música del maestro D. Fermín M. Alvarez.—Madrid, 1890. —Cuatro pesetas.

Biblioteca-Museo-Balaguer: *Catálogo de la Colección Egipcia*, por D. Eduardo Toda.—Madrid, 1887. Un volumen, 0,50 pesetas.

Una visita á la Biblioteca-Museo-Balaguer de Villanueva y Geltrú, por D. A. García Llausó.—Barcelona, 1893. Un volumen ilustrado, una peseta.

Villanueva y Geltrú y su Instituto Balaguer (Recuerdos de viaje), por D. Francisco Gras y Elías.—Madrid, 1895. —Un volumen, una peseta.



CASA SANTA TERESA

[illegible]



Balaguer, Victor,
1824-1901.
Instituciones y
reyes de Aragon. --